

de València
histórica

~~Handwritten scribbles and a thick horizontal line.~~

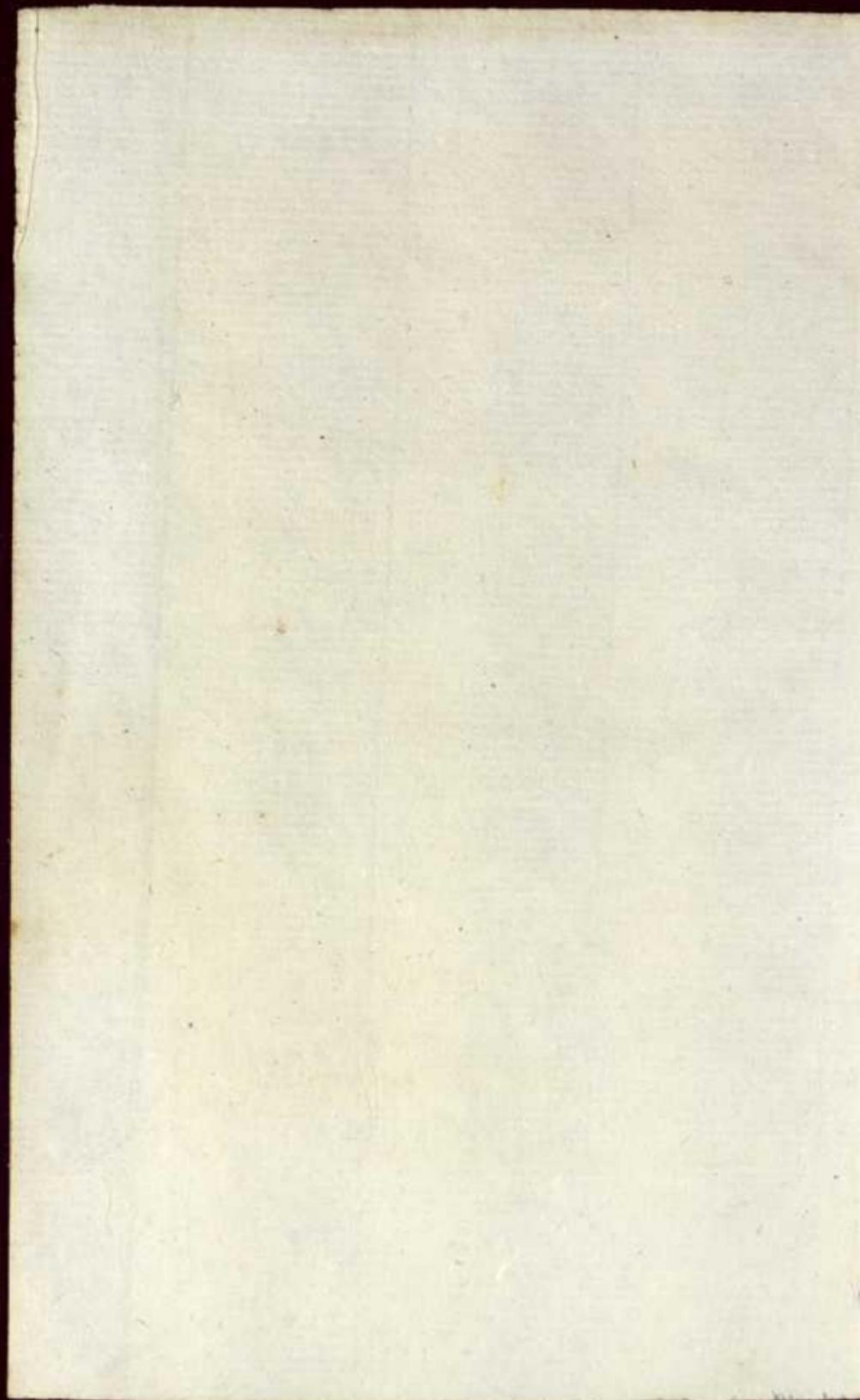
~~VI~~
164

IV

3011

D 544269

L 1269752







Fran.^o Elasco lo dib.

Fran.^o Jordan lo g.

*Aquí fue enterrado LUIS XVI. y su familia:
este es el polvo de algunos soberanos de la
tierra. Tom. 1. p. 16.*

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA:

Ó LA MUERTE
DE LUIS XVI.,

DE LA REYNA
Y DEL DELFIN DE FRANCIA.

POR
J. J. REGNAULT — WARIN.

TOMO I.

VALENCIA:
POR JOSEF FERRER DE ORGA
Y COMPAÑIA. AÑO 1810.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Se hallará en la Librería de Mallen.



Así para aterrar al vulgo, la guadaña de la muerte sacrifica grandes víctimas, y derriba cabezas ilustres.

YOUNG, noche 7.^a

R. 8612

PRÓLOGO.

El objeto de la presente obra es dar una idea de la sangrienta revolucion, que trastornó el sistema político de Francia, alteró el de toda la Europa y abrió el camino á nuestros males. En la época de aquel acontecimiento memorable, nuestro Gobierno, tímido y receloso, ocultó con el mayor cuidado el origen y progresos de tan extraordinaria mudanza. Así es que no tuvimos entónces mas noticias de la revolucion francesa, que las comunicadas por los emigrados, y algunas otras que penetráron furtivamente hasta

la corte ; escasas todas y por la mayor parte inexâctas.

Ni fué mayor nuestro conocimiento á cerca de los sucesos políticos de Francia , quando declaramos la guerra á la república , porque manejando entónces el timon del Estado un estúpido favorito , ¿que debía esperarse de su bárbaro ministerio , sino ignorancia , desaciertos y contradicciones? Verdad es que se habló , ó por mejor decir , se declamó contra la desenfrenada tiranía de los que se decian repúblicanos ; pero con estas mismas declamaciones se pretendia consolidar un despotismo , mas odioso todavía é insoportable que el de aquel gobierno democrático.

Ya pues que el pueblo español ha proclamado su independencia para gozar de una

justa y completa libertad, no carezca por mas tiempo de las luces que se le han encubierto hasta ahora, y que pueden conducirle en su gloriosa insurreccion. Sino se dirige bien una revolucion, si el espíritu de intriga, ambicion y egoismo sofoca el de la defensa de la patria, en una palabra, si el interés privado se prefiere al bien general, el noble sacudimiento de una nacion es la fuente mas fecunda de todos los excesos y del trastorno del órden social. Léjos de conseguirse entónces la tranquilidad interior del estado, que es en todos tiempos el objeto de los buenos, se cae en la mas horrible anarquía; de que se siguen los robos, los asesinatos, las venganzas personales y el predominio de los malvados sobre

VI PRÓLOGO.

el virtuoso y pacífico ciudadano.

La Francia nos ofrece en esta historia la del torrente de males, que debieron su origen al furor del republicanismo. Las propiedades fueron invadidas; los arroyos de sangre inocente mancharon aquel hermoso suelo, y el patriota verdaderamente ilustrado fué no pocas veces víctima del furor de los foragidos. Los mismos, que en el desenfreno de su soñada libertad no habian podido tolerar el cetro del bondadoso Luis XVI., abrazaron despues sumisa y vergonzosamente la mas dura esclavitud baxo el frenético Robespierre.

El autor de esta obra ha adoptado tal método en su narracion, que siguiendo el mismo órden de los sucesos pone en claro todos los escollos,

á que está expuesto qualquiera pueblo en la época de las convulsiones políticas. Establece á cada paso los sanos principios y las mas saludables máximas. Depositario de los hechos mas recónditos y reservados , ha hecho quasi nueva esta parte de la historia de la revolucion francesa. Imparcial, pero verídico, presenta la muerte de Luis xvi. y de su desgraciada familia, como el hecho mas atroz y bárbaro que cometió jamas pueblo alguno. Finalmente la delicadeza y exâctitud, con que ha sabido describir todos los personajes, los hace dignos del mayor interes. Tal ha sido el acierto con que el autor ha desempeñado el plan de su historia.

Los mismos motivos que le induxéron á escribirla, nos

VIII PRÓLOGO.

han animado á ofrecer al público español la traduccion de una obrita, cuya lectura no puede dexar de serle tan instructiva como agradable.

EL CEMENTERIO

DE

LA MAGDALENA.

Al anochecer de un dia apacible de Otoño , despues de haber traspuesto el jardin ostentoso de las Tullerias , iba á espaciar solitariamente mis pensamientos por las arboledas sombrías de los campos Eliseos. Despues de cruzar aceleradamente parte de la plaza de la Revolución , donde casi humea todavía la sangre , me encontraba á la baxada del Puente Nuevo , quando un espectáculo brillante me atajó los pasos llamando mi atencion. Sobre los árboles que ciñen el horizonte por la derecha , se disparaban millares de exhalaciones , que con varias direcciones se entreteñian y llenaban la esfera de arcos lu-

minosos. Un cortinaje inmenso de nubes agrupadas por aquella parte realizaba el brillo de los vivos y repetidos destellos. Para disfrutar mejor su perspectiva, me habia sentado en el antepecho del puente. El silencio que me rodeaba venia solo á interrumpirse por el eco de unos alaridos remotos, y por las olas del Sena que susurraban debaxo de mis plantas. Cubrióse luego la atmósfera de ráfagas centellantes que bañaban de un viso azafranado las copas de los árboles. En aquel punto, como si el sol se hubiese aparecido, el quadro de la gran ciudad se presentó á mis ojos inundado de resplandor. Sobre ambas riberas, guarnecidas de faroles, reconocí las casas y palacios con sus columnas suntuosas y sus fachadas simétricas, los templos y los monumentos con sus techos angulares y sus medias naranjas, y entre ramages amarillentos, ricos pórticos y extremadas esculturas, las

chozillas frágiles en donde se afana el indigente.

Revolvía mi vista sobre la tortuosa corriente del Sena, en donde divisaba ya algunos barcos parados, ya los lavaderos, ya las galeras de los baños, quando la antorcha que iluminaba aquella perspectiva, apagándose de repente la reengolfó en las tinieblas. Así discurrí yo entónces, resplandecen con una brillantez encumbrada los sabios y los héroes. Desde la eminente esfera que habitan derraman torrentes de vida y de luz sobre quanto les rodea, y el hombre vulgar que se les acerca, dexa de serlo bañado con sus rayos; mas no bien asoma sobre ellos la muerte ó los asalta la adversidad, quando se eclipsan y se apagan: todo lo suyo desaparece y se anonada. Así la gloria viene á ser tan solo como un fuego artificial.

Sin embargo, á la luz trémula de la luna cuyos extremos agudos desvia-

ban á trechos los celages, se me traslucía un tropel crecidísimo que desembocaba por todas las salidas de los campos Eliseos. En pocos minutos la plaza de la revolución quedó cubierta de un gentío ruidoso y versátil, cuyas oleadas se iban tendiendo por todas partes. A su murmullo sordo se aunaban los gritos descompasados de los vendedores de diarios, los relinchos de los caballos, el estrépito de los carruages, las cantilenas de los pisaverdes, los denuestos de los cocheros, las risotadas de las mozelas, y los lamentos de los pordioseros. ¡Qué variedad de escenas entretexidas en este quadro! Pero estas descripciones variadas no caben en el plan que me he propuesto. ¡Young! tu pincel denegrido y sangriento es el que echo ménos, y no el festivo y halagüeño de Sterne.

Poco á poco la confusion de tantos ecos y tantos personajes fué dis-

minuyéndose ; cesó el movimiento , se aplacó el estruendo , y volvió todo á sepultarse en un silencio melancólico. Ya no oía sino el golpeo continuado de las olas y el acompasado andar del centinela. Si este tiene algun tanto de imaginacion y de sensibilidad no puedo ménos de compadecerle , pues yo en su lugar me contemplaria vagando por las orillas de un lago ensangrentado , del qual se exhalan sin cesar sombras irritadas. Pero el tal ageno de estos pensamientos estaba silvando.

El relox del palacio nacional suena. ¡ Las once ! Me levanto , y queriendo gozar de la bonanza suave de una noche tranquila , me encamino hácia los baluartes. Al pasar junto al pedestal de la libertad exclamé suspirando : ¡ Ay de mí ! ¡ cuándo la Europa estaba á los pies de mi patria , la estatua de su libertad no era sino de yeso ! ¿ A qué mano queda reservado el timbre de vaciarla en bronce ?

La luna despejando los celages avellonados que la encubrían, bañaba la mitad de la calle de la República, cuyo hermoso ámbito termina, como todos saben, en la iglesia no concluida de la Magdalena. Al rededor de las columnas sin chapitel, y de los pórticos sin cornisas, cierto vislumbre se engolfaba por puntos en la obscuridad, y producía los efectos mas pintorescos. El nombre de Vernet se pronuncia al aspecto de aquellos visos primorosos que sus pinceles han expresado con tanto acierto; mis labios lo estaban articulando, quando el recuerdo funesto de que aquel monumento estaba consagrado á la despoblacion y al vandalismo anubló mi imaginacion. Este doble recinto de paredes agrietadas y de columnas medio destruidas rodea, estaba yo diciendo, la sima en donde la muerte revolucionaria hacinaba sus víctimas. Abí reposan para siempre las cenizas de la virtud, del poder, de los de-

litos y de los talentos. Ahí se abrazan en el polvo del atahud las víctimas y los verdugos. Vergniaud, mudo, parece que ha perdonado á Robespierre, y un gusanillo se está cebando en el corazon de un rey de Francia.

Estas lúgubres y lastimosas imágenes oprimian mi corazon, y estaba en mi interior todo trémulo y horrorizado: tales son las ilusiones de una fantasia despavorida. Por las anchas grietas del monumento se me aparecieron en confuso tropel unos vestiglos horrendos y ensangrentados. Vagaban al rededor de la colonata, se buscaban con ansia, se encontraban con furor y se dexaban con indignacion. De repente diéron un alarido terrible, y en seguida acabé de verlos y de oirlos.

Vuelto en mí, trataba de continuar mi camino, despues de pagar á aquellas sombras el correspondiente tributo de dolor y de compasion, quando una música lastimera me detiene: es-

cucho, y recelo que mi oído me engañe; mas no es así. Después de un prelude que expresaba una melancolía profunda, una voz desarreglada pero afectuosa fué entonando este romance sencillísimo:

Un primoroso jardín

Era mi gloria y mi dicha,

Bañaba el sol sus matices

Y el zéfiro los mecía;

Las rosas entre azuzenas

Su hermoso cáliz erguían,

Y en vistosa competencia

Mas brillantes parecían.

Pero un día del Estío

El torbellino, que agita

La tormenta mas horrible,

Mis vergeles arruina;

La rosa con la azuzena

Desfallece y se marchita,

Y sus copas enlazadas

Pierden aun tiempo la vida.

Ya que en su grato cultivo

Cifraba toda mi dicha,

Desde aquel crudo momento

Nada embelesa mi vista,

Que en la azuzena y la rosa

Está de continuo fija;...

¿Si así enlazadas murieron

Debo yo guardar la vida?

Pronunciaron estos últimos versos con tal enternecimiento, que me hicieron prorumpir en lágrimas, y sea que el quebranto demostrado con ecos apocados fuese mas penetrante, sea que el silencio y el vislumbre escaso de la noche, el aspecto de aquel monumento fúnebre, y la situacion de mi pecho me excitasen una comocion vehemente, sentí que las lágrimas corrian de mis ojos. Y yo tambien, exclamé, he de gemir por las tiernas flores que la tormenta ha deshojado. Rosa primorosa, ya no existes para mí. ¿Y tú, bástago tierno de una azuzena tan preciosa y tan amada, la hoz ha hecho tambien doblar tu cabeza sobre el abismo de la muerte?

La voz habia cesado. Sin pensar continuaba marchando al rededor del templo, y me encontraba frente á una de sus puertas laterales. Sobre la cerca que en aquella parte tiene poca elevacion, veía mecerse los álamos, cuya hoja trémula y plateada se contraponia á las pirámides obscuras que formaban algunos pinos. Todo está acorde en este sitio para que sea la morada del duelo. Por su forma larga y quadrangular se asemeja á un túmulo que la noche cubre con su sombra, como para enlutarlo, y sobre el qual la luna va derramando sus fúnebres destellos.

La puerta que estaba enfrente de mí se abrió, y ví asomar un hombre de crecida estatura, que tenia puesto un sombrero grande y redondo, y el cuerpo envuelto en una capa muy cumplida. Al verme se comovió todo y su presencia causó en mí igual impulso. Se rehizo sin embargo al instante,

y adelantándose hácia mí ; vuestra presencia en este sitio y tan á deshora, me dixo con una voz suave y levemente alterada, me demuestra que estoy descubierto. Me entrego sin resistencia porque nada me remuerde en mi interior, y no ha de castigar el gobierno los lloros de la compasion, como los perversos designios de algun conspirador. Comprendí por estas últimas palabras, que quien me las decía, pensaba hablar con alguno de aquellos agentes, siempre astutos y á las veces alevosos, asalariados por el poder á manera de escuchas para acechar y revelar los secretos de la sociedad. Le desengañé manifestándole que el acaso me habia hecho en parte su confidente. Me retiro, y no volveré á incurrir, añadí, en la torpeza de abusar de este conocimiento, y contad sobre todo con un sigilo inviolable. Ya me despedia en efecto, quando asiéndome la mano con ahinco, y estrechán-

domela sobre manera me instó á detenerme. Uno que como vos, me dixo, apénas llegado á la primavera de la vida se complace en meditar sobre los túmulos, no puede ser un malvado, y por tanto no es para temido. Dichoso en este siglo depravado, el que se desentiende de la vanidad de la grandeza y del embeleso de los placeres, para tomar asiento entre las cenizas de los difuntos, bañarlas con lágrimas, perder conversando con ellas la memoria de los delitos y de las desdichas, aficionarse á la cordura y anhelar la inmortalidad. Oh, respondí, esos han sido siempre mis impulsos. Quiero bien todavía á los vivos, en medio del mucho mal que me han hecho; pero me han obligado á no hacer aprecio sino de los muertos. Durante el dia me atengo á sus dictámenes; por las noches suelo venir á sollozar en su postrer morada.

Pues bien, jóven, continúa el in-

eógnito con una voz mas grave y casi profética, si ese es vuestro deseo seguidme. Atravesémos esta nave de columnas destrozadas; pasemos baxo aquella bóveda derruida, cuyos arcos están todos ruinosos; ese es el domicilio de los muertos: entremos á orar por ellos.

Si siguiendo á mi guía, con el confuso vislumbre de la luna habia andado una de las naves del templo, cuyas paredes silenciosas repetian el eco de nuestras pisadas. Una puerta se veía abierta, y desde el umbral donde yo estaba mi vista se tendia por el ámbito de un anchuroso cementerio.

Algunas calles de álamos formaban su sesga travesía. Una alfombra dilatada de yerba húmeda y negra quajaba toda su extension; al rededor de varios cercillos desiguales se veían algunas alamedas fúnebres de tejos, pinos y cipreses interpolados de algunos sauces. Cinco ú seis estátuas colosales puestas

acá y acullá , parecían estar de guardia y como llorosas en aquel lúgubre asilo , en donde el viento que se revolvía por la maleza cuyos ramages agitaba , quería modular en algun modo los gemidos de los difuntos.

Yo estaba inmóvil y silencioso ; el incógnito me fué conduciendo por la mano , pero mis plantas titubeaban al hollar aquel cespéd empapado en sangre. Así pues , discurría yo , la providencia que me ha puesto delante de la muerte , no ha querido que me alcanzase y me tendiese sobre estos muertos. Estoy en pie , voy pisando grandezas y beldades , opulencia y virtudes , atentados y talentos. Si el universo es un libro en que Dios estampó sus voluntades , ¡qué terrible página es este recinto , en donde yacen tantas cabezas ántes enemigas y ya aplacadas!

Después de algunos rodeos el conductor hizo alto. ¿Sabeis , me dixe

mirándome atentamente , á que gentes os presento ? No estamos aquí entre muertos vulgares ; nombres esclarecidos se leen sobre todos estos túmulos , y la inmortalidad tomó asiento en este mismo lugar desde el dia en que fueron depositados. Ahí yace aquel Malesherbes , tan grande en la corte y aun mas en la vida privada ; filósofo en el retiro , ministro , ciudadano , digno por su vida del aprecio universal , por su muerte , de la admiracion y del sentimiento. Junto á él descansa el Ciceron de Francia , el ilustre Vergniaud , que parece se llevó la eloquencia á su féretro. Mas allá el Sócrates de la revolucion , el sabio Bailly , que vió unas mismas manos entretexerle coronas y levantarle el cadalso. No léjos de allí están sepultados los restos de Lavoisier , el creador de aquella Química filosófica y penetrante , que cuenta y descifra por átomos el laberinto inapeable con que Dios formó el univer-

so. A unos dos pasos la tierra ha consumido á Roucher, que solía escribir con la pluma de Thompson, y á veces con la de Racine. Seria demasiado larga la lista de muertos que rodea á estos para irlos nombrando y clasificando, pero no puedo ménos de encaminar vuestras miradas hácia estos cerillos arrimados baxo la sombra de algunos sauces de Babilonia; aquí fué enterrado Luis XVI. y su familia. Este es el polvo de algunos Soberanos de la tierra.

Mi conductor, al apuntarme los nombres de los primeros mártires, cuyas cenizas iba hollando, hablaba con un acento melancólico; pero á las últimas palabras que profirió, su voz quebrantada se disipó en sollozos. Si no me engaño, le dixé, por mas interés que os infunda la memoria de quanto nos rodea, la familia que mandaba á la Francia se os impresiona con especialidad. No lo disimulo, me dixó;

no me conocia , quando armada del supremo poder y revestida de todo su esplendor , disponia del destino de la Europa ; y los violentos vaivenes que asaltaron el trono , fueron los que me hiciréon tratar al rey. Lo he visto desgraciado , he visto su familia llorosa , lo he visto espirar en un cadalso. La historia dirá si fué culpable , yo debo mis lágrimas á la desventura. Esta entrada y el tono con que la acompañaba el incógnito excitaron en extremo mi curiosidad , y nuestra conversacion fué á parar al asunto que podia satisfacerla. Por el contexto de tal qual expresion inadvertida eché de ver , que era depositario de algunas anécdotas secretas sobre el arresto , prision y muerte de Luis. Luis no era mas que un hombre ; pero este hombre habia visto , al menor impulso de su cetro , hincarle la rodilla veinte millones de vasallos ; este hombre era heredero de sesenta y cinco Reyes,

los primeros y mas poderosos de Europa ; este hombre abrigaba en sus venas la sangre de Henrique IV. , y desde el trono en donde mandaba , habia ido á derramarla sobre un cadalso. ¡ Quántos motivos de curiosidad ! ¡ qué manantial inexhausto de reflexiones !

Las que hice no desagradaron á mi interlocutor , y me grangeáron su confianza. En efecto , despues de media hora de coloquio , se me dió á conocer con el nombre de *Edgewort de Fermont* ; que era muy conocido en los anales revolucionarios , por haber asistido al rey en sus últimos momentos. A este nombre , que me recordó á un tiempo la virtud extremada , la piedad desinteresada y el esfuerzo heroico , no pude ménos de descubrirme. Aquellas palabras sublimes , tan sabidas y tan dignas de serlo mas : *Id, hijo de San Luis , subid al cielo* , las recordé con una veneracion , á la qual añadia una transcendencia todavia mas

patética la presencia del que las habia dicho, la memoria y el t mulo del que las habia oido, y el sitio cercano   este en donde se habian proferido. Pero, continu  el confesor del postrer monarca, no es solo en calidad de tal el haber tenido relaciones con Luis y su familia. Desde el instante en que me cupo el arresto con ella, no la he abandonado. Mi vista permaneció fijada en sus individuos por toda la serie de sus calamidades, y aun he sólido consolarlos con mi presencia y mis desvelos. En fin despues de haberse consumido en la desventura, los he visto espirar en mis brazos, y no me he separado de los infelices que sobrevivieron hasta que perdi ron su vida en el cadalso. Cumpl  con mi deber, sosteniendo con mi débil brazo aquellos erguidos árboles derribados por la tormenta. No he aliviado al monarca, sino al hombre de quien me condolia. Un gobierno desaforado ha creido de-

berme proibir : no me querello ; pero el que se atrevió á hablar el lenguaje de la religion á la faz de sus destructores , no merece la sospecha de conspirar en las tinieblas. Si Luis ha cometido desaciertos políticos , no trato de sincerarle ; no tengo alcances ni poder para capitularle ni absolverle. Pero ya que restan todavía algunas lágrimas á mis ojos , permítaseme el derramarlas sobre este fúnebre césped que tengo ya agostado.

El respetable ministro se enxugó los ojos , y luego continuando con un tono ya mas sereno , disimulad , me dijo , este derramamiento de un corazon lleno de mucho tiempo á esta parte de amarguras. El dolor y la vejez son de suyo cansados , y merecen indulgencia. Subiendo hasta el origen de los acontecimientos mis especies se irán coordinando , y seré mas ceñido en mis palabras. Pero los hechos á que me refiero son complicados ; y si los hay

de ellos ya sabidos , no lo están los mas interesantes. El espíritu de partido y el influxo de la opinion han adulterado la verdad. En quanto al diario que ha publicado M. Clery, aunque en extremo curioso , no es enteramente verídico , y sobre todo no es completo. Quizá lo han cercenado al reimprimirlo en Francia. En quanto á mi narracion , á mas del interes del asunto , tendrá otro que me es privativo , esto es , el de la verdad.

Esta narracion es la que yo escribia al paso que me la iban comunicando , y es la misma que público en el dia. Baxo una administracion pesquisadora forzoso ha sido callar ; ya puedo desahogarme con un gobierno amante de los pensamientos libres y de las acciones generosas. Hoy que el entusiasmo de una destruccion general ha venido á parar en cálculo y en bosquejo de un plan arreglado , será memorable el ver un ciudadano , cuyos

principios políticos están y han estado igual é invariablemente apartados del fanatismo popular y del avasallamiento despótico; será, digo, memorable el ver delinear con rasgos tan veraces como patéticos las desdichas de un Soberano. Qualquiera que sea el partido de mis lectores, y qualquiera que sea su opinion, no podrán dudar de la grandeza del gobierno, presentándoles esta obra. Desde que se me permite el escribirla, contemplo que mi libertad no es fantástica.

PRIMERA NOCHE.

¡ Quán grandes y lamentables recuerdos ofrecen estos sitios! continuó M. de Fermont. Cada piedra de los edificios que nos rodean, cada uno de estos árboles parece que está destinado á eternizar un acontecimiento. Para pintar la galería de los quadros numerosos de la revolucion, la historia pon-

drá su asiento en el centro de este círculo, tan estrecho materialmente como grande y dilatado en quanto á su influxo moral. La vista que lo recorre puede muy de sobras abarcar su circunferencia; pero el pensamiento mas grandioso podria apénas acudir á todos sus puntos. Si por el pendiente de este terrero subimos á aquel chapitel derribado, la luna nos enseñará de cerca aquella hermosa y fatal plaza, llamada antes *de Luis xv.*, luego *de la Revolution*, y ahora *de la Concordia*. Allí el desenfreno se ensayó en asesinatos judiciales, que ensangrentaron el casamiento de Luis xvi. ¡Qué cotejo tan funesto! como si las víctimas de aquella época lúgubre viniesen á preparar al rey un lugar en este cementerio donde se depositaron. Esa es la entrada por la qual pasó atado al carro popular, como cautivo, el monarca amedrentado. ¿Por qué desde entónces siguió mandando á quienes ya

no acertaban á obedecer ? Esa cúpula dorada , que se remonta por la esfera anchurosa , parece que viene á ser la señal de la insurreccion. Baxo estas bóvedas no sé que mano torpe ó malvada habia encubierto numerosos instrumentos de venganza y de muerte , que viniéron á parar en medios de independenciam , y luego de matanza. Imperceptiblemente nuestra vista despues de haber girado desde el pretil de los teatros , tan célebre por la deificacion que se tributó á un Escritor debajo de las ventanas de la familia real encarcelada , vuelve por el Puente Nacional á vagar entre las alamedas de las Tullerias , hechas no pocas veces la guarida de los conspiradores , y se para en fin sobre el grandioso edificio del castillo , teatro magnífico no ménos que expuesto , de donde el monarca y los potentados revolucionarios que le han ido sucediendo , se han encaminado al cadalso. No lé-

jos de allí diviso aquella sala para siempre famosa del *Manejo*, de donde se dispararon todas las pasiones que han assolado la república. En fin allí fué, sobre aquel foro del asesinato, donde la segur las ha ido anonadando, y estamos hollando el suelo que ha sepultado á los matadores. ¡Así estos que han sobrevivido, oigan las lecciones eloqüentes que les están dando estos atahudes! ¡así se convenzan de que no hay gobierno estable, sino el que hace los pueblos felices!

Pero vamos á internarnos en el recinto de los difuntos, y si el fresco de esta noche apacible no ha de ser nocivo, nos sentaremos al pie de aquella estatua llorosa cubierta por un sauce enramado. Allí empezaré la triste relacion de las penas de una familia, cuyo mayor delito fué el haber reynado.

El andar airoso y noble, la fisonomía plácida y bella, el eco de voz

melancólico y expresivo de M. de Fermont, al par de las sensaciones morales que me iba excitando, me enagenaba con el desahogo delicioso de una meditacion afectuosa. Por no sé que ilusion, me creia arrebatado á aquellas cumbres enmohecidas que habitan los espíritus, y cuyas sinfonías nos ha repetido la harpa de Osian. ¡Qué magestuosa noche! ¡qué augusto silencio! La luna ya apocada está apurando los átomos de su cerco luminoso inclinado sobre los celages, mientras el manto estrellado que ciñe la esfera centellea con todo su resplandor. Un ambiente apacible se tiende apénas y mece las cimas de los álamos, cuyas hojas forman un eco tan suave como el de la flauta. Si la campana que toca las horas no me avisase que estoy despierto, me creería absorto en un soñado embeleso. El recuerdo de los atentados y la presencia de las víctimas habian excitado mi indignacion; pero

la voz del virtuoso Fermont vino de nuevo á entermecerme. Halagüena compasion , los lloros que causas alivian las heridas mas dolorosas; la venganza con su corazon de hierro y rostro de bronce se ablanda ante tí; una de tus miradas estrella y deshace las cadenas con que la cólera abrumaba su víctima , y tú estrechas en mútuos abrazos los enemigos que iban á degollarse. Hija angelical de la divinidad , no ceses de guiar mi pluma en esta narrativa , y de inspirar á mis lectores. Dexemos los puñales sobre estos túmulos: las sombras que los habitan no están ya sedientas de sangre , ni les debemos mas sacrificio que el de lágrimas , y el de algunas flores.

Sentados ya , M. de Fermont habló en estos términos: A últimos de Diciembre de 1791 empezaron mis relaciones directas con el rey y su familia. Irlandés de nacion y sin beneficio en Francia , puesto que la Silla

Episcopal de París , de la qual era yo provisor , estaba vacante por el retiro forzado de M. de Juigné ; pero detenido solo por mi amistad con el hijo del Lord Fitz Asland , cuya educación tenia á mi cargo , no me ligaban con ninguno de los juramentos que las nuevas leyes imponian á los Eclesiásticos. Luis XVI. escrupulizando el roce con los Sacerdotes llamados *Constitucionales* , tampoco se avenia por las precauciones de la política con los que se habian resistido al juramento. En la época del debate tan famoso que ocasionó , aunque por ser extranjero no me cupo parte alguna , creí deber publicar ciertas especies propias para hermanar todos los pareceres , y conciliar todas las pretensiones. Mi obrilla no surtió efecto ; ¿ y qué puede alcanzar la voz de un hombre moderado que se afana por la paz entre los alaridos de los que llaman á la guerra ? Sin embargo , como el papel vino por

casualidad á las manos del rey , y en la firma habia expresado yo mi paradero , su Magestad tubo á bien el enviar por mí , para demostrarme la satisfaccion con que se habia enterado de mis principios y prendado del modo con que los habia expuesto.

Una mañana pues que estaba á la lumbre repasando con mi alumno una leccion de astronomía , se llega á mí un Gentil-Hombre , y me dá un recado de parte del monarca para que le siga inmediatamente. Prendado de la soledad y entregado toda mi vida á las ciencias , estaba bien ageno del trato de las gentes ; el ambiente de la corte sobre todo se hacia mal sano para el temple de mi espíritu , de suerte que no obstante de estar cerca del palacio de las Tullerías , apenas habia llevado dos ó tres veces al jóven Lord encargado á mis desvelos. El mensaje de Luis me turbó por un rato. Yo no conocia aquel

príncipe sino de oídas : generalmente le estaban calificando á una voz de hombre de prendas, como son la franqueza y la bondad ; pero afeadas, decian , con un despego que rayaba en grosería. Temí al pronto haber dado motivo á su aspereza , y padecer un mal trato ; pero vuelto sobre mí al momento , no me reconocí culpado. Mientras exâminé así mi interior , entré en mi gabinete , y me puse en traje decoroso. Un coche esperaba al Gentil-Hombre á la puerta ; subimos, y en quatro minutos paramos en las verjas del atrio , en la plaza de Carrousel. Al ir subiendo la escalera principal no pude ménos de cotejar la obscuridad de un pobre clérigo, como yo , con la brillantez del monarca ante el qual iba á presentarme. ¡ Qué contraposicion , iba yo pensando , entre su situacion y la mia ! Yo no tengo que regir sino á un individuo , y él á millones. Yo no tengo en mi sé-

quito sino un criado anciano, y él los tiene á centenares, jóvenes y brillantes. ¿Está por eso mas bien servido? ¿es mas feliz?

Llegados al primer piso, mi introductor me hizo atravesar un salon lleno de gente armada, á cuyo extremo habia un corredorcillo, y luego una escalera escusada de caracol por donde subimos. Esperad un instante, me dixo el compañero abriendo un retretillo adornado con mapas, luego entrareis. En efecto á breve rato abren una puerta interior, me llaman, y me mandan entrar. ¿Acertaríais cuál fué la sala de audiencia? Un taller de cerrajería. Luis XVI. en mangas de camisa, sin corbatin y despeinado, pero con un semblante alegrísimo se empleaba en revolver una barra ardiente en la fragüa. Adelante, caballero, me dixo, riendo con candidez, á ver que tal es un muelle de mi invencion; pero ántes decidme sin rebozo, ¿qué opi-

nais de un rey que se entretiene en una fragüa? Señor, despues de haberse afanado un rey en los negocios del estado para hacer felices á sus vasallos, creo que le es lícito emplearse en su bien estar. Henrique IV. se complacia, tras las deliberaciones del consejo, en andar á gatas cabalgándole sus hijuelos. Bueno, muy bueno, exclamó el rey, veo que no me han engañado. M. de Fermont sabe escribir y hablar con igual acierto. Señor Abate, añadió llegándose á mi, no quiero consultar sobre un muelle con quien acertará á dar consejo sobre materias de mas entidad. Tened á bien seguirme.

El rey se puso prontamente su bata, y bajó por la escalerilla. Marché tras él, seguido del Gentil-Hombre que me habia conducido. Despues de atravesar el salon de los Guardias y sus dos antecámaras, él mismo se sirvió franquearme su quarto.

Seria en extremo prolixo si á cada

suceso de los que van á eslabonarse en la serie de mi narracion , os relatase los razonamientos del rey ; pero ciñéndome á los mas interesantes , permitidme el no expresar sino la substancia de los hechos.

Quando los borrones con que la preocupacion , el espíritu de partido y á veces la maldad han tachado la vida de Luis XVI. aun en su tûmulo, se hayan desvanecido con el tiempo y la verdad , la historia imparcial dirá que jamas poseyó las prendas que constituyen los grandes reyes ; aquella vista despejada , perspicaz y universal que abarca á un tiempo el conjunto y los pormenores de la máquina política ; aquel ingenio pródigo que proporciona los sucesos , ó que á lo menos los aprovecha ; aquella fortaleza de animo y de caracter que dilatandose incesantemente como el muelle de un relox impéle á quanto le rodea con un movimiento conti-

nuado ; la ciencia de leer en el corazón de los hombres ; el arte mas difícil todavía de hacer fecundos los ingenios , según la expresión oportuna y enérgica de Sócrates , en una palabra , la grandiosidad en el concebir , y la vehemencia y rapidez en el ejecutar faltaron á Luis. Pero al despojarle de la virtud de los héroes , la historia , que dibuja también los hombres públicos en su interior , lo sacará á luz en medio de su familia y de su casa , cuya felicidad se cifraba en la excelencia de su corazón. Baxo este aspecto solo se le puede comparar con el grande Henrique , pues bien sabeis que nunca ciñó su espada , ni aun en los momentos en que debió desenvainarla. No anticipemos los sucesos atropelladamente ; pero notemos que todas las acciones públicas del rey no han pasado de aquella bondad moral que se encarece en un particular , y que á veces viene á ser

un defecto en un rey, y le hace desventurado. En él tenemos la prueba incontrastable de esta verdad. Aquella flexibilidad de corazón, que imposibilita el ser justo y no deja sino ser débil, le ha hecho perder la corona y la vida, ha despeñado su casa del trono al cadalso, y ha entregado la Francia á las contiendas sangrientas de la anarquía y de la ambición.

Como no veía la felicidad nacional sino en el sosiego, y que el alboroto cismático causado por el juramento de los clérigos le apuraba y lo impacientaba, quería tomar mi consejo sobre los medios mas adecuados para el logro de la tranquilidad. Se le ha tachado de adicto á los no juramentados, como se le ha tachado después, de odiar la revolucion y de echar el resto para atajar sus progresos. No hay equivocacion, si se va á juzgar de las acciones por las apariencias y sus resultados; la hay muy

grande, si, como es debido, se atiende á los motivos. Jamas han podido el corazon fácil y el espíritu vago de Luis declararse por un partido ni por una opinion. Con el ánimo mas dispuesto para el bien, nunca echó mano de los medios executivos para conseguirlo. Luego que vió aumentarse el torrente revolucionario, salir de madre y amenazar á su autoridad, no supo ni dirigirlo, ni contenerlo. Ha cedido al ímpetu que desaprobaba, y ha sido el juguete de los bandos encontrados sin arrojarse á inutilizarlos ó aprovecharse de ellos. En el vaiven de la muchedumbre alborotada y de la corte despavorida, si ha merecido el afecto de tal qual individuo, nunca acertó á grangearse el aprecio general. La nobleza le odiaba, porque él odiaba sus vicios, no condescendia con sus ridiculeces, y se allanaba con la clase desventurada. Mientras estuvo en el trono, el pue-

blo no llegó á amarle, porque sus modales desabridos indisponían desde luego los ánimos contra su bondad interior. En fin demostró que el peor de los caracteres, el que hace desgraciado al que lo posee y aun á los que están á sus órdenes, es el no tener ninguno. Verémos mas adelante, que Luis nunca fué grande sino quando dejó de ser rey. Como príncipe, se habia acarreado el menosprecio de toda la Europa, y esta misma admiró al augusto preso del Temple.

Volviendo á mi primera audiencia, se reduxo, como llevo apuntado, á las providencias asequibles para evitar un cisma total entre la iglesia galicana y los ultramontanos. En esta conferencia el rey, que habia tenido á bien meditar mi obrilla, me puso su corazon de manifesto. Hallé en él una debilidad incurable; pero junto á esta nulidad capital ¡ qué tesoro de preciosos dones no tuve que

admirar en él! Una beneficencia ilimitada, una devoción sincera, una indulgencia universal, una confianza afectuosísima y una candidez angelica. No podía contener mi llanto al contemplar al primer monarca de Europa, despojado del esplendor de la pompa regia, conversando familiarmente con un individuo humilde, y discutiendo acerca de la guerra civil que se iba encendiendo como de una desavenencia de familia. Aquella mezcla de grandeza en los objetos y de pequenez en los medios, aquel incendio dilatado y devorador que se iba propagando por una parte, y por otra, aquellas providencias erradas y proyectos mezquinos con el intento de atajarlo, y que debian por un cálculo prudente darle mas actividad; aquella contraposición en fin de lo que se queria con lo que se debia, me estrechó dolorosamente el pecho, y quedé hecho cargo de que el rey estaba

envilecido y el reyno perdido.

Tras el objeto particular del culto y del juramento, Luis xvi. llamó mi atención á la revolucion en general. Despues de hablar largamente y examinarla á todas luces, el rey me preguntó mi dictamen acerca de su conducta, y si yo en su lugar hubiera obrado como él. A estas preguntas que para mí eran arduas enmudecí, por no estrellarme con el monarca. Os entiendo, me dixo entónces: no me aprobais. No hay que asustarse, soy de vuestro parecer; todas las noches me zahiero por lo hecho durante el dia; pero tal es la fatalidad de mi estrella, que no puedo menos de hacer lo que mas me desagrada: como si hubiese en mí dos individuos, el uno que aconseja cuerdamente, el otro que executa con torpeza. ¡O Dios! el vulgo llama á los reyes los dichosos en la tierra; no hay esclavo mas desventurado que yo. Estoy bien desengañado de que

el mayor azote que puede atormentar á un hombre público, es el no tener un caracter adecuado á su puesto. Luis XIV. en el mio:: El rey se paró, y yo juzgando por su perplexidad que pedía mi parecer, me arrojé á decirle con franqueza pero sin desacato: Permitidme, Señor, que no estemos acordes sobre este punto. Si Luis XIV. viviera, ó se desprendiera del depotismo de su poderío, ó queriendo conservarlo, la fuerza y la indignacion pública se lo arrebatarían. Por mas poderosos que sean los reyes, lo son menos que el tiempo y la opinion; estos son los soberanos de los siglos, á quienes tienen que ceder. Baxo el reynado de Luis el Grande, las artes hijas de la imaginacion, encaminaban todos los ánimos á la idolatría del monarca y de su poder, porque las artes suelen excitar los impulsos que ayudan á sostener uno y otro, y bixo todos los aspectos les son favorables. En nues-

tros dias al contrario, el hábito con que todos se han conaturalizado de exâminar sus propios conceptos y de desmentzar sus sensaciones, los ha ido trayendo á escudriñar por puntos su conducta. Estudiando la ciencia que desentraña por átomos el pecho y el espíritu, consultando las maxîmas morales que deben regirnos, se han pasado por el crisól los principios y atributos del poderío. Gracias á la libertad que V. M. concedió á los pensamientos, se ha distinguido, definido y deslindado la esencia de la autoridad y de sus abusos. Se ha venerado aquella, y se han impugnado estos por largo tiempo, y solo de poco acá algunos ingenios extraviados ó perversos se han esmerado en confundir sus límites. En esta época, Señor, es quando V. M. debia, en virtud de su potestad legítima, probar á los unos que estaban engañados, y á los otros que eran delinqüentes. Con la bondad del gran-

de Henrique que atesora el corazon de V. M., ¿por qué no se arma de la entereza de su caracter? ¿qué hubiera hecho aquel monarca en iguales circunstancias? las hubiera dirigido y aprovechado. No pudiendo batallar con la muchedumbre, y no queriendo ser su juguete, la hubiera acaudillado, y hubiera asi consolidado su poder por el mismo vaiven destinado á derribarlo. Asi se desenvuelve un ánimo grande en medio de la tempestad, y aumenta sus fuerzas á proporcion del peligro que le amenaza. El acaso y la fatalidad son las disculpas de la indiscrecion y de la flaqueza. El hombre animoso haze salir á luz los acasos para utilizarlos, y sus enemigos son los que se rinden al yugo de la fatalidad. El que tiene gran corazon, espíritu entero y alma elevada manda á la fortuna, ó mas bien la fortuna no es sino la reunion de estas qualidades poderosas. Pero como su

brillo amedrenta al vulgo y excita la envidia , será feliz quien pueda hermanarlas con la moderacion que las haze excūsables.

El interes tierno y entrañable que me infundia la situacion y confianza de Luis xvi. me habian enagenado. Al callar fué quando caí en mi imprudencia , por haber enconado mas su misma llaga. El rey , que se estaba paseando aceleradamente , se paró á mirarme con un ademán de disgusto y estrañeza , exclamando de repente : M. de Fermont , nadie me ha hablado hasta ahora con tanta franqueza : ¿ con que opinais que no soy á propósito para desempeñar el cargo de rey ? Esta salida inesperada me cortó , y presumo que la impresion que me hizo se retrató en mi rostro , pero el rey variando al punto el eco de su voz : os turbais , me dixo ; mal hecho. Mi tono os destempla , ya lo veo ; pues no hay que hacer caso de él sino de

mi corazón. En conclusion , Señor Abate , no manifiesta poco afecto á un hombre , y mas á un rey , quien le habla con esa entereza. Recapacitaré esas lecciones , pues confieso que las necesito. Terminada esta primera conferencia , S. M. dió las órdenes necesarias para que se me franquease su habitacion , y algun tiempo despues se dignó nombrarme confesor ordinario de Madama Isabel.

Al otro dia casi todos los diarios refiriéron mi conferencia con el rey, desfiguráron las circunstancias , y substituyéron á mis expresiones no sé qué proyectos , los quales ni el rey ni yo habiamos soñado. Entre los folletos mentirosos , que hacian tráfico de las exâgeradas calumnias , en donde salimos peor librados Luis xvi. y yo, fué en los que firmaban Durosoy y Marat. El primero daba por sentado , que yo aconsejaba al rey que abdicase la corona de la antigua monarquía, para

recibir de manos de los jacobinos el título de su perpetuo presidente , y me señalaba como un alborotador frenético. El otro habia dado á la especie de caricatura con que me favoreció colores contra-revolucionarios , y pretendia que yo era un agente de los extranjeros enviado para asesinar á los patriotas. Entrambos me condenaban al suplicio , con la diferencia de que aquel me destinaba á la horca , y este á la guillotina. Infiérase de aquí el tino y la buena fé de estos decantados republicanos.

A mediados de enero de 1792 el monarca y su familia trataron de recibir de mi mano y en secreto el augusto Sacramento del altar ; digo en secreto , porque los recelos que se fomentaban sin cesar sobre la conducta de Luis causaban cada dia mas y mas sobresalto , y así hubiera sido expuesto el contrastarlos comulgando en público de manos de un clérigo no juramen-

tado. Una tribunilla, al piso del cuarto del rey y que se comunicaba con la capilla, fué trasformada en oratorio y adornada para la ceremonia. Al anochecer me habia pasado al castillo, donde confesé á sus Magestades y á Madama Isabel. A las doce y media de la noche dixe misa, á la qual no asistió mas que la familia real con algunos de los mas íntimos. Era un espectáculo peregrino y deplorable al mismo tiempo el de la mas poderosa de las familias soberanas, precisada á encubrirse misteriosamente con las sombras de la noche, para cumplir con los deberes de su conciencia, al paso que sus enemigos reunidos en medio del dia á la vista de un público númeroso clamaban por su envilecimiento y destruccion.

Varios anotadores han recopilado, y la historia pondrá en órden cronológico y exâminará baxo un aspecto filosófico, los acontecimientos que me-

diéron entre esta época y el diez de agosto. En quanto á mí, sobre no ser de mi plan, confieso que me eran enteramente desconocidos. Ignoro por qué medios imbuyéron al rey para que me desviase de su lado; sin duda mi veracidad y mis consejos les asombraban. Como quiera, despedido por tres veces consecutivas de la puerta de su habitacion, pasé cerca de siete meses sin presentarme de nuevo. En una carta que osé dirigir al rey, me contenté con darle las gracias por sus mercedes, y con asegurarle que no perderia ocasion de agradecerlas ¡ Ay de mí! ¡quán presto se me presentó una!

La víspera del diez de agosto el jóven Fitz-Asland y yo habiamos salido de París con ánimo de pasar algunos dias en el campo. Ya hacia tiempo sin duda que la tormenta que se iba formando contra la potestad real se descubria á lo léjos; pero á la verdad no la creia tan inmediata.

Supimos luego con que violencia se habia disparado. Aunque solitarios en una granja del bosque de Fontainebleau, los terribles sucesos del dia diez llegaron á nuestra noticia en la misma tarde. El golpe que habia descargado sobre el rey, á quien amaba, resonó en mi corazon. Quise partir sobre la marcha, para probarle mis buenos deseos, ya que no pudiese socorrerle. Recelaba que un rey destronado no tuviese amigos, y no queria que se me hiciese el agravio de contarme entre los adoradores de su prosperidad.

Cedí sin embargo á las instancias de mi alumno, y quedó aplazada para el dia siguiente la partida. El nueve de agosto no necesité pasaporte para salir, y el once ya me era indispensable para entrar. Nos arrestáron á la llegada y nos conduxéron, aunque sin mucho rigor, á la casa de ayuntamiento y oficina de los pasajeros.

Al revolver una callejuela nuestra

escolta , compuesta de seis fusileros , tuvo que pararse , porque dos carruages apezonados cerraban absolutamente el paso. Sobre el umbral de una puertecilla un jóven del pueblo estaba fumando distraidamente , y se contentaba con mirar de quando en quando ya á los carruages , ya á nuestra comitiva. De repente se adelanta hácia uno de los de la escolta , le llama por su nombre , le coge la mano , le abraza y se muestra muy gozoso de verle. El otro le corresponde , le entrega su arma , le substituye en su lugar , y se marcha. Los carruages se habian desembarazado , y continuamos nuestro camino.

El advenedizo nos miraba con ahinco ; su empeño en observar al jóven Lord me desazonaba : clavé mi vista igualmente en el curioso , pero su rostro era de aquellos agradables que se miran con complacencia , y mis recelos se trocaron en un impulso de be-

nevolencia. Presto se verá quan justo era mi presentimiento. Señores , nos dixo el jóven , Vms. no parecen extrangeros ; sin duda enterados de los decretos de la municipalidad traen Vms. sus pasaportes corrientes. — No , Señor , respondí , ignoramos tales decretos , y por una ausencia de pocas leguas y ménos días no hemos creído :: — Nuestro interlocutor no me dexa acabar , y metiendo la mano en su faltriquera: aquí , dixo , creo traer varios exemplares: tened , Señor , añadió encarándose conmigo , y leed. Abro el papel y recorriéndolo , quedo atónito al encontrar mi filiacion con todas las formalidades de estilo ; en fin era un pasaporte. Dirijo al númen tutelar á quien lo debia una mirada de gratitud. Se habia puesto el dedo en la boca para encargarme el silencio , y con la otra mano me alargaba otro papel , que era el pasaporte para mi alumno. Mi enternecimiento competia con mi ek-

trañeza , y nunca me fué el callar tan violento.

La plaza de Greve donde entramos y el atrio de la casa de ayuntamiento , á la que tuvimos que subir , estaban cubiertos de una muchedumbre inmensa y alborotada , que al vernos clamó centenares de veces: *A la Abadía , á la Abadía*. El pueblo , enloquecido con la victoria y la sangre , ejercía en toda su extension el derecho terrible de los vencedores sobre los vencidos. Penetramos sin embargo hasta un patio , en donde esperando que nos introduxesen á las oficinas , ví á muchos que se limpiaban los zapatos en la cara de Luis XIV. , cuya estatua volcada yacia con la cuerda al cuello cerca de un pozo.

Abriéron una puerta y nos llamáron. El Comandante de nuestra escolta hizo su relacion , tras la qual el administrador , que era un hombrecillo flaco y adusto , nos preguntó ce-

ceando, porque no veníamos *en regla*. Confieso que la repugnancia insuperable que me causa siempre la mentira estuvo á pique de hacerme declarar la verdad; no obstante la idea de que podia ser útil al rey, y la zozobra de comprometer al desconocido que nos habia hecho tan gran fineza, me determináron á disimular. En contestacion presenté únicamente mi pasaporte; Lord Fitz-Asland hizo otro tanto, y pregunté en seguida, si no se venia *en regla* con tales documentos. El empleado dirigiendo á ellos la vista y habiéndolos comprobado, nos los devolvió con un ademán de impaciencia. Luego encarándose con el jefe de la escolta: Cabo de esquadra, le dijo con un reniego, entrega esta órden al Comandante del puesto; es un necio á quien he de calentar las orejas para enseñarle á aprovechar el tiempo. En diciendo esto nos despidió. Nuestra comitiva se desvió, y

apénas nos cupo un momento para expresar á nuestro bienhechor por un gesto y algunas miradas, que nuestro reconocimiento igualaba al servicio que nos habia hecho. Se sonrió melancólicamente, y por sus ojos levantados tristemente al cielo me pareció que suspiraba. Todo esto fué para nosotros, ó á lo menos para mí un enigma, cuya explicacion vine á saber con el tiempo.

Por mas extraño que fuese este incidente, acababa de ocurrir en circunstancias tan extraordinarias, que en medio del cúmulo de acontecimientos que se agolpaban por minutos, no hicimos apénas alto. La suerte de Luis XVI. aprisionado en los lazos del cautiverio me embargaba totalmente. Traje á casa á mi alumno, y luego me encaminé á las Tullerías. Atravesaba el Puente-Real de una acera á otra, quando me sentí asido por el brazo. Retrocedo y veo á M. Aubier

Gentil-hombre de Cámara. M. de Fermont, me dixo, mucho me alegro de encontraros; hace una hora que he estado á buscaros en vuestra casa, y me han dicho que estabais en el campo. Temia que estuviesséis comprendido en la proscripción de estos momentos de alarma. Me informa luego del pormenor de los sucesos ocurridos en los dos dias anteriores, y termina entregándome un billete con mi sobrescrito, extendido del propio puño del rey. Lo traigo en mi cartera y voy á ver si con la escasa claridad de la luna puedo irlo descifrando. Por otra parte lo he leído despues tantas veces con otros varios papeles, que tengo casi enteramente en la memoria su contenido. Es este:

Carta de Luis XVI. al Abate de Fermont.

(Documentos justificativos, número 1.)

„ En los Feuillañs , 10 de agosto á
„ las once de la noche.

„ Ahora comprendo mas que nun-
„ ca la sabiduría de vuestros consejos
„ y el yerro que cometí en no se-
„ guirlos. ¿ Me castigaréis por él , que-
„ rido Abate , porque vuestro rey y
„ vuestro amigo es desgraciado , imi-
„ tando á los que le desamparan co-
„ mo si fuese delinqüente? esto me
„ llegaria al alma ; pero paso adelan-
„ te. Atended sin embargo á vuestra
„ seguridad , y para favorecerme no
„ os comprometais. Tened entendido
„ que así os lo mando , mi amado
„ Mentor , y si es necesario , os lo
„ suplico.”

Bañé con mi llanto este papel , y lo estreché contra mi boca y contra mi pecho. Si me habia condolido de Luis XVI. quando aun lo podía todo, infiérase lo que me angustié al considerarle tan miserable. ¡ O Providencia ! iba á murmurar de tí , quando recor-

dé que de las fatalidades mas desastrosas sacas las grandes é importantísimas lecciones que determinan el destino del mundo. La mano que dió á luz al sol y á los astros, y haze girar los cielos, humilla á veces los tronos, borra los imperios; asi como desde el polvo encumbra á lo sumo de la grandeza á un mortal desconocido, demostrando al universo que los mortales, los imperios, los tronos, los cielos y los astros son nada en comparacion de su poder.

Dexaba á M. Aubier por ir corriendo á los Feuillans; pero él enfrenó mis ímpetus advirtiéndome que con mi traje imposibilitaba la entrada no solo en el retiro del rey, sino aun en la asamblea nacional. Me dí á partido con esta advertencia tan fundada, y volví atropelladamente á casa, para atarme el pelo y trocar mi sotana negra en un vestido de color. Con esta transformacion atrevesé sin tropiezo la verja

que media entre el pretil de las Tullerías y el jardín. Me interné y lo recorrí con rapidez. Varios corrillos lo ocupaban acá y acullá en gran parte. La calle de la Primavera en especial y el terrado que la domina estaban intransitables. Acerquéme á los corrillos y me interné por ellos ansioso de oír y recoger opiniones. Todas eran en extremo diversas, pero igualmente exâgeradas. Disparaban imprecaciones contra la familia real, empeñándose á porfía en idear el modo mas ejecutivo de acabar con ella. En su misterioso silencio y en sus miradas tímidas ó llorosas, era fácil el ir marcando los realistas, los moderados y algunos sugetos adictos por amistad, interés ó reconocimiento á los ilustres vencidos. Lo que fuí oyendo en suma, no era para serenarme acerca de su suerte, y tenia el corazon en prensa quando me encaminé á la sala legislativa.

Bajaba los escalones nuevos por donde se comunica con los Feuillans, quando unos como ahullidos de furor resonando á lo léjos arrebatáron al pronto todas las miradas, y luego á la muchedumbre curiosa, hácia el sitio de donde salian al parecer. Al impulso de la oleada tumultuosa tuve que retroceder y llegar en medio del torbellino hasta el centro de las Tullerías. Allí ví un tercio de gente armada con los brazos arremangados y sangrientos, la cabeza descubierta, los cabellos encrespados y el rostro cubierto de polvo y sudor; iban á pedir se les entregasen los prisioneros Suizos restantes de la refriega de la víspera. Siempre tendré presente, que en medio de aquellos tigres ansiosos de matanza habia un jóven guardia nacional de la fisonomía mas interesante, el qual por quantos medios podian suministrarle un precioso metal de voz, una sensibilidad extre-

mada y el predominio de todas sus circunstancias, se desalaba por excitar la compasion de sus camaradas. Venia á ser un ángel entre demonios. Pero á los acentos patéticos de su voz respondiéron con rugidos, y si no me engaño solo con la huida se pudo preservar de su furor que se volvia ya contra él. Yo tambien me ví apuradísimo para desembarazarme de la turba que se aumentaba por momentos. Demasiado convencido de que mi zelo era todo en balde, y que me seria imposible por entónces el internarme hasta Luis, me perdí atravesando por la parte mas desembarazada, que era el terrado de los Feuillans, y logré ponerme en salvo por la puerta del Manejo.

Una escena mas lastimosa que quantas habia presenciado, me estaba esperando en la calle de la Escala. Al pie de la fuente que la separa de la calle de San Luis acababan de des-

cubrir un cadáver mutilado, acribillado, enlodado y empezado á corromper con el calor excesivo. Iban á quitarlo, quando una jóven que andaba hacia 24 horas en busca de su marido, se arroja atropelladamente en medio de los curiosos que acudieron á este espectáculo. Estaba desgreñada, mal vestida, con los ojos encendidos é hinchados de llorar, y llevaba estampada en su rostro la desesperacion mas violenta. Supe despues que un amigo, que fué por casualidad de los concurrentes, lo habia conocido, y noticiado imprudentemente á la desventurada aquel descubrimiento. Al aspecto de aquel cuerpo sangriento y desfigurado, cayó desmayada, y recibida en los brazos de la muchedumbre, se trataba de llevarla á un café inmediato, quando volvió en sí. Entonces trémula y con la palidez de la muerte en el rostro, se arrima, hinea una rodilla, sin experimentar la

repugnancia que la vista y fetidez del cadáver podían naturalmente causarle; le alza la cabeza y le limpia la cara con su pañuelo; mas no acabando de dar con quien buscaba por aquellas facciones tan horriblemente desfiguradas, le coge la mano derecha y descubre por fin el anillo nupcial. Inmediatamente despidió un alarido agudo; pero ya la desdichada tenía el desconsuelo de no quedarle la menor duda, de que estrechaba en sus brazos los restos de su marido degollado. Tras el alarido se había arrojado sobre ellos, y muda, inmovil, sin suspiros ni lloros permanecía allí tendida. Todos los concurrentes despavoridos y agitados se aterraron y enternecieron mas, quando al ir á desprenderla de quien tan en vano idolatraba, la encontraron sin color y sin movimiento. Víctima memorable del amor conyugal, no había podido sobrevivir á su esposo, y había espirado en sus brazos.

Se dexa comprehender mas bien que explicar hasta que grado debió encarnar este espectáculo espantoso las llagas de mi corazon. Veia la faz de aquel pueblo, poco ántes tan placentera, trocada en teatro de desastres. Por todas partes las ruinas del trono se anegaban en arroyos de sangre, y anonadaban sin distincion y sin miramiento amigos y enemigos. Así una tormenta espantosa y dilatada comoviendo el piélago hasta en sus profundos abismos inunda sus orillas con olas alborotadas, y las quaja de horrosos despojos. ¿En qué habia de parar aquella irrupcion? no era dado á la prudencia humana el preveerlo. Absorto en estas meditaciones y sin consuelo, atravesé parte de la ciudad. No sé qué demostracion extraña de terror y de asombro entristecia todos los semblantes. El trastorno de un trono arraigado por espacio de tantos siglos quebrantaba todos los

ánimos. Aun los mismos que le habían descargado los primeros golpes, los que en lo íntimo de su corazón, sea por repúblicanismo ú por ambición, se complacían en verlo derribado, no podían desentenderse de la especie de susto que les causaba su propio logro. Costaba trabajo el acostumbrarse á la idea, de que un soplo de la potestad popular había casi de repente dado al traves con el objeto, ante el qual se había humillado por tanto tiempo. Por otra parte los tiranos alborotadores, los nuevos facciosos, los visosños partidarios de la anarquía, que por repartirse la diadema, habían extraviado al pueblo, temblaban de que se le antojase el disfrutar sin contraste su soberanía reconquistada. Cebados ya en el mando, mientras aclamaban la libertad, trataban de remachar los antiguos grillos. Ya se arrojaban á encarcelar los talentos que la maldad llama peligrosos, y las virtudes que

le hacen todavía mayor contraste. Los cuchillos de setiembre se estaban afilando en secreto; la segur de 93 quedaba preparada, y los sayones iban á apropiarse la herencia sangrienta de sus víctimas. La suerte de una familia derrocada del primer trono de Europa en la miseria y el cautiverio, excitaba tambien un interes y un desasosiego universal. Pero por mas entrañables que fuesen estos impulsos, no tenian bastante fortaleza para manifestarse. Se condolian de Luis XVI., gemian por su familia; pero los desahogos eran reservados, los gemidos solitarios y los lloros infructuosos, yá porque el sobresalto de tantas revoluciones hubiese oprimido los corazones, ó yá por ser característico en la Nacion el compadecer á los desdichados mas bien que el aliviarlos. Lo que al parecer comprueba esta verdad, es el ver, durante la revolucion y en especial desde el 10 de agosto, la

conducta de los que se habian declarado parciales del rey. Excepto un cortísimo número que se ha señalado por su adhesion absoluta, la multitud de los otros ha visto aherrojar á sus dueños, simarlos en los calabozos y morir en el cadalso, sin dar el menor paso para redimirlos de aquel extremo de oprobio y de mártirio. Disimúleseme lo prolixo de estas reflexiones que ofrece el asunto, á cuya narracion paso.

Absorto en la cavilacion mas melancólica y en los vaticinios mas funestos, apenas habia echado de ver que me iba encaminando hácia el palacio de Luxemburgo. Entrando en el jardin, me pasmé del sosiego que allí reynaba. El ambiente que se mecía en las verdes copas de los altos árboles era fresco y oloroso; casi en cada hoja una aveciilla amorosa trina-
ba dulcemente, correspondida por un coro de otros paxaritos encaramados á

lo léjos Me senté en un poyo cerca del extremo de la calle de en medio, teniendo á la vista la magnífica cúpula del Panteon, que sostenida por una galería de columnas circulares contraponia su forma convexâ á los ramos que coronaba, y el brillo de sus mármoles suntuosos al grato verdor de los castaños. Al rededor de mí, sobre una dilatada alfombra, algunas madres, reunidas en semicírculo, estaban conversando familiarmente, miéntras la quadrilla juguetona de sus hijuelos hollaba risueña la yerva floreciente, y hacia resonar el ayre con sus voces gozosas. ¡Qué quadros de inocencia y de felicidad! ¿quien creeria, que cupiesen en el mismo espacio? ¡Ay de mí! aquí todo es bonanza y complacencia, y á la otra orilla sangre y mortandad.

Mi tristeza se agravaba con la diferencia de estas ideas y con la contraposición de estas imágenes. Por mas

que me empapaba en el aroma de las flores que el zefirillo sacudia con sus alas, mi pensamiento estaba fixo en el rincón quizás hediondo, donde gemían el rey y su familia. Aquellas mugeres, que con los ojos embelesados se complacían en los juegos de sus niños, me recordaban á la reyna, poco ántes tan poderosa, imposibilitada ya de proporcionar el menor recreo á los suyos. ¡Quan aborrecible es la grandeza, puesto que su esplendor no acarrea la dicha y al eclipsarse encrudece el desconsuelo!

El eco monótono de una gayta me distrajo algun tanto. Volví los ojos hácia ella, y vi un viejo cano de barba y cabellera, mal cubierto de andrajos, que con el sonido de su instrumento que acompañaba con su voz descompasada, y con sus brincos y regocijo habia congregado un crecido número de niños, que reían á carcajadas repitiendo sus coplas. El buen

hombre se me acercó sin dexar su concierto, y sin duda la tristeza anublaba bien á las claras mi frente quando me dixo: Por la traza, Señor, estais pesaroso, y á la verdad el trance en que nos hallamos no es para ménos. Sin embargo apuesto á que no teneis tanto motivo como la hermosa María Estuardo, cuyas querellas estoy cantando. Lo habia perdido todo, excepto la esperanza; pero quando esta queda (y debe quedar siempre) se navega mucho con semejante tabla. Doy su romance por tres quartos, y añado de gracia mi canto con acompañamiento de bayle y de música: con que no puede ser la opera mas barata. La figura grotesca, el tono estrambótico y el júbilo de aquel Orfeo de Luxemburgo me determináron á escucharle, y habiéndole aumentado el precio de su romance, canto, música y cabriolas, y puéstole la suma total en la mano, entabló su representacion sobre la mar-

cha, alargándome un papel pardo impreso *con permiso del Señor Corregidor*.

Al paso que el mendigo iba cantando, me ocurrió un proyecto, que al pronto deseché como disparatado, pero de allí á poco ya no me disgustaba tanto. ¿Me seria muy costoso el cargar con el arreo de este buen hombre, ponerme una peluca canosa, tiznar mi rostro y situarme debaxo de las ventanas del aposento real con mi instrumento, para ver si puedo ser de algun provecho? Mi anhelo me cegó acerca de la imprudencia é inutilidad de este paso, y acalorado quise aventurarme. Acabado el canto me levanté, y dixé al viejo que me siguiese. Salí con él de Luxêmburgo, le llevé á casa, y sin que el portero lo echase de ver lo introduxe en mi quarto, donde quedó nuestro trato tan pronto cerrado como propuesto. Paquéle el instrumento como quiso, tro-

qué sus miserables andrajos con un vestido completo, ya de mi ropa, ya de la de mi criado, y despues de gratificarle por su condescendencia lo despedí muy satisfecho.

Tambien yo lo estaba, pues al idear un proyecto, la fantasía embelesada aun con los esfuerzos que acaba de hacer, seduce al ánimo y le ciega acerca de los inconvenientes que puede acarrearle. El dia siguiente es quando se suele sujetar á la decision del juicio.

Pero como mi ánimo no era de esperar tanto, iba contando con impaciencia los minutos que faltaban para la noche, y para entretener el tiempo me ensayé en mi instrumento, que se aprende á manejar en breve sabiendo algo de piano. Al anohecer me preparé para desempeñar mi papel; y no acertaré á decir lo que me costó el vestirme, y el temblor que me entró quando me fué preciso pasar por

el retrete del portero. Logré por fin salir sin tropiezo, y me hallé con todos los arreos caminando por la calle de la Universidad, y luego fui trepando agitadamente el atrio de los Feuillans.

Estaba como durante el día lleno de corrillos. Con el resplandor de los faroles iba distinguiendo gente de todas clases, ademanes de todas especies y facciones agitadas por todos los impulsos. Quando las pasiones del hombre andan sueltas, ¡quan horrible, pero quan interesante es el observarle! Entónces sale á lo claro lo mas escondido de su corazón, entónces la vista puede seguir por las vueltas y revueltas de aquel laberinto inescrutable los estragos del odio, los arrebatos de la ambicion, el desenfreno de la codicia, los ímpetus de la vanagloria y los proyectos de engradecimiento. Tal sería el espectáculo del Vesuvio, si abierta sus entrañas ofreciesen á los observadores curiosos y estremecidos las fra-

guas en donde se agolpan, fermentan y forman los manantiales abrasados de las erupciones.

Si en medio de estas escenas, á un mismo tiempo grandiosas y burlescas, mi corazon hubiera podido mantenerse indiferente y sosegado, ¡ como me hubiera internado en el conocimiento del hombre ! Aquí uno agigantado con pantalones anchos de lienzo, el gorro á la oreja, cejijunto y vigotudo, todo inflamado proponia con voz desaforada el alargar siquiera por ocho dias los movimientos del ro contra las autoridades constituidas ; allí un orador desatinado pedia con alaridos una asamblea de cinco millones de votantes de que se compone la nacion, supuesto que ya no hay Democracia para los representados en habiendo representantes ; mas allá un ciudadano de porte decente, bastante jóven para amar á la república, brindaba suavemente con la moderacion. A estos

personages revolucionarios y oráculos de la turba, se añadía un tropel de apasionados estúpidos, de vitoreadores pagados, de ecos insensatos, un sin número también de indiferentes sobresaltados, ociosos, necios y cobardes.

Quando me rehice de la comocion que me causaba el desempeño de mi intento y el temor de su malogro, me senté en la gradería de los Feuillans, y empecé á tocar, con lo que se acercó alguna gente á oirme. Despegaba ya mis labios para entonar el romance de María Estuardo, cuya música estaba tocando, quando un hombre mal encarado rompe la línea, y me manda que me vaya á cantar mas léjos. Este era mi anhelo, pero el impulso de mi gozo fué tan vehemente, que me añadió con ironía: anda buen hombre á regalar con tus ecos el oído *del que fué*; al oír tu concierto se figurará que mañana es San Luis.

Este pretexto me hacia al caso, por si me culpaban, y así atravesé el tránsito y me metí en el patio. No habia mas guardia que la de un centinela debaxo de las ventanas de la familia real. A la luz de un reverbero advertí que su aspecto era agradable y su traza decorosa. Me aventuré á preguntarle, si podia entonar allí sin riesgo una cancion, y me respondió que segun sus órdenes no habia inconveniente. En seguida sentándome sobre un guarda-rueda casi enfrente al aposentillo del rey, canté á media voz las dos coplas primeras de este romance:

MARIA ESTUARDO.

Víctima del poderío
Llora la noble Maria;
Su atractivo es el delito.
De que infames la castigan.
Tronos, coronas y cetros

No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

En su encierro doloroso
El tierno afecto que abriga
En su pecho, la sostiene
En la mas cruda desdicha,
Y de continuo repite

Aquella expresion sencilla:
Tronos, coronas y cetros
No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

Acababa de repetir este estribillo quando empezaron á abrir lentamente la segunda ventana que estaba frente de mí. Aquel lado del patio estaba tan lóbrego que no acerté á conocer quien se asomaba; pero quien quiera que fuese, para convencerle de mis intenciones continué de esta manera:

Ni por un regio himeneo
He suspirado en la vida,
Ni se arrepintió Lancaster

De contarme por su amiga.
 Tronos, coronas y cetros
 No os conoce el que os estima;
 Yo prefiero á vuestro brillo
 El amor de una alma digna.

Enmudecí de nuevo y el centinela acercándoseme dixo con un tono triste y compasivo: me temo, que estos han de ser mas desventurados que María Estuardo. Si les quedan amigos, ¿qué se han hecho? — A lo ménos tienen todavía uno. — Ya son dos; pero ¿de qué sirven un músico y un centinela? — El músico puede cantar romances, y el centinela custodiarle. — Continúad, buen hombre: ya veo que estas rejas están muy firmes, y se requieren otras manos para quebrantarlas. Marchóse desconsolado y yo seguí:

Isabel, que me persigue,
 Por antojo ú por envidia,
 Puede que un dia solloze
 Y repita arrepentida:
 Tronos, coronas y cetros

No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

Confieso que en medio de mi canto estaba recapacitando las palabras del centinela. Por el garbo decoroso y ánimado, y por lo entonado de sus expresiones enérgicas lo gradué de uno de los nuestros. Levantéme y fui en su busca, con ánimo de descubrirme y de combinar algun arbitrio de salvacion. En aquel punto el de la ventana repitió con una voz trémula y apocada el estribillo:

Tronos, coronas y cetros
No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

¿Entendéis? exclamó el soldado acercándoseme y estrechándome la mano. Muy bien, respondió desde el umbral una voz agria y ronca: Señores realistas, no hay que incomodarse.—Estamos perdidos, dixo el centinela. Vamos, ami-

go, añadió reforzando el tono, merecamos la honra de padecer por tan noble causa. En esto ya el patio estaba lleno de hombres con armas y hachones. El que me habia echado del atrio de los Fenillans, se me acercó, y apresándome hizo que le siguiese. El centinela ya relevado quedó junto á mí, y luego escoltados por una manga de voluntarios con muchas hachas, nos llevaron por toda la calle de San Honorato, del Puente-Nuevo y del pretil de Plateros hasta el archivo del Corregimiento.

Si me propusiera en esta narracion haceros interesar en mi favor, me seria muy fácil, desmenuzando el martirio que padecí en este primer arresto y en el siguiente. Pero como no quiero desviar vuestra atencion de una familia mucho mas desdichada que yo, escasearé lo mio reduciéndome á lo indispensable, para no romper el hilo de la grande y lastimosa historia que os refiero.

Mi primer cuidado al entrar en el encierro fué escribir á mi alumno Fitz-Asland prohibiéndole expresamente dos cosas, la primera el venir á verme, y la segunda el dar paso alguno por mi libertad. No estabamos entónces impuestos en los desbarros y mañas de la tiranía, y así no dudé que mi arresto acabaria casi al mismo tiempo que habia empezado. Estaba tan imbuido de esta persuasion, que tuve la candidez de firmar el billete con mi nombre verdadero, no sospechando que lo fiscalizasen.

El quarto de presos estaba allí ocupado por unas treinta personas de ambos sexôs, sin distincion de edad ni de estado. Habia varios Gentiles Hombres de cámara; algunos señores de gerarquía, entre los quales conocia á M. de Rohan-Chabot; bastantes clérigos, cinco ó seis mugeres y algun extranjero. A nuestra llegada al encierro, donde se hablaba muy alto,

quedó todo en gran silencio. Todos fixaron la vista en nosotros, y advertí que el aspecto de mendigo, cuyo porte traía, excitaba la extrañeza y el menosprecio. No podían sin duda concebir, que un pordiosero fuese de bastante consideracion para estar tan bien acompañado, pues los reveses de la fortuna aunque apocan el corazon no desarraigan las preocupaciones del espíritu, y hay muchos que no quieren que participen del honor de ser realistas sino los petimetres y los grandes.

Excuso la descripcion del nuevo domicilio, donde no estuve más de tres horas, al cabo de las cuales me llamaron, y comparecí ante un ministro de policía, quien despues del interrogatorio de fórmula me hizo trasladar á la casa *de Fuerza*. Quise hacer presente que un desdichado mendigo no era sospechoso ni temible; pero el empleado mirándome con enojo: ese papel que haceis, me dixo, no os es decoroso; si sois

hombre de bien, el engaño y la impostura deben ser repugnantes á vuestra conciencia. Sed enhorabuena un mendigo y gaitero para el público crédulo; pero baxo esos girones la policía alcanza á descubrir la verdad. Vos sois el Abate de Fermont.- Con esta reconvenccion tan terminante no habia arbitrio para recurrir á la negativa. Me ceñí á disculpar mi conducta con la pureza de los motivos que la habian ocasionado, y pedí licencia para mudar de trage. Me respondió, que en la *Fuerza* habria proporcion para esto. En seguida me acompañáron dos gendarmes á un carruage que nos esperaba á la puerta, y en él me conduxéron á la nueva prision.

Aqui M. de Fermont hizo alto; y como la noche estaba muy adelantada nos separamos, aplazándonos para la siguiente á las once, en la tercera columna del patio de la Magdalena. El espectáculo que acababa de ver y la

narracion que habia oido , comovian eficazmente mi corazon é interesaban á mi espíritu. El sueño me repitió todas estas sensaciones , y por decirlo así, las hincó mas profundamente en mi alma. Al otro dia acudí puntualmente, y no ménos el Abate de Fermont , el qual , entrando en el cementerio , continuó paseando la conversacion desde donde la habia dexado la víspera.

NOCHE SEGUNDA.

Mis conductores , á quienes probablemente se habia encargado el silencio , me dexáron en el primer postigo de la casa de *Fuerza* en poder del alcayde , y tomando el recibo de su entrega desaparecieron. Entónces, alumbrando con dos antorchas ahumadas, un llavero con su gorro de pelo , escoltado de dos perros enormes , me hizo atravesar un corredor largo , estrecho y torcido , que nos conduxo á un patie-

cillo, encima del qual estaban los segundos encierros. Me metí trabajosamente por las puertas de hierro, por las quales no se puede pasar sino á gatas. Despues de pasadas nueve me dexó en fin en una como celdilla, sobre un mal piso de madera apolillada con un xergon lleno á medias de paja menuda y una manta hecha pedazos. Mi huesped con voz ronca y tono áspero me dió las buenas noches y me encargó tuviese buen ánimo, y luego llamando á sus perros cerró la maciza puerta del calabozo con tres cerraduras y otros tantos cerrojos.

Repito, que abrevio para llegar á lo que mas nos interesa. Como mi ardid para manifestar á Luis que no le habian desamparado todos sus amigos, suponía alguna travesura, me pusieron sin comunicacion. Seguí así hasta el tres de setiembre, esto es, veinte y un dia, privado de hablar con otro que con mi carcelero, alimentado con so-

pa malísima y con avichuelas á medio cocer; pero con mas zozobra por la suerte de la familia destronada que por mi propia desventura.

Los primeros dias de setiembre serán de exêcracion eterna por los delitos públicos que los mancháron. Quando la historia execute este quadro, pintará con colores sangrientos á los asesinos sentados sobre sus víctimas, mandando desde este horroroso trono nuevos homicidios. No es mi ánimo extenderme en su funesta narrativa, sino contentarme con lo que mira á mi persona.

Un escaso rayo de luz entraba en mi calabozo por los barrones de una lumbrera, á la qual solia arrimar mi vista. El espectáculo de los arrestados que se paseaban por un patio anchuroso y el grato verdor de un plantel de árbolillos regocijaban mi vista, aliviaban mi tristeza y disminuian al parecer la lobreguez de mi sepulcro.

En la mañana del dos de setiembre advertí en la fisonomía de los mas de los presos un mortal desasosiego. Veia que puestos en corrillos conferenciaban, y que despues los principales entre ellos se paseaban dándose palmadas en la frente, miéntras otros permanecian mudos, pálidos y sin movimiento. Cerca del medio dia un oficial general entró en el patio, rodeado del alcayde, de su muger y como de una docena de porteros, carceleros y llaveros. Todos los paseantes le cercáron, y les habló al parecer. Acabado el razonamiento salió, cada preso volvió á sus destinos, los guardas cerráron las puertas, y el patio quedó despoblado. Todas estas disposiciones y el ademan asombradizo de los carceleros me infundian el mayor sobresalto.

Se aumentó todavía mas al oír unos alaridos lejanos, interrumpidos y sofocados de improviso. Entre estos ge-

midos dolorosos , me pareció distinguir algunos clamores violentos y como un ruido de armas. Cinco ú seis toques de arrebató redobláron mi susto ; y nada encuentro comparable al terror que me infundió el silencio que se siguió despues.

Luego fué interrumpido por la llegada de un portero , que con una voz en extremo lúgubre llamó uno por uno á varios individuos. Los veo salir , á unos con precipitacion y como fuera de sí , y á otros papsadamente cubiertos de palidez. Por espacio de mas de quatro horas se desocupan los quartos , y sus moradores pasan al gran retrete del centro , de donde ninguno vuelve.

Mi fantasía se fatigaba , sin que acertara á fixarse en ninguna idea. Me hallaba tan ageno de la realidad , que al fin llegué á persuadirme que aquello seria un rescate general. ¡Ay de mí! demasiado cierto era , pues la hacha cortaba las cadenas de todos los presos,

y la muerte los libertaba para siempre. Los llamamientos cesaron desde las cinco hasta la noche, y entónces encendieron los faroles del patio, pero contra la costumbre no soltaron los perros. Se verá que estas circunstancias menudas no eran casuales.

El silencio duró de nuevo hasta las once. Acababan de dar y yo de dexar mi puesto de observador para entregarme un rato al descanso, quando un gran ruido llamó otra vez mi atención. El postigo del centro se abrió con estruendo; en un instante el patio se halló inundado de un tropel de gente armada y con hachones encendidos. Hablaban con arrebato y grosería, mezclando con sus razones mil amenazas y juramentos horrorosos. Noté especialmente uno, cuya estampa, trage y ademán me horrorizaron. Su cuerpo era largo, delgado y arqueado, y sus piernas y brazos eran descompasados. Baxo

del gorro sucio, que cubria su mezuquina cabellera roxa y crespa, se divisaba un rostro horrendo y cárdeno; con cejas negras y desmedidas, ojos huecos y encendidos y un movimiento convulsivo en los labios. Este monstruo medio vestido ostentaba su pecho vellúdo y sangriento, y de la lanza en que se apoyaba corria la sangre que coloreaba su brazo arremangado. El aspecto de aquel foragido que acaudillaba á los demas, me hizo adivinar los desafueros, que habian cometido y los que estaban preparando. Comprendí que el dia de la mortandad habia llegado, que estaba próxima la hora de mi muerte, y que así necesitaba de aliento y resignacion. Ademas de esto la certeza que yo creia tener del asesinato de la familia real, hizo que aquel momento fuese uno de los mas amargos de mi vida.

Mi calabozo estaba muy lejano

para poder oír á los facinerosos ; mas colegí por sus miradas centellantes y sus ademanes furiosos , que exígian del alcayde que les entregase los presos restantes ; pero aquel hombre honrado oponia la resistencia mas virtuosa á su infernal tenacidad.

Luego la contienda se fué acalorando mas y mas , y se oían voces tumultuosas y denuestos en medio de la vocinglería. Los asesinos estaban en la comocion mas terrible ; pero quanto mas se encolerizan y amenazan , tanto mas el alcayde se mantiene firme y les hace frente. Entónces el foragido sobredicho se le acerca con los ojos encendidos y la boca espumosa , lo sacude con violencia , lo vuelca , y sale rabioso con sus horribles compañeros.

Apénas desaparecieron , el alcayde se levantó , entró precipitadamente en algunos quartos del piso de la calle , los dexó con mas rapidez todavía ,

los cerró, los fué mirando todos des-
pavoridamente y salió. El patio que-
dó por tercera vez desierto.

Baxé entónces de mi observatorio,
y me puse de rodillas para ofrecer á
Dios el sacrificio de mi vida, pues
no dudé que estaba cerca de perder-
la. Un eco de llaves y el rechinamien-
to del quicio de mi puerta, que se
iba abriendo, me avisaban que era
llegada mi última hora: me pongo en
pie, y veo entrar dos hombres de los
quales el uno, que era *Bault*, el al-
cayde, conduce por la mano á otro, y
lo tranquiliza. Serenaos si es posible,
le dice, estais en el sitio mas escondi-
do de la casa; habria que derribar-
la del cimiento al techo para poderlo
descubrir. Creedme: en apuro seme-
jante, este calabozo vale mas que *el del
doblón*; quanto mas que os dexo bien
acompañado. Buenas noches, señores;
la tormenta es terrible, pero abonanzará.
Cierra la puerta, y me quedo en

medio de la lobreguez á solas con un desconocido.

En tales encuentros el conocimiento y la conversacion se entablan al golpe. Por otra parte, á favor de la linterna que traia el alcayde, habia podido echar una mirada á mi nuevo compañero, cuyo aspecto no me era nuevo, y por aquí di principio á mis razones.

Era M. de Chamilly, ayuda de cámara de Luis XVI., quien me informó que desde la madrugada una especie de tribunal formado, sin saber como, se habia instalado en el atrio de la *Fuerza*, y habia dispuesto una matanza en regla. Iba á comparecer ante aquel tribunal sanguinario, que sin duda lo hubiera comprendido en el degüello, á no mediar la caridad protectora del alcayde Bault. M. de Chamilly se esplayó en el pormenor del acontecimiento horroso de aquel dia, aunque no estaba

enterado de todo ; pero demasiado sabia, para que á un hombre sensible se le erizasen los cabellos y vertiese lágrimas de sangre al oirlo.

Quedamos sumergidos en la congoja mas amarga hasta las dos y algunos minutos de la madrugada. El silencio espantoso que nos rodeaba, solia interrumpirse de quando en quando por unos alaridos de dolor sofocados con fieros clamores. Nos parecia asequible, oyendo los golpes de los sayones, calcular el número de las víctimas ; y como la casa de la *Fuerza* está dividida en edificios separados por patios espaciosos y paredes elevadas, juzgamos que los matadores no olvidaban á nadie, y que por donde quiera encontraba la muerte alguna presa, con que cebarse.

En este intermedio quatro foragidos medio desnudos , fuera de sí con el vino y por su furor , y salpica-

dos de sangre, entraron en el patio vertiendo horrorosas imprecaciones, y arrastrando por los cabellos á un llavero anciano compasivo, que los habia defraudado de algunas víctimas. Al pasar cerca de nuestra lumbrera oímos que pronunciaban perceptiblemente el nombre de *Rhulieres*, y que juraban quitarle la vida con tormentos dilatados. En efecto habiéndolos introducido un portero en un quartito del piso de la calle, arrebatáron á aquel oficial desventurado, á quien desnudáron desde luego con el desenfreno mas brutal, despues descargándole sablazos le hicieron correr delante martirizado con los mas excesivos dolores, y en seguida la sangre que baxaba en arroyos por su cuerpo sajado le hizo un espectáculo de horror y de lástima. Pero lo sumo de su barbarie fué el acompañar sus alaridos espantosos con repetidas carcajadas. En fin tras una lucha esforzada y una agonía terrible, el

desdichado encontró en la muerte el término de su tormento. Extrémecidos con tantos horrores Mr. de Chamilly y yo nos estrechamos con abrazos violentos, y léjos de podernos explicar apénas nos era dable el exhalar tal qual suspiro. Bien puede venir la muerte á descargar sobre mí su guadaña; pues la he visto tan espantosa que nunca podrá ya asustarme.

Quedamos hasta el amanecer como estúpidos é inmóviles, atormentados por un sueño funesto, anhelando su término, y sin atrevernos á hacer el menor movimiento, temerosos de que nos fuese fatalísimo. La claridad del alba que reflexaba en la pared frontera á nosotros, el fresco de la mañana y los vapores embalsamados del rocío, nos restituyéron el sentido. Hice un esfuerzo para incorporarme en el triste lecho donde el pavor me tenia comprimido, y me llegué trémulo á la lumbrera, y me puse á registrar aquel patio, po-

co antes teatro de los excesos mas horrendos. El cadáver mutilado de Rhu-
lieres yacia sobre el cesped ensangren-
tado , miéntras á poca distancia las
aves gorgaban en el albergue de los
olmos verdes y frondosos.

A las ocho el alcayde entró en nues-
tro calabozo , desvaneci6 , ó á lo ménos
aquietó las zozobras de Mr. de Cha-
milly , y me anunció que tendria que
dexarle por algunos minutos. Ent6nces
sí que , á pesar de las protestas de
Bault , me consideré perdido ; pero
echando el resto de mis esfuerzos : en
vano me encubrís , dixé al alcayde,
que me llama el Tribunal revoluciona-
rio para entregarme á los asesinos.
Merézcaos el que me digais la verdad:
por mas terrible que parezca est6y
pronto á escucharla. Bault protestó
que me la habia dicho sin reserva , y
me juró sobre su cabeza , que léjos de
tener que temer á los asesinos , ni si-
quiera me habian nombrado. Abracé á

Mr. de Chamilly y seguí á mi guía. Despues de haber pasado muchas puertas y patios fuimos á parar á una escalerilla escusada, por la que subí trás él. En el segundo piso encontramos un corredor lóbrego y estrecho, á cuyo extremo habia una puerta. La abrió, y entramos en un quarto alhajado con algun esmero, y en cuyo centro habia una mesa puesta con merienda. Bault me ofreció una silla, me convidó á refrescar, y me obligó á tomar medio vaso de vino; y despues de disculparse por qué me dexaba solo, se salió y cerró la puerta.

¿A qué venian aquellas atenciones, y qual era su objeto? Estaba cavilando en esto quando abriéron la puerta, y vi entrar al alcayde con un sugeto que traia una banda, y al qual trataba con mucho acatamiento. Mr. de Fermont, me dixo acercandóseme, este es el Señor Síndico general, á quien debéis la vida, y que desea conversar

privadamente con vos. Saludé á M. Manuel, y le manifesté mi reconocimiento en términos ménos expresivos que lo hubiera hecho en circunstancias mas sosegadas ; pero M. Manuel se hizo cargo de mi turbacion y me la agradeció. Fuése el alcayde, y quedamos solos.

Necesito detenerme en una reflexion, que qualquiera tendrá á bien hacer conmigo. Algunos escritores fidedignos han impreso, y varios sugetos apreciables han creído, que Manuel no solo profesaba y habia propagado las máximas de los excesos revolucionarios, sino que habia tenido un influxo directo en los delitos de los primeros dias de setiembre. No me toca e hacer su apología; pero no puedo ménos de considerarle baxo un aspecto muy diverso, en vista de lo ocurrido en las conferencias que tuve con él. Voy á recordarlas por su órden, y se juzgará si mi parecer carece ó no de

fundamento. Este es en corta diferencia el razonamiento que me hizo en la época referida. „Lo primero que ocurrirá á M. de Fermont al hallarse aquí con Pedro Manuel , es el juzgarle por un hombre que se ha declarado enemigo de los reyes y apóstol del gobierno repúblicano. Pero en vuestra racionalidad no cabe, el que una opinion, de la qual nadie dispone á su alvedrio y que resulta de un impulse interior y de un convencimiento que arrastra, sea un motivo de desavenencia. En mi entender esto solo puede ser un pretexto de rompimiento , con el qual no es dable se avenga un hombre de un carácter tan decidido. Quedemos pues persuadidos , vos de que en la monarquía se cifra la felicidad , y yo de que solo la república puede proporcionar la independenciam; y veamos si se halla entre nosotros una especie de compromiso ú convenio , que hermanando nuestros dictámenes vaya á

parar al propio blanco y corone nuestros anhelos con la felicidad general."

„Sentemos ante todo un principio. La filosofía que reina en este siglo demuestra la ridiculez de la grandeza y las contingencias de la idolatría; y la insubsistencia perpetua de Luis XVI. lo está evidenciando. El monarca, envilecido, habia dexado ya de serlo; el diez de agosto no lo ha destronado, pues desde su coronación los delitos y las tramas le han ido preparando este vuelco."

„Por mejor decir no se le ha derribado del solio, sino que este se ha hundido debaxo de sus plantas. Jamás se pudo presentar oportunidad mas adeqüada para establecer la república sobre el cimiento de la moderación y de la virtud. Luis estaba en el suelo, y ninguno de sus cobardes amigos acudió á darle la mano: no era menester mas que dexarlo dormir y olvidarlo."

„Pero la ambicion por una parte, y el fanatismo político por otra, han suscitado los movimientos del diez de agosto, han mandado las muertes que manchan su memoria y se han apropiado sus results. Pero hoy (me estremezco) el desenfreno de la anarquía, á manera de un torrente asolador, rompió los diques y arrebató en su carrera sangrienta los monumentos y los hombres.”

„¡O atentados inauditos! continuó levantándose y paseando acaloradamente por el cuarto, ¡ó desdoro de mi patria! ¿quién borrará las manchas de sangre que afean tu ropage república-no? En este mismo punto se anonadó la humanidad; unos caribes sentados sobre montones de cadáveres se empapan en sangre, y sus labios homicidas fulminan nuevas sentencias de exterminio.”

„Para embotar el acero de estos asesinos: „Manuel fué interrumpido

Se repentinó por el alcayde que se le arrojó despavorido, clamando, que la carnicería continuaba, y que se acababan de llevar á Madama de Lamballe. El Síndico salió aceleradamente, y quedé solo.

A los diez minutos volvió con la desesperacion estampada horrorosamente en su semblante, con los ojos hinchados de lágrimas, fuera de sí, trémulo y sin habla. Se recostó en un taburete, y tapándose la cara con las manos, exclamó entre sollozos con una voz apocada: ¡Qué bárbaros!::: ¡qué bárbaros!::: Yo estaba en pie delante, callado y pensativo, ansioso de preguntar y temeroso de saber demasiado.

Apénas se desahogó algun tanto: M. de Fermont, me dixo asiéndome la mano, estamos en la boca de un volcan; hayamos de este suelo mortífero que acaba con quantos lo habitan. El hervor revolucionario ha le-

vantado la espuma, que va á mancharlo y anegarlo todo. En los desiertos abrasados del Africa hay tigres hambrientos que destrozan y devoran á los viageros; pero aquí son hombres los que sacian con la carne de otros hombres su apetito desenfrenado. En estos dias no hacen mas que derramar la sangre á borbotones, para formar luego como un piélago de maldades. Acaban de asesinar á la interesante Lamballe. He visto su hermosa cabeza separada de su cuerpo ultrajado, y que la llevaban al extremo de una lanza ensangrentada. He visto á un irracional arrancarle el corazón palpitante, exprimir su sangre en un vaso, y deleytarse en satisfacer su inhumana sed con esta bebida exêcrable. Ya creerémos los horribles y trágicos banquetes de la antigüedad, pues todos los delitos de la fábula se hallan comprendidos en los hechos de la historia.

¡Quán penetrado estaba yo del mas vivo dolor! Madama Lamballe, á quien Dios parece que crió para manifestar la beneficencia baxo los rasgos de la hermosura, acababa de perecer en medio de los suplicios y de la ignominia, miéntras su matador, colmado de oro y de timbres, insultaba á la moral pública y fomentaba el desenfreno hasta en el asiento de los legisladores.

Manuel, mas sosegado, me fué contando el fin trágico de la desgraciada princesa. Acababan, me dixo, de llevarla ante el tribunal asesino, quando he llegado. Vestida sencillamente de blanco, y con los cabellos tendidos, ofrecia la imágen perfecta de la inocencia delante de la iniquidad. Mi presencia ha causado una sensacion que no acertaré á descifrar: al llegar habia atajado por medio de las instancias mas eficaces la mortandad, y al volver á exercer esta sus terri-

bles funciones iba yo otra vez á reprimirla. A mi aspecto los matadores quedan en profundo silencio; dos satélites apartan los sables que tenían cruzados sobre el pecho de Madama Lamballe. El presidente alborotado se levanta y pregunta, ¿de qué se trata? ¿de qué se trata? exclamé; de poner en manos de la justicia constituida el castigo de los culpados, el indulto de los incautos y la absolución de los inocentes. Ciudadanos, como intérprete de la Ley podría decir os lo manda; pero en nombre de la humanidad os lo suplico. ¿Con que unos hombres desarmados, unos ancianos enfermos y unos niños débiles son enemigos dignos del aliento francés? ¿Con que dirán: que mientras vuestros compañeros de armas las habían con las falanges prusianas, vosotros empleabais vuestras fuerzas y vuestro denuedo contra una muger? ¿tendriais la crueldad de mancharos

con su sangre? No hay que olvidarlo, Ciudadanos, la sangre de los asesinatos está clamando sin cesar, y nunca se borra.—Síndico, no eres de este ayuntamiento, y quanto dices, aunque parezca muy brillante, no viene al caso; me respondió uno de los asesinos. La Lamballe ha sido traidora á su patria, y como cómplice de Antonieta debe perecer.—Sí, sí, que muera, claman los facinerosos enfurecidos. Hace tiempo que la justicia nos quiere adormecer; mas nosotros nos la tomaremos por nuestras manos. La gritería se redobló á estas palabras: me empeño en que me oigan; pero mi voz se anonada con sus bramidos. Entretanto Madama de Lamballe, pálida y trémula en medio de sus sajonas, apenas podia tenerse en pie. Tenia la cabeza inclinada, y de sus párpados cerrados veía yo correr algunas lágrimas. ¿Qué corazon no se enternecería? el de los matadores estaba em-

pedernido, pues empujándola fuertemente por los hombros la pusieron á los pies del presidente gritándole: cumple con tu obligacion. Me adelanto al mismo tiempo, y protesto en medio del alboroto. Restablecido algun tanto el sosiego, el presidente quiere entablar una especie de interrogatorio, y la princesa procura sacar fuerzas de flaqueza para responderle con voz apocada. Si me achacan como un delito mi afecto á la reyna, no tengo defensa; soy culpada. Sí, he dado á una corte depravada y á un siglo corrompido el exemplo de una amistad fina y perfecta entre una reyna y su vasalla. He vivido para ella, y no me quejo de morir. No, no moriréis, exclamé, aunque sea á costa de mi vida. Bárbaros, añadí lloroso y descubriendo mi pecho, si quereis sangre, aquí está la mia, y dexad la de esa muger desventurada. Sin acabar yo estas

palabras, á una seña del presidente arrebatan á Madama Lamballe, y la encierran en el retrete de afuera deseargándole tantos sablazos, que salpicáron mi banda con su sangre. La amargura del suplicio y el espectáculo de los cadáveres, hacinados en arroyos de sangre y de lodo, han hecho que se desmayase á menudo, y muriese así varias veces ántes de espirar. Sus verdugos añadiendo al horror de la carnicería el delirio del desenfreno, han atropellado su cuerpo brutalmente, hasta que ciegos de rabia se han reparado sus miembros palpitantes.

Estuvimos largo rato sin poder continuar nuestra conversacion interrumpida por este incidente. Temblaba yo y M. Manuel conmigo, de que el furor de los foragidos, mal satisfecho con la muerte de los presos subalternos, fuese á saciarse con los del Temple, paradero, como acababa de saber, de Luis y de su familia. El ánimo del

Síndico era salvarlos y, como se va á ver, devolverles una parte de su autoridad. Pero como el momento no era favorable para dedicarse á un negocio de tal entidad, se contentó por entónces con franquearme un quadernillo, en el qual varias manos habian escrito las notas siguientes. — Aquí el Abate de Fermont, á quien me habia dado bastante á conocer para infundirle alguna confianza, me entregó el quaderno, que por estar á obscuras no se podia leer. Me enteré luego de él, y con el beneplácito del digno eclesiástico, lo copié qual lo inserto en estas memorias. Es uno de los documentos históricos de la revolucion mas interesantes y desconocidos, y sale á luz por la primera vez.

LIBRO DE MEMORIA.

(Documentos justificativos, num. 2.)

„LIBERTAD , PAZ , FELICIDAD.

„**E**l mejor gobierno es el que hace feliz mayor número de individuos.

„Quando la constitucion del estado afianza á todos el goze de sus derechos sin consentir su abuso, ha resuelto el gran problema del contrato social.

„Las potestades deben ser diversas y contrapesadas ; pero á fin de que no titubeen con el equilibrio, debe haber un poder predominante que las asegure. El poder legislativo hace las leyes, el ejecutivo gobierna por ellas, y el judicial las aplica.

„Las únicas buenas son las que van acordes con la constitucion ; la execucion buena es la que está acor-

de con ellas ; y la buena aplicacion es la que se conforma con su mente.

„Quanto se encamina á la mejora de la sociedad es virtud , y quanto se dirige á su menoscabo es delito.

„Las penas deben guardar proporcion con los delitos , ser saludables para el que las merece y útiles á la sociedad ; pero si hay castigo para el crimen , la virtud tiene tambien derecho á los premios.

„ ¡Venturoso el pueblo cuyo carácter es la moderacion ! porque ella es el suplemento de las virtudes , el freno de la maldad , la madre de la paz y el resguardo de la felicidad.

„Una revolucion que dura mas de 24 horas es al mismo tiempo un delito y una monstruosidad política ; así como toda tormenta que durase mas de un dia seria un fenómeno en el órden natural.

„Si se emplea el dia de una revolucion en el estrago y en la venganza,

el siguiente debe consagrarse á la reedificacion y al desagravio.

„Las costumbres se conforman con los principios , doctrina y conducta del gobierno ; sea pues este humano, y aquellas serán suaves.

„La opulencia y la pobreza extremadas aislan á los individuos de la grande familia. El que puede existir sin ella , la mira á lo ménos con indiferencia , sino es con enemistad : y el que no puede existir en medio de ella , pára en ser su verdugo. Así uno de los mayores desvelos del gobierno debe ser , el de disminuir el influxo de las fortunas agigantadas , y de hacer á los menesterosos dignos de alcanzar alguna , uniéndolos á la patria con los vínculos de la propiedad.”

Deben inculcarse estas máximas y otras semejantes en la educacion del príncipe Luis Cárlos , primogénito de Luis XVI.

Avertencia. Estas notas eran todas

de una mano, las que siguen lo eran de otras tres diversas.

DE LA PRIMERA.

„Luis XVI. consiente en renunciar la corona en Luis Cárlos su hijo.

„El rey quedará con este título y con una renta correspondiente, y además el usufructo de los palacios edificadas en Nancy por el Rey Estanislao, último Duque de Lorena y de Bar.

„El príncipe Luis Cárlos tendrá la educación necesaria á quien debe regir una nacion grande.

„M. de Saint-Pierre, autor de los *Estudios de la naturaleza*, será su ayo.

„El ejercicio del poder ejecutivo solo se le encargará al rey á la edad de veinte y un años. El príncipe Luis Cárlos se sugetará á un consejo de exámen, compuesto de quince censo-

res, que comprobarán si es capaz ó no de desempeñar las obligaciones de un rey.

DE LA SEGUNDA.

„Señalar de un modo honroso la suerte de la reyna y de los parientes de Luis XVI.

DE LA TERCERA.

„Un cuerpo de reguladores para dirigir la accion de las potestades.

„Una junta legislativa no muy crecida, de la qual una parte ha de proponer las leyes, y otra las ha de sancionar.

„Las funciones judiciales perpetuas.

„La administracion reconcentrada en un punto.

„El exercicio de las potestades soberanas que se han de organizar para

la mayor utilidad de la nacion , á quien se devuelven.

En fin en la última página del librito se leia.

„El Consejo del Rey compuesto de M. M. Malescherbes , Servan , Condorcet , Roland , Angran , d' Alleray & para el convenio de todas las potestades en desempeño de este proyecto , que no costará sangre , á no ser que la faccion de Orleans oponga alguna resistencia.”

Despues de haberme entregado este primer bosquejo de un plan que debia exâminarse , ventilarse y rectificarse , continuó M. de Fermont , el Síndico se marchó dexándome en posesion del quarto donde estabamos. Me habia insitado á escribir al pie del quadernillo las especies que su contenido me fuese sugiriendo , y me habia prometido volver al otro dia. Antes de dexarme le informé de la situacion apurada de M. de Chamilly : me

prometio tenerlo presente y me juró que estaba seguro.

Volví á leer con atencion las notas, entre las quales algunas aunque las ménos merecian toda mi aprobacion; pero por entónces me hice cargo de que los sacrificios eran indispensables, y que el tiempo daria luces sobre el particular. Tan solo opiné que una de las condiciones preliminares mas importantes era la libertad del rey y de su familia, y así lo expresé al fin del papel.

Manuel volvió, como me lo habia ofrecido, con una carta de mi jóven alumno el Lord Fitz-Asland, quien despues de quince dias de agitaciones mortales y de diligencias repetidas, habia por fin descubierto que yo estaba preso en la Fuerza y que vivia. El Síndico me manifestó que la mortandad seguia y se iba cebando de cárcel en cárcel. La toma de Verdun y la entrada de los Prusianos en la

Champaña suministraban un pretexto á la maldad y un motivo, añadió Manuel, al fanatismo revolucionario. Por lo demás ni el gobierno provisional ni nadie trataba de atajar los atentados, sino que se habia celebrado en la casa del Corregidor un conciliábulo para en algun modo dirigirlos. Es muy verosimil, me dixo tambien el magistrado, que las mas de las cabezas estaban contadas y sentenciadas y que se habian empleado fondos para pagar los asesinatos. ¡Exêcrable tráfico! que trae á nuestros climas apacibles las costumbres bárbaras de Guinea. ¡En el siglo ilustrado por Beca-
ría y otros muchos se ha puesto un mercado de carne humana, y se forman aranceles de mortandad!

Quando Manuel llegó á la cláusula preliminar que yo exígia para la execucion de su plan: tambien con-
cuerda, me dixo, con mi modo de pensar; pero seria una temeridad el

intentar su logro á viva fuerza; la prudencia y el ardid pueden solo alcanzar su éxito. A í serémos útiles al rey, como vos lo habeis querido ser por los mismos medios. Aunque soy el segundo magistrado del pueblo, tengo el contraste de una turba sediciosa, que profesa el desicato y trata de dar al través con todo. No nos expongamos á sus golpes por una declaracion intempestiva, pues alcanzarán á Luis y á su familia, á quienes queremos libertar. Hoy al anochecer un encargado fiel pondrá término á vuestro encierro; seguidle sin zozobra y os conducirá á vuestros amigos. Esta es la contraseña.

En esto Manuel me puso en las manos una medallita de cobre dorado, que en la una cara tenia una esfera, símbolo del buen orden, y en la otra estas palabras: *Libertad, Paz, Felicidad.*

Esperé con impaciencia mi plazo,

y en fin al ponerse el sol el alcaide introduxo un jóven que sin hablarme palabra, me enseñó una medalla semejante á la mia y me hizo seña de seguirle. Descorrió Bault los cerrojos, y salí á los veinte y tres dias de encierro. La callejuela próxima estaba todavía inundada de sangre y no pude atravesarla sin estremecerme.

Un coche que tomamos nos llevó desde la calle de San Antonio á la del Arbol seco delante de una casa, cuyas señas traia en una targeta míguia, que era sordo-mudo. Me hizo subir á un quarto segundo, regularmente puesto, donde solo estube un breve rato, pues luego vino á buscarme con ademan amistoso el mismo M. Manuel. Me cogió de la mano, me hizo atravesar un corto corredor con cristales, y me abrió una sala, en medio de la qual siete ú ocho personajes sentados al rededor de una

mesa redonda estaban al parecer deliberando con toda formalidad. Levantáronse al verme, y habiéndome nombrado M. Manuel, el de mas edad y respeto me hizo un cumplido por el sumo afecto que manifestaba á la familia destronada, y por la dicha de que no me hubiese acarreado la muerte en tiempos tan calamitosos. Respondí encareciendo como debia el favor de M. Manuel autor de mi salvamento y redencion, y expresándole de nuevo mi entrañable reconocimiento.

Habiendo asomado entónces el sordo-mudo, uno de los individuos se salió, y volvió á entrar anunciando la llegada de M M. Clery y de Chamelly. Abracé con la mayor ternura á este, ya libre como yo, del furor de los asesinos, y renové el conocimiento que habia hecho con el otro en palacio.

Juzgando de los individuos que

componian aquella sociedad por los que acababan de entrar, era natural el creerlos ó adictos por principios á la monarquía, ó empeñados por inclinacion en la causa del rey. Sin embargo variaban en gran manera y no tanto se habian reunido por la identidad de opiniones como por la uniformidad en el intento. Algunos en efecto eran ya célebres por su republicanismo; otros, conocidos por su doctrina filosófica, y solo el menor número era sequaz, no de la monarquía, sino de Luis XVI. ó de su familia. Pero todos con el ánimo resuelto de salvar al rey, se conformaba en dar á la Francia un gobierno vigoroso y paternal, que distase igualmente de la agitacion de los alborotos que del letargo monárquico, y que afianzase incontrastablemente la gloria del estado respeto á las demas potencias y la tranquilidad en el interior. Se comprenderá mejor qual era

el blanco de sus anhelos sabiendo que Vergniaud estaba junto á Malesherbes; Condorcet cerca de Roland, y Petion en frente de mí. En fin á M. M. Manuel, Clery y de Clamilly que ya he nombrado, hay que añadir Ducos y Valacé, diputados de la Gironda, asesinados despues por el Tribunal revolueionario. No podré sin ser muy prolixo extenderme en el por menor de los grandes objetos, que se ventiláron en aquella sesion. Fuera M. M. Chamilly, Clery y yo que asistimos por la primera vez, todos habian cooperado en formar las notas que os iré comunicando. Se trataba en suma. 1. De poner en salvo al rey y su familia de los puñales y el veneno, como tambien del juicio de la convencion proxíma, á que intentaba sujetarle una parte de las asambleas electorales. 2. De conducir al príncipe real á Marsella ó á Burdeos; de poner á su lado á los fundadores del

nuevo gobierno, y de afianzarle allí, sobre la basa de la verdadera libertad y de una tranquilidad permanente, el imperio comovido por las facciones. Los medios que se proponian para el logro de entrambos objetos eran. 1. La dispersion, juicio y castigo de la autoridad usurpadora. 2. La destruccion de Orleans y del partido que se formaba baxo sus sangrientas banderas. 3. La reduccion de la convencion próxima, y la instalacion de su parte sana en el pueblo donde residiese el príncipe real. Antes de venir á parar á estos resultados, que en verdad no eran remedios radicales, disputáron largo rato, y puedo asegurar que lo hicieron con sabiduría, profundidad y eloqüencia.

M. de Malescherbes empeñaba estas contiendas con ahinco y candidez; Condorcet las desmenuzaba por medio de su delicada metafísica; el jóven Ducos las amenizaba con la bri-

llantez de su imaginacion poética; el sesudo Petion sin arrebató ni frialdad daba al golpe en el punto de la verdad; pero Vergniaud era quien le comunicaba el embeleso irresistible de la persuasión, engalanándola con el resplandor, si puedo decirlo así, de su sin par eloquencia. Parecia que la naturaleza para formar este orador habia vaciado en un mismo molde el númen imperioso de Demóstenes y el talento incontrastable de Ciceron. Mas la segur fatal hizo enmudecer aquellos labios, que hubieran impreso la justicia, ó á lo ménos la compasion en el corazon de los verdugos, si hubieran querido escucharle.

Clery, que desde fines de agosto estaba en el Temple al servicio del rey, el Síndico y yo fuimos los comisionados para llevar á Luis el resultado de la deliberacion. Me encargaron particularmente le presentase las notas del proyecto, y lo deter-

minase á firmarlas. Mi entrada en la prision quedó suspendida para otro dia, á fin de idear entre tanto algun arbitrio para tenerla siempre franca.

Disuelta la junta quise disfrutar con mi alumno de los primeros momentos de mi libertad. Para alcanzar su indecible complacencia al verme, seria forzoso conocer á fondo, como yo, lo sumo de su sensibilidad y lo entrañable de su afecto, como lo comprobará mas adelante mi narracion.

Lord Fitz-Asland, que no ignoraba el interés que vinculaba mi corazon con el destino del rey, repartia á entrambos por igual sus desvelos; pero por mas diligencias que hizo, no le fué asequible hacerle presente sus deseos de servirle. Solo habia averiguado por la Condesa de Sutherland embajadora de Inglaterra y parienta suya, que Luis xvi. se habia mostrado cuidadoso de no oír

hablar del Abate de Fermont, por cuya vida estaba S. M. con la mayor zozobra: Esta nueva demostracion del afecto del rey avivó mi ansia y fortaleció mi resolucion de consagrarme á libertarle á toda costa.

Estabamos aun en siete de setiembre y las precauciones para quitar toda comunicacion con Luis no eran extremadas, como lo han sido en lo sucesivo, quando la nueva tiranía de un gobierno monstruoso se fué encru-
deciendo hasta lo sumo.

Manuel, con quien me avisté á la hora acordada, me dixo: tomase unos protocólos debaxo del brazo para seguirle y entrar con él en calidad de secretario; y al instante me preparé á hacer este papel.

El cariño que me profesaba mi alumno y el interés que manifestaba por el monarca preso, me induxeron á confiarle, á lo ménos en parte, la tentativa que iba á emprender en fa-



vor de Luis XVI. Lord Fitz—Asland me dió las gracias por la confianza que de él habia hecho, y para encarecerla me traxo en el mismo dia quatro cucuruchos de cinco mil reales cada uno, que Lady Sutherland regalaba á la familia real. Al admirar la generosidad de aquella señora no me fué ménos apreciable el esmero de mi alumno; y me dí por honrado de haber cultivado un corazon, que habia preservado intacta en un siglo tan pervertido su acendrada sensibilidad.

M. de Fermont dexó para la tercera noche la relacion de su entrada en el Temple y vista primera con el rey y su familia. ¡Ojalá que mi pluma, conservando la misma forma en que me fué comunicada esta narracion llegue á inspirar á mis lectores una parte del gran interes que yo experimentaba al escucharla!

TERCERA NOCHE.

A las seis de la tarde, continuó M. de Fermont, Manuel me introduxo en el recinto del Temple, en ocasion que se estaban empezando los trabajos de su fortificacion. El foso, que debia tener su puente levadizo, estaba ya delineado y en parte abierto. Encontramos un tropel de gente curiosa que rodeaba la torre, mirando con ansia por si podia descubrir á los presos. El dolor y la compasion asomaban en todos los semblantes, excepto en los de la guardia, fieros y amenazadores, cuyas palabras correspondian á su exterior formidable.

Los del interior, puestos de dos en dos á cada una de las tres puertas, sobresalian aun mas en fiereza; pues eran unos gastadores agigantados y velludos, con su hacha al hombro, y un manajo de llaves á la cintura

haciendo el oficio de carceleros. La voz del Síndico, á cuyas órdenes estaban, suavizó algun tanto sus voces desentonadas y sus miradas siniestras.

Mientras se preparaban los quartos de la Torre mayor para la familia real, estaba alojada en los de la pequeña. El segundo piso estaba ocupado por las princesas y el príncipe real, y el tercero por el rey. Subimos á este, y entrando Manuel delante, le seguí á corta distancia.

Una obrita interesante que estaba leyendo Madama Isabel tenia embarcada la atencion de toda la familia. Luis XVI., teniendo á su hijo sobre la rodilla, fixaba tiernamente la vista sobre la princesa: la reyna se sonreia con su hija, ocupada en su labor, y le hacia seña de que callase; y Clery en pié detrás del taburete del rey, contemplaba con respeto el quadro de una familia precipitada del trono á la cárcel.

El ruido de la puerta y nuestra llegada interrumpieron la lectura. El príncipe volviendo la vista hácia nosotros me conoció inmediatamente, y gozoso en extremo saltó de la rodilla de su padre gritando: *M. de Fermont*. Luis XVI. atónito mira y apenas lo acaba de creer, y las princesas no quedan ménos admiradas.

Sí, cierto, señor, dixo Manuel acercándose; este es uno de los amigos mas fieles de vuestra magestad, y viene á tributarle su rendimiento y la oferta de sus servicios. El rey quiso levantarse, me alargó la mano y me manifestó la satisfaccion que le causaba mi visita. La reyna y la sensible Isabel se mostraron igualmente complacidas.

Sus magestades tuvieron la curiosidad de saber quales habian sido mis aventuras, y luego que la satisface, la conversacion se fué encaminando insensiblemente hácia su objeto principi-

pal, hasta que Manuel propuso al rey el entrar en su gabinete para ventilar el punto sin contingencia. Apénas empezó el Síndico á entablar el asunto, el rey exigió que se llamase á la reyna. Manuel que habia podido desentrañar su carácter, temió que su altanería no se habia de allanar á ninguna composicion, y podria malograr todo el plan; pero como Luis, acostumbrado á no deliberar sobre asunto de entidad sin la asistencia de su esposa, insistió en su proposicion, fué preciso que entrase. El magistrado fué exponiendo el objeto de nuestro encargo.

Empezó mañosa y studiosamente á sentar por principio, que la debilidad de carácter iba por lo regular hermanada con la bondad del corazon, y así elogiando esta última prenda zaheria su compañera. Probó en seguida, que si esto no era de gran trascendencia en un particular, el caso variaba mucho en un hombre público, y

en especial en el primero del estado. Despues de haber deducido de este raciocinio exemplos generales, fué preciso venir á parar á las aplicaciones particulares, y debo decir en honra de su corazon y de su talento, que Manuel tratando un punto tan delicado, lo hizo con una cordura, un miramiento y una destreza incomparables, pues suavizó con la finura de sus expresiones la fuerza de la sustancia, conservó con un ilustre desventurado todo el acatamiento propio de las almas sensibles, y no pudiendo respetar la corona en una frente que ya no la llevaba, respetó á lo ménos la señal que habia dexado. En fin procedió con Luis XVI. como un cirujano diestro con un hombre mal herido, que apenas pone las manos en la llaga, y aun templa los dolores con calmantes.

Estaba el rey escuchando con suma atencion, y aun se mostraba en su

semblante sereno una aprobacion continua; pero el de la reyna por el contrario era todo impaciencia: el enojo reconcentrado, y la sensibilidad en extremo conmovida se manifestaban sucesivamente, ó mas bien, á un mismo tiempo. Pero quando Manuel acabó de pronunciar la palabra *abdicacion*, el rostro de María Antonieta se mudó de repente; á la suma palidez sucedió un encendimiento total, y el orgullo de todos los Césares se descubria reunido en sus cejas arqueadas y en sus labios desdeñosos. Un relámpago fué la primera mirada que echó á Manuel, el qual enmudeció y baxó los ojos.

El rey rompió entónces el silencio, y dixo suspirando: ¿con que en fin la suerte está echada? ya no me quieren: el heredero de sesenta y cinco monarcas va á ser vasallo. Antes morir, exclamó la reyna dando una fuerte patada en el suelo: ¿de qué sirve la vida quando se ha perdido el honor?

Oíla susurrar algunas palabras en voz baxa, y pronunciar claramente el nombre de *María Teresa*, cotejando sin duda la valentía de aquella soberana con la debilidad de Luis.

No, señora, dixé entónces, ni vuestra vida peligra, ni el honor está perdido. Quando le hace frente la opinion, se retira á lo intimo del corazon esperando, que pueda todavía dar leyes desde aquel santuario. Pero es tal el apuro de las circunstancias, que para resguardarlo hay que aparentar que se desecha. La renuncia del rey no puede ser sino un paso de precaucion, y no será durable. ¿A quién persuadirán que sea un acto de su alvedrío, habiéndolo hecho con grillos? Por otra parte, señora, se trata de conservar la vida á vuestro augusto esposo, de afianzar la corona en vuestro hijo, y de proporcionaros á vos y á vuestra familia la seguridad y el sosiego. ¿Titubearéis en hacer un sacrifi-

cio momentaneo, y querréis haceros cómplice, por decirlo así, de los que conspiran contra vos?

Añadí otras varias razones, que Manuel fué esforzando con su acostumbrado talento. Luis fué el primero que se dió á partido y se resignó á deponer el cetro por conservarlo á su hijo. Quizas se hizo cargo, de que fuese la que quisiera su decision, estaba en manos, ó del partido que iba á destruirle, ó del que no trataba sino de humillarlo; y en esta alternativa prefirió las condiciones que le imponia el uno al cadalso que le preparaba el otro. La reyna, despues de haber proferido aquellas expresiones, calló por desprecio, y se salió del gabinete.

Quando el rey se vió solo con nosotros pagó á la debilidad humana su tributo de lágrimas. El cielo me oye, dixo, no me duele la corona, ni sus prerogativas, ni su pompa. Tiempo

hace que aprendí á reducirlo todo á sus verdaderos quilates , y baxo la brillante diadema he hallado agudísimas espinas ; pero verme desechado de un trono honrado por mi abuelo Henrique el Grande , como si fuese incapaz , por ineptitud ó por mala intencion , de contribuir á la felicidad pública , esto es lo que lastima mortalmente mi corazon. Estoy léjos de mencionar como un mérito el haber desempeñado las obligaciones de mi empleo ; pero en diez y ocho años ¿no he estado haciendo quanto bien he podido? ¿no he atajado , ú castigado quantos males han llegado á mi noticia? Desde el dia de mi coronacion descargué á este pueblo , que siempre llamaré mio por el cariño que le profesó , del impuesto para la exáltacion al trono , persuadido de que solo así haria verdaderamente bendecir el principio de mi reynado ; y no queriendo que infames tormentos arrancasen á los reos calum-

nias contra sí mismos, he substituído á las cruces y á los potros los medios de la halagüeña persuasión. Si las colonias oprimidas por la avaricia de su Metrópoli quieren sacudir el yugo y se abalanzan á la libertad, favorezco, como heredero de las máximas de mi padre, á aquella nacion generosa, la ayudo á colocarse entre los imperios del mundo, y agradecida á la proteccion, á los auxilios y á los servicios que le habia dispensado, la América independiente pone mi imagen entre las de Franklin y de Washington. ¿En qué atraso, ú por mejor decir, en qué aniquilamiento se encontraba la marina á la muerte de Luis xv.? Me atrevo á decir, que la he regenerado. He suprimido el derecho cruel de manos muertas, que aun subsistia, á pesar de la piedad del siglo anterior y de la filosofía del presente. Al eco de mi voz, los esclavos del Monte-Jura han quedado

atónitos de verse otra vez hombres.

He sido el primer rey, que renunciando á todos los principios despóticos ha reconocido la soberanía nacional, y la obediencia que el monarca debe á las leyes. He dado cuenta al pueblo de mi administracion; he llamado sus representantes á mi lado; me he puesto en medio de él como un padre que se vé rodeado de su querida familia, y en quanto he podido he tomado por modelos á Antonino, á Henrique IV. y á mi padre. Sin embargo en pago de este cariño hace quatro años me están llenando de amarguras, traspasan mi corazon por la parte mas delicada, achacando á la reyna los designios mas odiosos. Los mismos á quienes he puesto en libertad me cargan de cadenas, degüellan á los que no han cometido la cobardía de desampararme ó la perfidia de venderme, y el término de tantas maldades es derribarme del trono, el qual

á la verdad no podia yo realzar con grandes virtudes ó un talento eminente; pero á lo ménos era mi ánimo convertirlo en ara de la felicidad pública.

Luis pronunció este razonamiento, que yo he referido solo en sustancia, con el acento mas patético, acompañado de algunas lágrimas. ¡O inconstancia de las cosas humanas! decia yo, al oirle y contemplarle. Este es el monarca, no há mucho tan poderoso y reverenciado, que desde el alto alcazar donde dictaba leyes ha sido sepultado en una torrecilla lóbrega, donde recibe las que quieren imponerle. Una silla humilde substituye su trono, y un vestido llano la púrpura soberana; y el que mandaba á veinte millones de hombres, apenas hallaria uno que quisiese obedecerle.

Manuel le contestó, que el rápido torrente de los nuevos acontecimientos habia hecho desaparecer los monumen-

tos de sus acciones; pero que amañaria, y entónces el reconocimiento y la verdad recobrarian sus derechos que á la sazón estaban atropellados. No malogreis, señor, añadió el Síndico, no malogreis la proporción que me suministra mi destino, el qual debo luego dexar para entrar en la convencion. Voy á noticiar á mis delegantes la decision de V. M. baxo el supuesto de que mañana tendrá á bien firmar la correspondiente acta auténtica; y entre tanto M. de Fermont quedará aquí á fin de acordar los medios mas eficaces para afianzar vuestro sosiego, vuestro honor y el de vuestra familia.

Ahora que estamos solos, dixo la reyna despues de haber salido Manuel y de haber vuelto nosotros al quarto del rey, donde estaba el príncipe y princesas, manifestadme vuestra opinion sin rebozo acerca del proyecto que nos acaban de proponer. ¿Lo ha-

llais, no digo admisible, sino compatible con nuestro carácter y gerarquía? — Señora, respondí, si solo considerase este proyecto por sus apariencias, seria del dictamen de V. M. en desecharlo; pero juzgo que debe admitirse en la coyuntura actual, por quanto lo miro como un preparativo y como un medio para poder conseguir otras cosas mas difíciles. — Tambien lo considero yo baxo ese aspecto, dixo el rey, y solo en ese concepto le doy mi beneplácito — ¿De qué se trata? preguntó Madama Isabel. — De substituir, respondió la reyna, á la potestad legitima de los monarcas de la sangre de San Luis no sé qué poder arbitrario, muy semejante al de los antiguos Mayordomos de Palacio; mientras que algun nuevo usurpador reynará en lugar de vuestro hermano, pues el asunto es tenerlo á pupilage, preso y pelado en un convento. — Las cosas, interrumpió Luis XVI., no están

en ese extremo ; pero en este punto, si yo me desentendiese del partido que me proponen ¿ á qual nos inclinariamos ? - Al de morir ó reynar , replicó la reyna con una altanería arrebatada ; no hay medio en esta alternativa para quien ciñó sus sienes con la diadema. En quanto á mí , que menosprecio los Clodoveos , Chilpéricos y demas reyes haraganes , desdoro de la primera casta , desde ahora sigo la conducta de Cárlos 1. Fué desgraciado ; pero grande aun en la desgracia , ostentó los timbres del solio hasta en el mismo cadahalso , perdiendo la cabeza con la corona. Ese es el dechado de los reyes abatidos : ¿ y no os esforzaréis á imitarlo ? - ¿ Qué me aconsejais , preguntó Luis suspirando ? ¿ Con que por el interés , ó sea la gloria y la suerte de una familia hay que dar al través con el estado ? ¿ No me ha de imputar el Altísimo la sangre derramada en esta causa ? - Ay , hermana ,

exclamó Isabel penetrada del mas vivo dolor, demasiada se ha derramado yá. ¿No queda un trono bien pagado con la que derrame un hombre solo por defenderlo? - ¡Qué principios! ¡qué lenguaje! ¡qué apocamiento! exclamó Antonieta. ¡Como se ha equivocado la fortuna en colocar al uno de vosotros en el trono, y al otro en el escalón inmediato! ¡Quanto mas valiera que hubieseis nacido en una choza tranquila para gobernar tímidos rebaños! A lo ménos aquellos no se rebelan, ni su caudillo necesita esfuerzo ni resolucion. ¡O cielos, un lóbrego calabozo encierra los descendientes de San Luis y de Henrique iv.; indignas esposas oprimen las manos imperiales de la hija de los Césares; y la Francia y la Alemania lo toleran! ¡La Europa trémula calla! Los reyes en vez de armar los esclavos, que emplean muchas veces en los caprichos de una manceba, para desagra-

viar el trono de las flores de lis, se están tentando la cabeza para ver si se les desprende ó no la corona. ¡Con que estamos reducidos á nosotros mismos, y solo nos quedan algunos de los muchos caballeros que dependen de nuestra suerte! Empleemos pues los cortos medios que nos restan, y que sabremos engrandecer con nuestros arbitrios. De las impurezas de la sociedad turbulenta han salido á luz nuestros perseguidores, y el cielo ha puesto á su mismo lado nuestros amigos. Por mano de unos destruirémos los otros, y así desde esta torre nos franquearemos el camino para recobrar el trono.

Luis XVI. pidió á su esposa la explicacion de su plan. Este es, respondió, tan sencillo en sus principios como en sus medios, y quedará demostrada su utilidad por la grandeza de los resultados. Pero queriendo el rey que se retirasen ante todo sus hi-

jos : no , que se queden , dixo la reyna ; la desgracia ha hecho á mi hija reservada , y en quanto á mi hijo , añadió , tomándolo en brazos y besándolo con ternura , me complazco de que mis ideas vayan naciendo tan temprano en su cabeza. Destinado á reynar en tiempos de revolucion , debe conocer quanto antes y muy anticipadamente á los hombres , y aprender á rastrear los acontecimientos. ¡ Ay de nosotros , que por no haber desentrañado esta ciencia sublime gemimos ahora en una prision !

La reyna iba á entrar en el pormenor de su proyecto , quando se nos presentan dos comisarios municipales con sus bandas tricolores. Señor , me dixo el uno adelantándose hácia mi , aunque baxo la palabra del Síndico esteis autorizado para permanecer aquí , sin duda no pensais dormir en este sitio : se os ha preparado pues un quarto en el piso baxo ,

á donde tendréis á bien seguirme.

La familia real se separó: la reyna, su cuñada é hijos baxáron al segundo piso donde vivian; Clery los acompañó y volvió luego á ponerse á las órdenes de su amo. A mí me conduxéron á una sala húmeda y desmantelada, donde encontré una cama grande y antigua, en que me acosté.

Estoy muy ageno de dar crédito á las visiones y sueños; sin embargo la extrañeza de uno que tuve esta noche se me impresionó entónces sobre manera, y me ha asombrado mas todavía, quando he visto que los acontecimientos le han sido enteramente conformes.

Apénas me recogí en el lecho, me creí arrebatado á un gran baxel, cuya cubierta estaba llena de pasajeros de ambos sexôs de todas edades y de todos estados. La zozobra y la consternacion se manifestaban en todos

los semblantes , y ví algunas mugeres que ocultaban medrosas y trémolas en su seno las cabezas de sus hijuelos. Acerquéme á un anciano , cuyo aspecto plácido y agradable llamaba la atención é infundia respeto , y le pregunté , ¿ qual podia ser la causa de la agitacion que notaba en todos los rostros ? Me miró como absorto , y me respondió : por esa pregunta se echa bien de ver que sois extrangero , y que entráis por primera vez en esta embarcacion. Mirad al rededor , y os impondréis en la causa del desasosiego general. Miré al cielo , y lo ví cubierto de nubarrones lóbregos por el centro y aplomados por las orillas , cuya horrible extension ceñia el horizonte , y solo á lo léjos se divisaba un claro azulado ; pero aquel viso de bonanza estaba muy remoto , y la tormenta sobre nosotros. Al tender la vista sobre el mar que nos cercaba , me parecia que sus aguas ya turbias,

estaban surcadas por largas listas de sangre, y que sus olas arrollaban miembros dispersos. Lo que os asusta, me dixo el anciano, no es sin embargo sino el anuncio de lo que nos amenaza si la borrasca sigue; y si no mirad los semblantes del piloto y marineros. Levanté los ojos y los fixé en el timon. Un marinero de mediana estatura lo asía con su diestra, y con la izquierda armada de un puñal sangriento alejaba á doce ó quince hombres que se empeñaban en quitarle el puesto. Sus facciones mezquinas y soezes estaban en una especie de convulsion, y sobre su tez cárdena se veian varias manchas de sangre. Oí que hablaba de una *providencia general* para salvar el baxel, y que los marineros le contestaban con agudos alaridos.

Entre tanto un eco sordo anunciaba ya la tormenta; los relampagos cruzaban las nubes hacinadas á manera de montañas. Al sonido del trueno

se juntaban el silvido de los torbellinos, el cruxido de la embarcacion, que unas veces subia á las estrellas, y otras se hundia en lo mas profundo del oceano, los lamentos de los viajeros, el estruendo y hervidero de las olas, y, lo que era peor, los clamores sanguinarios del piloto, y los fieros aplausos de los marineros. De repente aquella gabilla infame se arroja sobre nosotros, armada de cuchillos, los clava en el seno de las mugeres, de los ancianos y de los niños, y arroja al piélago enfurecido sus cuerpos palpitantes. ¡O desolacion! ¡ó espectáculo espantoso! :: Pero entre aquellas escenas bárbaras ví sobresalir las virtudes mas heroicas. Una niña enamorada estrechaba en sus brazos y cubria con su cuerpo á su amante, y presentaba descubierto á los verdugos su hermoso pecho. ¡Qué desenfreno! le clavaron su espada y traspasaron de un golpe dos corazones unidos ya

por el amor. Una tierna esposa se arrojaba á las olas por no desamparar el cuerpo de su consorte. Dos amigos competian por el honor de morir el uno por el otro, y no encontraban sino en la muerte de entrambos el fin de su noble porfia. Un padre se ofrecia á los asesinos en cambio de su hijo, salvando con esto lo que estimaba mas que su propia vida. Así junto á lo mas monstruoso de la naturaleza, la providencia habia colocado lo mas grande y augusto que ella puede producir.

Por no sé qué casualidad prodigiosa escapé del cuchillo de los matadores, pues aunque varias veces me habian cercado y amenazado con sus puñales, sin embargo como si hubieran visto en mi frente algun carácter sagrado, habian huido siempre con horribles imprecaciones.

Quanto mas se embravecia la tempestad, otras tantas mas víctimas sa-

crificaban el piloto y sus satélites. De repente un gran silencio reyna en la naturaleza y en la embarcacion; un relampago espantoso, á manera de columna de fuego, se dispara de las nubes, cae y se precipita sobre la cubierta. El piloto trata de huir y queda consumido, y los mas de los marineros van á parar de un vuelco á las olas.—El susto desvaneci6 mi sueño ó mi vision; y trasudando, con los cabellos encrespados y el pulso alborotado me encontré en un quarto del Temple.

Me habian encerrado, y el dia siguiente un empleado diverso del de la víspera, vino á conducirme al quarto del rey. Al subir me cogió la mano y me la estrechó de un modo muy expresivo. Temia sin embargo alguna asechanza y lo miraba con extrañeza. Pero él, asegurad á sus magestades, me dixo, que aun hay razones que los acompañan en su que-

branto, y que, añadió muy quedo, no se contentan solo con deseos. No tuvo lugar para proseguir, porque estábamos ya en compañía del rey.

Mostróseme placentero, y estando solo con Clery se aprovechó de la ausencia de la reyna para entregarme la acta de abdicacion, que Manuel le habia pedido. Ya veis, me dixo aquel monarca desdichado, los sacrificios que hago por la tranquilidad pública, pues no echaré menos la corona si la nacion es feliz. No hay sin embargo que hacer uso de este documento, que solo me atreveria á confiar á vos, ó á M. de Malescherbès, sino con mucho miramiento. Son muchos los ambiciosos disfrazados de patriotas; distinguid los colores, y servid igualmente á la patria y al rey.

Aunque esta acta no ha tenido cabida, á lo menos con las condiciones que la afianzaban, la he conservado cuidadosamente, como un do-

cumento histórico y como un monumento del anhelo de Luis por el bien de todos. Es como sigue:

ABDICACION DE LUIS XVI.

(Documentos justificativos, num. 3.)

„Luis XVI. de este nombre, rey de Francia, á los pueblos de este reino, á los reyes de Europa y á la posteridad, DECLARA, que deseoso de afianzar de un modo sólido y duradero la tranquilidad general, turbada mucho tiempo por el espíritu de partido, y de quitar á todos los partidarios el pretexto de reclamar su persona y de perseguirla, por esta acta, formada por su propio y libre alvedrío, hace renuncia de sus derechos hereditarios ó adquiridos á la corona de Francia y á sus prerrogativas, bajo las condiciones expresas: 1. De que

un consejo de regencia, nombrado por él y aprobado por la asamblea nacional, ejercerá la administracion del supremo poder ejecutivo, hasta la mayoría legal de *Luis Cárlos* su hijo, príncipe real. 2. De que se atenderá y proveerá de un modo honroso á su suerte personal, á la de la *reyna* su esposa, de *Maria Teresa* su hija, de *Madama Isabel* su hermana y de las demas personas de su familia. 3. Y de que se consultará con el consejo de regencia acerca de las principales providencias administrativas hasta la paz, para cuyo logro ofrece interponer los mas eficaces officios con las potencias beligerantes. DECLARA tambien la presente acta de ABDICACION nula y de ningun valor, si estas cláusulas y condiciones no se cumplen en toda su extension.

Fecho en París, á 8 de Setiembre de 1792.

Luis."

Al acabar la lectura entró la reina acompañada del príncipe Carlos y de las princesas. Despues de los agasajos acostumbrados sirviéron el desayuno , el qual tomé con sus magestades por condescender á sus instancias. Clery me pareció que los servia con mucho esmero , y dos Comisarios municipales (de los quales el uno era el que me habia hablado al subir la escalera) estuviéron presentes. Luego que estos se retiráron , Antonieta volvió á la conversacion de la víspera , y comunicó al rey sus ideas y esperanzas en estos términos.

„Acabais de ver , en el mas jóven de estos Comisarios , una de las personas con quienes podemos contar con mas fundamento. Es al mismo tiempo el centro , el alma , el organo y casi el autor de mi proyecto , ó á lo ménos él es el que me ha hecho resolver á ponerlo en execucion.

En uno de los últimos dias de

agosto, sentada sin consuelo detras de la reja de mi quarto, me entregaba á los pensamientos mas funestos, y á las reflexiones mas mortales; quejosa interiormente contra la suerte, que me habia hecho nacer junto á un trono y sentarme en otro, para acabar mis dias en la lobreguez de un calabozo. Al alzar al cielo mis ojos llorosos, me encontré con los del Comisario que estaba de guardia, y que contra la práctica de sus compañeros desatentos, estaba en pié, y lleno al parecer de dolor y de respeto. Pocas miradas he visto tan expresivas como las suyas; y como se retrataba en ellas por entero su alma ardiente y candorosa, no me hablaba; ¡pero qué eloquente era su silencio! Me atreví á interpretarlo, y alenté muda y energicamente su timidez. Os manifiesto sin rebozo estos pormenores que despues he ido recapacitando; y si doy credito á las apariencias y á mis reflexio-

nes, el impulso que infundí á este hombre no era solo el de la compasion por mis desgracias. Está en aquella edad lozana en que todos los pensamientos se vuelven proyectos, todos los impulsos son vehementes, y en la que la pasion dá aun á la virtud su carácter acalorado. La vista de una reyna en un calabozo debia producir la comocion mas profunda en un alma grande, supuesto que qualquiera muger llorosa enternece un corazon sensible. Pero de estos dos impulsos solo se ha manifestado el que corresponde al respeto, y la hija de Maria Teresa ha podido recibir servicios como rendimientos, y pruebas de pasion como deberes, sin tener que sonrojarse ni quedar obligada á ninguna correspondencia.

Toulan, pues este es su nombre, seguia mirándome con una veneracion mezclada de ternura. Luego se alteró su semblante, alzó al cielo los ojos

con expresion de dolor , volviéndolos despues hácia mí vertió algunas lágrimas. Entónces por un impulso involuntario me incorporé en el asiento y le alargué la mano. El , sin mudar de sitio , dobló la rodilla , me señaló su corazon y con un ademan me encargó el silencio. No bien acababa esta escena muda , vino su compañero á relevarle , y yo me entregué á meditar acerca de las ideas que se me habian excitado.

Aquella misma noche en la cena, Toulan se puso en frente de mí , sin cesar de mirarme, pero de un modo tan indiferente , que fuera de mi nadie sin duda pudo notarlo.— Mamá, interrumpió el príncipe , yo lo eché de ver — ¿Y no me lo dixiste , hijo mio?— Vos me habeis acostumbrado á ser callado.— Toma la recompensa por lo pasado y el estímulo para lo venidero , dixo el rey abrazando á su hijo.

A los postres , continuó Antonieta, los ojos de Toulan se fuéron volviendo como sobresaltados , y me pusiéron alerta , y los observé con mas ahinco para atenerme á sus anuncios. Sirviéron un canastillo de melocotones, y vos , Luis, tomasteis el primero. Al ir á cortarlo vi á Toulan pálido , en ademan de desmayarse , recostarse en una mesilla , y recoger sus fuerzas escasas , para hacerme una seña de desesperacion. Sin enterarme mas que á medias evité el peligro , pues cambiando sobre vuestro egoismo en coger la mejor fruta , logré que me alargaseis la mitad. Quando el pobre Toulan vió el hueso en mi plato recobró el color y el aliento ; se sonrió conmigo qual si se mofase de sí mismo , y me dió á entender á las claras que el hueso contenia algun misterio. Lo envolví con disimulo en un pañuelo , y lo metí en la faltriquera.

Encerrada luego en mi quarto , lo

abrí y me hice cargo, de que hubiera costado caro á Toulan si otro lo hubiera hecho, pues encontré en él este billete escrito de letra en extremo menuda, sobre un papel finísimo.

PRIMER BILLETE DE TOULAN
A LA REYNA.

(Documentos justificativos, num. 4.)

NOTA. Este papel se ha encontrado en la cartera de la reyna. Mas adelante veremos, que ella misma se lo entregó al Abate de Fermont.

„Señora:
Si V. M. se ha dignado reparar en mis miradas, habrá advertido que reuno á la mayor comiseracion por sus desdichas el deseo mas ardiente de términarlas. Por ahora tengo medios para aliviarlas, y voy á exponerlos en pocas palabras.

La sangre que los usurpadores acaban de derramar ha comprimido todos los corazones; pero luego se irán ensanchando, pues del anhelo por la bonanza, que se echa ménos, resultarán los deseos de acabar con los autores de la tempestad.

Con tal pues que ni el rey ni V. M. traten de tomar venganza alguna, todos los ánimos quedan satisfechos, y todos los corazones son de vuestras magestades.

Este es el cimiento de mi proyecto, que tiene dos objetos; el primero; de terminar vuestro cautiverio, y el otro, de conseguir vuestra restauracion. El rey habrá luego de tomar á su cargo el conciliar la seguridad de su persona y de su gobierno con la independendencia de la nacion.

En quanto á los medios, permitidme, Señora, que los reserve para su debido tiempo; y solo quisiera que V. M. se persuadiese, de que son cor-

respondientes á su objeto , y al mismo tiempo asequibles. Si me valgo de ambigüedades para explicarme , es porque lo considero conducente para el éxito de la empresa , y para que V. M. quede convencida mas plenamente del sincero afecto que se le profesa.

Firmado x."

¡Qué efervescencia ocasionó esta carta en mi imaginacion naturalmente fogosa! No sé qual era entre mis ideas la que prevalecia , si la gratitud debida á Toulan, ó la delicia que me causaba el anuncio de mi triunfo y de nuestra libertad. Confieso, que en medio de aquellas ilusiones placenteras de felicidad , mi corazon empezó á complacerse en la posibilidad de la venganza. Ya contaba en hacer pagar caros á nuestros sayones los tormentos con que nos acosan. Mas este encendimiento de encono duró poco, porque creyendo oir la voz lastimera

de una amiga desventurada que imploraba la misericordia de sus asesinos, cedí á estos accents irresistibles, y poniendo en manos de la justicia el cargo de distinguir el delito de los yerros, no quise que la venganza ensangrentase nuestra victoria.—¡Ay, hermana, exclamó Madama Isabel poniéndose en pié y abrazando á la reyna, quan nobles y dignos de vos son estos impulsos! Jamas os habeis mostrado tan grande en el trono, en medio de una corte fastuosa é idólatra de vuestro embeleso, como me lo pareceis en esta triste morada. La beneficencia, hermana, es la que asemeja al hombre á la divinidad; los reyes se hacen su viva imágen quando á su exemplo saben perdonar.—Bañóse en lágrimas de complacencia la amable Isabel; la jóven Maria Teresa abrazaba entretanto á su Madre, y Luis al contemplar este quadro peregrino hablando con Clery y conmigo, exclamó

mó con suma candidez: ¿qué me han quitado, quando me queda este tesoro?

Pasáron algúnos dias sin que se presentase Toulan, continuó Antonietta, y quando le cupo el turno se sonrojó al verme, de modo que me hice cargo, de que era forzoso alentarle con alguna familiaridad expresiva. Por tanto traté de hablarle; mas no sabiendo de que, y no pudiendo preguntarle por su salud, pregunté por la de su esposa. El municipal que le acompañaba lo extrañó, y él mismo, con cierta turbacion me respondió, que no era casado; pero que si me habia hecho conversacion de alguna muger de su aprecio, seria sin duda su prima que estaba enferma. Entré en la especie, y me dixo: que agradeciendo mi cuidado habia podido desempeñar la comision que yo le habia dado, y para la qual no era él muy á propósito. Este es el resultado, añadió, sacando de la faltrique-

ra una caxilla ovalada que abrió, y en la qual habia tres pares de brocas con seda para bordar; y luego mostrándosela al compañero, creo le dixo sonriéndose, que podemos sin zozobra entregarsela á la reyna, pues con estos hilos tan quebradizos no se sale de un laberinto. El municipal, cantero de oficio, y que no habia entendido una palabra de la conversacion, tomó las brocas, enrolló la seda en sus dedos polvorosos y me lo devolvió todo, despues de cerciorarse de que no era sospechoso.

No lo juzgué yo así, pues no habiendo hecho aquel encargo á Toulan, debia venir en él alguna otra carta; mas no pude satisfacer hasta la noche mi impaciencia y mi curiosidad. Fuí devanando las sedas, y como no asomó papel alguno, despechada con este desengaño me fuí á la cama considerándome burlada por un hipócrita, y me arrepentí de haberle

dado oídos, y aun creo que lloré de indignacion.

Cavilosa y desvelada hize mil reflexiones, como sucede quando se padece algun gran desasosiego. Por fin me paré en una idea, y revolviéndola con mucho ahinco quise inmediatamente comprobarla.

Salto de la cama, y á la luz de una lamparilla, tomo las brocas, veo si son dobles, y despues de varias tentativas, observo que se desprenden, y encuentro en el intermedio un papelillo; pero no puedo leer en él sino renglones cortados que no forman ningun sentido. Acudo á las otras, encuentro los correspondientes papelillos, y entre todos ellos reunidos pude trabajosamente leer estas palabras:

SEGUNDA CARTA DE TOULAN

A LA REYNA.

(Documentos justificativos, num. 5.)

„VALOR, debe ser vuestra voz de guerra, como FIDELIDAD es mi divisa. Todo va mejor de lo que yo me podia prometer: diez y seis presidentes de secciones, treinta y tres comandantes y mas de cien oradores son nuestros. Esto es en Paris, sin contar los accesorios que están en sus manos, y pueden comover la turba en tres horas. Veinte y ocho diputados de nombradía, los mas de los que no la tienen, pero que votan, los gefe de diversos ministerios, diez á doce miembros de ayuntamiento, estos son los recursos con que en el dia se puede contar. Hay á la verdad obstáculos; pero tambien tenemos medios para vencerlos. Una subscripcion abierta para el intento se va completando por puntos; los depositarios cuentan ya millones, y lo mas estraño es, que entres los subscriptores se hallan varios jacobinos. ¡Bendito sea Dios! por donde quiera hay hombres de bien. Si V.

M. se digna honrarme con una contestacion, ó comunicarme sus órdenes, puede valerse del mismo conducto en que va encubierto este escrito."

Fuí luego recortando un medio pliego en papelillos, sobre los cuales escribí:

BILLETE DE LA REYNA

A TOULAN.

(Documentos justificativos, num. 6.)

A veces se expresa mal lo que se percibe muy bien. Estoy satisfecha de lo que se ha hecho, y apruebo quanto está por hacer. Si se malogra el intento, la recompensa se cifra en la honra de haberlo emprendido. Si surte efecto, me reservo el placer de señalarla. A DIOS. LA FIDELIDAD puede contar con el VALOR."

El día siguiente entregué á Tou-

lan las brocas sin seda, encargándole que me las devolviese llenas. Esto sucedió el día 5, y despues acá no ha vuelto á parecer.

Para comprender que esta trama, tan sencilla en la apariencia, era muy ardua para su emprendedor y muy interesante para mí, basta saber que estaba pasando desde el 30 de agosto hasta el 4 de setiembre, esto es, en los dias mas tempestuosos, y en los que todos los delitos nos estaban amenazando con toda especie de peligros.

Ahora pues, ¿qué partido se debe tomar? esto es lo que decidirá un exâmen aunque superficial del estado de las cosas.

Es innegable, que de las dos facciones principales, que se han formado en Francia, la de la anarquía que ha volcado el trono sobre rios de sangre, quiere perpetuar su imperio con el terror que la precede y con el desenfreno que la acompaña. No sé,

si su último pensamiento era entregarnos á un populacho asalariado ; pero es indudable , que nos ha condenado á vivir con la humillacion del cautiverio.

En quanto al partido republicano, creeré desde luego , que tenga algunos hombres virtuosos y sensibles ; pero no lo serán mucho para con una familia que ha reynado. Su opinion ha sido fundar un gobierno libre sobre las ruinas del antiguo , su interes consiste en consolidarlo , y no crearán poderlo conseguir mejor que teniendo nos baxo su dependencia. Así por una parte hay que temer una prision perpetua , y por otra un avasallamiento quizá mas vergonzoso que los grillos. Es verdad que una corta porcion , compuesta de varias sectas políticas , nos propone ahora un ajuste ; pero ¿ por donde le pertenece este derecho ? ¿ quales son sus poderes para obrar ? ¿ en donde está su resguardo

para executar? ¿qué es por otra parte este acomodo? una capitulacion infamante, de que serémos responsables á la Europa, á la posteridad y á nuestro hijo. Se dirá, que estabamos sin libertad quando la hizimos: disculpa propia de la debilidad y de la mala fé. Los cerrojos no aprisionan á las almas, y no hay trabas que no rompa un denuedo gallardo y generoso. ¿Con qué no hay otro camino para evitar la desdicha, que el de la ignominia? Las inclinaciones se reunen á nuestro favor, los brazos van á armarse, y si el delito tremola su bandera, la virtud alzará la suya y le declarará la guerra. Pero no: los caudillos del desenfreno carecen de fuerzas y de recursos. ¿Serán estadistas los que acuden para todo á los puñales? Puesto que reynan por el terror, presto quedarán asustados, porque en quitándoles la facilidad de asesinar quedan yertos, pues el cetro, que habla en

nombre de las leyes, es mas poderoso que el cuchillo afilado por el delito.

A este razonamiento, que la reina pronunciaba con ímpetu acalorado, el rey se mostraba comovido; pero no acababa de decidirse. Antonieta entónces, tomando á su hijo en brazos lo presenta á Luis; "ya no soy una reina que os aconseja, sino una madre que os suplica. ¿Dexaréis crecer y penar en la lobreguez de un calabozo este bástago precioso de un trono, poco ha tan esclarecido? Si sacrificais la corona al sosiego general ¿teneis derecho para desapropiaros de este niño? ¡O hijo mio! ¿bajo que estrella tan maligna has nacido, pues los verdugos de tu casa son tus mas crueles enemigos? Ved esas lágrimas, añadió la reyna arrojándose con su hijo á los pies del rey, ved esas lágrimas, y ved en ellas su ternura y vuestro deber. Si conservais siempre para vuestro hijo un corazon paternal,

¿le podréis destinar á vivir cómo vasallo? . . . ¿cómo vasallo? . . . Fruto desventurado de unos consortes proscritos, ¿qué sería de tí, si el acero de nuestros sayones, alzado siempre sobre nuestras cervices, nos separase para siempre de tu lado? Quizas ¡ay de mí! en poder de nuestros matadores, para alcanzar un pan escaso, tendrías que besar sus manos teñidas en nuestra sangre. Quizas el hijo de los emperadores y de los reyes espiraría en un cenagal inmundo.”

Esta perspectiva horrorosa que tanto han acreditado los sucesos, este quadro lastimero delineado por una madre desconsolada hizo derramar abundantes lágrimas. La tierna Isabel dexó correr las suyas sin violentarse, y alzando al cielo sus miradas piadosas, lo estaba implorando, para que no permitiese los males que la reyna habia descrito. Aquella augusta familia mezcló por un rato sus sollozos con las

caricias , y Luis XVI. convino en esperar el efecto de las promesas de Toulan , y en diferir su respuesta á las proposiciones de Manuel.

Mas para excitar al uno y quitar al otro todo recelo , quedé encargado de hablar con entrambos. Debia enterarme por puntos de sus proyectos , acciones y palabras , para que luego , si fuese dable , se aunasen en el empeño que habían tomado á su cargo. Este era esencialmente idéntico , y variando solo en los medios , se debia esperar , que á costa de algun corte sacrificio por ambas partes , se verificaria su reunion. Con esto se conseguia , no solo la ventaja de arrebatár al partido popular algunos sujetos visibles con que se vanagloriaba , sino tambien la de atraer para los ilustres presos la virtud , que forma los caudillos , el talento , que arrastra los sequeñaces , la reputacion , que deslumbra á la muchedumbre , el dinero , que la

seduce, y la fuerza que la avasalla. Sus magestades termináron las instrucciones, dándome el rey una carta para la junta de la calle del Arbol seco, y la reyna otra para Toulán. Habia entregado yo á Clery los cucuruchos que lady Sutherland enviaba á la familia real, y Madama Isabel quiso darle las gracias por un billete que me entregó de su puño. Luis, las princesas y niños me encargáron la vuelta con ahinco, y Antonieta con aquel gracejo que cautivaba los corazones me dixo; M. de Fermont, desde que habeis entrado en esta torre hemos experimentado, que la presencia de la virtud es el consuelo mas halagüeño en la desgracia. Madama Isabel y el rey se dignáron estrecharme la mano, y salí del Temple enternecido entrañablemente con tanta bondad, y animoso para corresponder á ella con mis servicios.

QUARTA NOCHE.

Fitz Asland mi alumno, me dixo M. de Fermont al entablar la relacion de la quarta noche, no tiene la flemma con que se tacha á los naturales de su país. Si la historia de las desdichas que os refiero os interesa bastante, para desear su continuacion, tendréis que conocerle, pues ha hecho un papel muy importante, aunque bastante ignorado, como lo vais á ver. Diréis al tratar á este jóven, ¿cómo es posible, que con un carácter tan ligero y un genio tan divertido se conduzcan tramas largas y formales, donde se cifra la vida de los hombres y el destino de todo un trono. Quizas echaréis de ver, como me ha sucedido, que un hombre es capaz de las acciones mas grandes, en teniendo el corazon sensible. La sensibilidad y una extremada viveza son pues los

elementos de la naturaleza de mi alumno. Apenas me vió, recién salido del Temple, la primera pregunta que me hizo fué: ¿la reyna conserva toda su hermosura y orgullo? ¿Madama Isabel ha perdido aquella lozanía, que todos encarecian sobre manera, sin duda porque era princesa, y que á mí, que no la miraba sino como á una muger qualquiera, me gustaba harto poco? ¿y la niña? ¡qué linda era! la sombra no ha marchitado aquel precioso capullo de rosa? Edwino, le respondí, sois un atolondrado, ó algo peor; pero no quiero daros un mal rato. ¿Con que acabo de contemplar los personages mas respetables y los mas desventurados, y me venis á preguntar noticias de su lozanía y de su hermosura? ¿y qué no hay mas que mugeres entre los presos del Temple? Luis xvi, el primer monarca de la Europa, su hijo heredero de la corona mas brillante, que penas

y espiran en una cárcel, no son dignos de vuestro recuerdo? ¡Ay Dios! exclamó Fitz-Asland, ¡que lúgubre será esa torre, puesto que estais mas triste que antes, quando os salvasteis de la mortandad, que nada tenia de alegre! No olvido al rey ni al delfín; pero la cortesanía requiere, que se traté antes de las mugeres, y aun no me habeis dado razon de ellas. Despues de estas locuras, mi alumno hizo otras, para que le contase lo que habia presenciado. Hícelo así, aunque con reserva, hablándole de lo que habia visto, y no de lo que se me habia confiado. Edwino reia y lloraba al mismo tiempo; se indignaba de la maldad de los verdugos, y admiraba poco el espíritu de las víctimas, no porque dexase de alcanzar su mérito, sino porque se consideraba interiormente capaz de igüalarlas.

Quando acabé, hablemos seriamente, me dixo, dexémonos de lamen-

tos , y vamos á socorrer al rey y á su familia. Dicho se está que ese es vuestro anhelo , y yo quiero acreditarme de digno alumno vuestro. Como soy jóven y atolondrado , puedo manejarme á mis anchuras , pues no haciendo alto en mí , podré ser útil sin contingencia. Sacadme licencia para entrar en el Temple á vuestro lado, quizá no os arrepentiréis, y aun otros tambien me agradecerán esta tentativa. Entreguémonos, mi querido ayo , en parte al acaso , que siempre tiene la mayor cabida en los acontecimientos. — Quando vi que mi loco hablaba con tal cordura , le ofrecí hacer presente al rey y á la familia su deseo, y pedit su beneplácito á Manuel , pues esta gestion era indispensable.

Con el nombre de este magistrado vuelvo á la conjuracion que capitaneaba. Me avisté con él á otro dia , y le manifesté la repugnancia del rey en avenirse á la propuesta referida. Ade-

mas , le dixé , aquí está esta carta suya para vuestros amigos. Vamos á verles , se enterarán y deliberarán sobre ella.

Fuimos , y solo encontramos á Ducos y Verguiaud ; pero por medio de una esquelita que les fué llevando el sordo-mudo , en ménos de una hora se reuniéron. Esta es la carta de Luis XVI. dirigida á M. de Malesherbes.

CARTA DE LUIS XVI.

A M. DE MALESHERBES.

(Documentos justificativos , número 7.)

„Ante todo , señores , os doy gracias por el interes que tomáis en la salvacion del estado y de mi persona. En medio de los delitos y de las desgracias públicas , me consuela el ver que hay todavía verdaderos franceses. Vuestra gloria será brillante , señores , si salvais el reyno de los peligros de

que se ve amenazado , y qualquiera que fuere vuestro paradero , será digno de admiracion y de envidia.

He oido con toda atencion las proposiciones que me habeis hecho por medio de M. Manuel. En seguida las he conferenciado con mi familia y con el Abate de Fermont , que logra y merece vuestra confianza. Voy á comunicaros , Señores , las reflexiones que me han ocasionado.

Opino desde luego , y aun me persuado , que el amor del bien general es el único móvil que os estimula : sin embargo hasta ahora nada me lo manifiesta con certeza , ni me lo asegura para lo venidero. De autoridad privada solamente habeis concebido y quereis executar el plan que me habeis comunicado , y si no , ¿quales son vuestros poderes fuera de vuestro libre albedrío? Si al aceptar y hacer executar la constitucion he reconocido la soberanía nacional , ¿puedo hacer

caso de esa propuesta que la contrasta y la derriba?

Me diréis que en la tormenta se manioobra fuera de regla, y que el piloto que salva el baxel, sea como fuese, es el acreedor á las alabanzas. Admito este principio, con tal que se le ciña á la necesidad absoluta y demostrada.

Ahora os pregunto, si la manioobra que tratais de adoptar para llegar á salvamento es, no digo la única practicable, sino una de las mejores y de las mas admisibles. No lo creo, para hablar sin rodeos. Temo al contrario, que de la pequeñez á que me reducís con mi familia, se ha de originar un sinnúmero de males no menos lastimosos que los mismos que vais á evitar.

Si no se tratase mas que de mi persona, pasaria de largo, pues el brillo de la corona nunca me ha deslumbra-
do, antes bien se me ha hecho into-

lerable desde el punto, en que se me ha quitado la facultad de agraciar y favorecer ; y así se me debe creer quando aseguro , que mi suerte personal es la que me da ménos cuidado.

Pero la Francia , en quien tantos siglos de cariño , ó sea de costumbre, han producido un apego natural á la sangre de San Luis , y luego la Europa , habituada á colocar los reyes de Francia en la primera gerarquía de los monarcas , ¿ mirarán con indiferencia mi renuncia ? ¿ Se podrá ignorar ú olvidar , que estaba yo preso , y en una palabra , que estaba en vuestras manos quando la firmé ? Por otra parte , aunque hago justicia á la sabiduría de vuestros principios políticos, ¿ no temeis , que la corta consideracion en que dexais al príncipe real perjudique á su autoridad ? Creedme, señores , y consultad sobre esto con M. de Malesherbes , á quien va dirigida esta carta : quanto mas poder,

ensanches é independencia tenga la potestad executiva, tanto mas bien gobernado ha de ir el estado, con tal que lo sea por la constitucion y las leyes.

Reflexionad, señores, sobre los reparos que se me ofrecen, y no los atribuyais sino á mi deseo de restablecer el órden de un modo incontrastable. En habiéndolos desvanecido estoy pronto á admitir vuestra propuesta; pero en ningun caso el aspecto de los cerrojos y de la desdicha me obligarán á ser traydor á mi conciencia y á mi deber.

Firmado, Luis.

Fecho en la torre del Temple, á 8 de Setiembre de 1792."

Esta carta pareció que habia causado gran sensacion en todos, mucho menos por los principios de su

contenido, que por la entereza de alma que suponía. Yo mismo, lo confieso, quedé pasmado de que Luis XVI. la escribiese, y para no atribuirle á la reyna tuve que recapacitar, que su estilo era muy moderado, y que el rey habia tenido siempre cierto teson en las palabras, y no habia mostrado debilidad sino en las acciones.

Vergniaud tomaba la voz para ventilar la carta, quando un pliego de Petition llamó la atencion á otro objeto. Uno de los comisarios enviados por el Pueblo al campamento de Grand-Pré noticiaba al corregidor de Paris, que los progresos de los Prusianos eran tan formidables como rápidos, pues aunque habian padecido algun descalabro en las gargantas de la Argona, el paso que se habian abierto por Champaña los conducia directamente á Paris, y amenazaba la capital. El comisario encargaba á M.

Petion lo participase á la asamblea nacional, al consejo ejecutivo y al pueblo, para que se tomasen providencias, á fin de atajar las desgracias de una guerra extranjera, á que se agregarían los horrores de la civil.

El peligro es la piedra de toque de las almas, y en esta ocasion pude graduar la grandeza y esfuerzo de las que me cercaban. Léjos de que una noticia tan funesta las abatiese ó desalentase, me pareció al contrario que les habia infundido mas vigor. La junta se disolvió, y su objeto quedó aplazado. Vergniaud se marchó á descollar en la tribuna nacional con la sublimidad de su eloqüencia; Petion se dirigió hácia la casa de ayuntamiento, donde apenas le quedaba algun influxo; Roland se volvió al consejo ejecutivo, y venimos á quedar solos Malesherbes, Manuel y yo.

Dexemos á nuestros compañeros, dixo el Síndico, el emplear los re-

cursos que su autoridad ó sus talentos les proporcionen : vamos á echar mano de la nuestra , pues la creo superior á todas. Vámonos al Temple á comunicar al rey la noticia , y le pintaremos con la mayor vehemencia los peligros de la patria y los suyos , para determinarle á desviarlos , adoptando nuestro proyecto y remitiendo su aprobacion al rey de Prusia. ¿Qué os parece ?

No hubiera sido este probablemente el dictámen de M. de Malesherbes , ni tampoco el mio , si las circunstancias hubieran dado cabida á largos discursos ; pero en un apuro tan urgente el mejor partido era el mas breve. Accedí pues á la propuesta de Manuel y nos encaminamos al Temple.

Ya se ha visto la práctica inconcusa de Luis xvi. en no deliberar ni decidirse sobre nada sin la presencia y el arrimo de su esposa ; y así se quedó con ella para oír nuestra emba-

xada. Al paso que Manuel se explicaba, el semblante de Maria Antonieta, casi siempre anublado, se iba despejando, sus ojos centelleaban de gozo, y la sonrisa altiva del orgullo satisfecho rebosaba por sus labios. Ah, exclamó despues del razonamiento del Síndico, yo respiro; la Europa se levanta: temblad, foragidos; los grillos con que nos habeis oprimido van á recaer sobre vosotros. — Señora, interrumpió Manuel esas razones tan inconsideradas no son de peligro en mi presencia; pero mirad, que estais todavía presa, y que vuestro destino queda en manos de los mismos á quienes estais desafiando. — Señor Síndico, replicó la reyna, decid mas bien, que el suyo está en las nuestras; nunca hemos estado mas seguros, y si nos arrancan un cabello, Paris responderá de semejante atentado. — Señora, le dixe yo entónces, ¿para qué expresa vuestra boca lo que no siente vuestro

corazon? Dignaos recordar los sentimientos que sabeis pintar con tanta ternura; uníos con nosotros para el honor y la conservacion del rey, para la seguridad de vuestro hijo y la vuestra, y determinad á su Magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois Austríaca, sois esposa del que reynó sobre nosotros y puede reynar todavía, y en fin, puesto que sois madre, me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah M. de Fermont, me dixo Antonieta reprimiendo los suspiros, ¡quanto predominio teneis sobre mí! ¡y quanto me pesa de ser tan dócil! Bien, Señor, continuó hablando con su esposo, haced que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad; escribid al rey de Prusia, ya que lo quieren, y preparad á los verdugos el indulto que pagarán sin

duda con nuevos atentados. No importa, dixo el rey, habré cumplido con mi deber. Soy frances no menos que monarca, y en qualquiera calidad que obre, debo échar el resto para alejar los enemigos de mi pais.—Luis se metió en una torrecilla que le servia de gabinete, y extendió la carta, cuya copia es la siguiente:

CARTA DE LUIS XVI.

AL REY DE PRUSIA.

(Documentos justificativos, num. 8.)

„He sabido con sumo disgusto, primo mio, la entrada de V. M. en el reyno de Francia y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia, de que soy víctima, no me ha desnaturalizado de mi patria: la amo tiernamente, y no puedo ver sin pesar que la trateis como enemiga. Si intentais

desagraviarme, os lo estimo y agradezco; pero debo deciros, primo mio, que yo no he pedido semejante fineza. El que yo quede sacrificado por las facciones, ó derribado por el consentimiento público, es asunto mio. En el primer caso, moriré mártir, y los corazones verdaderamente franceses me llorarán, aun quando no se reúnan para salvarme, como debo esperarlo. En la segunda suposición, ¿os corresponde por ventura el dictar leyes á un pueblo extranjero? Si yo me convengo, ¿os debeis mostrar mas zeloso que yo apesadumbrado?

El modo libre y desenfadado con que hablo á V. M. debe demostrarle, que en medio del arresto conservo la libertad del alma y la empleo para rogáros encarecidamente, alejeis del territorio frances vuestros exércitos triunfantes. Hay algunas interioridades que no deben encomendarse al papel; pero el sugeto encargado de entregáros este pliego, lo está igualmente

de comunicaros mis intenciones particulares. Supuesto que habeis tomado posesion en mi nombre de la plaza de Verdun, espero de vuestra intimidad, cumpliréis con el primero de mis deseos, intercediendo con S. M. el Emperador, para terminar una guerra funesta y restablecer la tranquilidad en Europa. Entretanto ruego al Señor, primo mio, conserve y haga reynar larga y felizmente á V. M.

Firmado, Luis.

Fecho en la torre del Temple, en Paris, 9 de Setiembre de 1792."

Esta carta no llenaba los deseos y la esperanza de Manuel; pero en la crisis actual podia ser muy provechosa: por tanto no pidió mas, y yo quedé enteramente satisfecho, pues la miraba como un medio, que ayudaria á rebajar las pretensiones de los

conjurados, y á mejorar en mucho la suerte de los presos.

Al disponer este mensaje la intencion del rey, como él mismo lo apuntaba, habia sido confiarse á una persona recomendable y segura. Se trató de nombrarla, y Manuel advirtió, que para hacer frente á quanto pudiera sobrevenir, habia de ser del agrado de S. M. y del aprecio del Rey de Prusia, sin desmerecer el concepto de los repúblicanos. M. de Malsherbes llenaba las medidas en todo; pero su ancianidad era un obstáculo insuperable. Indiqué otro que mereció la aprobacion, y cuyo nombre no expreso, aunque honra en el dia uno de los primeros cargos del Estado. El resultado de las negociaciones que entabló con el rey de Prusia acreditó su sabiduría, como la conducta que siguió y está siguiendo demuestra su patriotismo. Es uno de aquellos pocos hombres, que

agenos de todo partido, han sobrevivido á la destruccion general, y así en la república como en la monarquía siempre han tenido el corazon frances. Este elogio pareceria muy escaso, si me fuese lícito nombrar el sugeto. Despues de esta conferencia pedí al rey el favor de presentarle mi alumno, y como buscaba la respuesta en los ojos de la reyna, Manuel se adelantó atentamente á asegurarla, que podia manifestar su ánimo con toda libertad. Antonieta se aprovechó de este agasajo para decirme, que el rey y ella verian al lord Fitz-Asland con satisfaccion, y quedamos aplazados para el dia siguiente.

En aquel mismo dia recibió el encargado para la embaxada de Champaña las instrucciones verbales del rey; pero como nadie intervino, ni aun la reyna, cuya curiosidad supo burlar Manuel, no referiré su pormenor,

que saldrá á luz sin duda el dia de las revelaciones.

Era yo depositario, como dixé, de una carta de Antonieta para Toulan, que capitaneaba el partido de los realistas. Fuí á buscarle, y me descubrí con él. En extremo satisfecho de oirme, correspondió á mi confianza manifestándome con toda sinceridad su corazon. Toulan era un jóven de mucha cortesanía y amabilidad, y á poco rato comprendí que estaba prendido de la reyna, como ella lo habia insinuado. El amor, mas bien que la pasion á los reyes, abrasó su corazon y acaloró su cerebro. No veia en el objeto de sus ansias, sino una muger hermosa, encantada por el ensalmo de algun espíritu maligno, cuyo poder iba á contrastar. Su imaginacion fogosa y arrebatada habia ido á parar á los siglos caballerescos, en que las beldades gemian en un castillo, esperando el fa-

vor y amparo de algun cortes y valiente caballero. Tan desinteresado como animoso, no queria en premio de los servicios que hacia á Antonieta, sino el honor de haberla libertado. Por lo demas, habia concebido con magnanimidad el proyecto, lo seguia con teson y juraba desempeñarlo con esfuerzo. Entre todos sus seqüaces no habia uno, que, fuera del motivo general de su apego al régimen antiguo, no se hubiese determinado por algun interes particular. El uno por medrar, el otro por mantenerse, qual por inclinacion á las tramas, qual por la ambicion de los honores, y el menor número por el deseo de la gloria, ó para hablar con mas propiedad, por la vanidad de la nombradía. Ni extrañé ni llevé á mal este egoismo, pues al cabo en todos los lances de la vida es el móvil mas poderoso y eficaz, porque identifica los individuos con los sucesos,

haciendo de una causa comun que interesa poco , un negocio personal que mueve sobremanera.

Toulan , que á toda hora llevaba por escrito la razon del estado de su empresa , me leyó los últimos apuntes , para demostrarme que estaba muy inmediato el desenlace. Entre los medios que él y los demas caudillos habian empleado , el que ademas del reparto del dinero les habia surtido mejor efecto , era la publicación de papeles sueltos y escritos periódicos. Mas por no estrellarse con la autoridad dominante , no habian extendido ninguno por Paris , y solo habian interesado algunos departamentos occidentales á favor de los presos. Debo tambien hacer á Toulan la justicia de decir , que el amor , que le habia embelesado el espíritu , no le habia estragado el corazon , pues amaba sinceramente á su país , y no estaba en ánimo de fa-

vorecer á los extrangeros, que solo anhelaban la destruccion de la Francia. Aun quando en medio de la conversacion vino á saber que yo era Irlandes, me costó mucho probarle, que no era su enemigo, y dexarle satisfecho de la rectitud de mis intenciones. Preguntéle, que opinaba de Manuel, de Petion y de todos los que componian el partido, en cuyos misterios se me habia admitido. Me respondió; son hombres de bien, si cabe en los ambiciosos el serlo. Desprecian al rey, detestan á la reyna, cuyo carácter se les hace temible, y quisieran sin derramamiento de sangre y sin turbulencias separarlos para siempre de los negocios. No profesan los principios abominables de esos trastornadores; pero como tienen talento, grandes virtudes y buen crédito, son otro tanto mas de temer. — Quise averiguar, si estaba enterado de su conjuracion; pero vi que ig-

noraba que la hubiese, y que los juzgaba solo por sus principios, acciones y palabras bien notorias; y yo no creí deberle decir lo que sabia.

Despues de habernos aplazado para avistarme con los principales de su trama, dexé á Toulan, y me marché á cavilar sobre los medios de reunir y hermanar entrambas conjuraciones; pero profesaban unas máximas tan encontradas, y se encaminaban á un objeto tan diverso, que no se me hacia asequible el conciliarlas. La reyna por sí sola presentaba mas obstáculos que la familia entera: Toulan reunía sus fuerzas y facultades por ella, y contra ella se armaba principalmente Petion y su partido. En una desavenencia tan terminante ¿como se habia de hallar ni un pretexto si quiera para la menor composicion?

Sin embargo á fuerza de insistir, vine á juzgar, que del obstáculo

mismo saldria el medio de superarlo, si la reyna amaba con bastante sinceridad á su esposo y á su hijo. Con el imperio absoluto que exercia en Toulan , podia determinarle á hacer por estos lo que intentaba hacer por ella. Renunciando así voluntariamente al boato del gobierno y al embeleso de la ambicion , facilitaba la alianza y hermandad de los dos partidos , cuyo objeto venia á ser idéntico , y que solo variaban en algunas particularidades.

Pero ¿quien tomaria á su cargo el entablar con la altanera Antonieta semejante negociacion? Fuí interiormente haciendo reseña de varios sujetos, y ninguno por una ú otra razon , me parecia á propósito. Fixéme al fin en la tierna y generosa Isabel , que ponía todo su esmero en olvidarse á sí misma , para no cuidar sino de los demas. En la corte habia sido un modelo de bondad , y en el

Temple lo era de sufrimiento y de resignacion. Devota sin supersticion, filósofa sin desabrimiento, era tambien sábia sin querer parecerlo. El estudio y la amistad eran su dicha; su beneficencia en los dias de prosperidad aliviaba á los necesitados; pero en la prision no le quedaba mas tesoro que el de su corazon, para socorrer á sus hermanos y sobrinos. Por tanto conté con ella sin mas deliberaciones.

Hubo algunos tropiezos que fuéron retardando la entrada de mi alumno en el Temple. Con la seguridad de ser presentado, no podia contener su gozo y sus arrebatos; pero á fin de no dar cabida á los recelos ni comprometer al síndico, debia seguirnos en traje muy sencillo, aparentando ser un dependiente de la secretaria. Temia yo que su atolondramiento me hiciese arrepentir de mi condescendencia, mas á la primera insinua-

cion me protestó haciéndome mil cariños , que sabria acomodarse al lenguaje y modales adequados al lugar y circunstancias.

Mi alumno, sin que descuelle por su gallardía ó hermosura , no dexa de tener una fisonomía agradable , que da muestras de su agudeza natural , y sabe realzar con el adorno y el ayre de su porte su presencia regular. Me detengo en esto , por el influxo y las conseqüencias que tuvo. Entónces hice poco alto en estas particularidades, y solo por recuerdo puedo decir , que si bien se desentendia de la riqueza de su trage , ponía el mayor esmero en su hechura.

Apenas entramos en el quarto del rey , donde estaba reunida toda su familia , el jóven lord llamó la atencion de todos. Lo presenté á sus magestades , al príncipe y á las princezas , que lo agasajaron con el mayor agrado , y aun advertí , que la reyna

habia templado la altanería de sus miradas, y suavizado el eco de su voz para hablarle. Mi alumno estaba en sus glorias: su atractivo era tanto mas halagüeño y reparable por la contraposicion de una cárcel llena de mozos descorteses y de guardas desatentos.

Aun en presencia del rey, de Manuel y del ayo, las damas le hicieron un sinnúmero de preguntas. Las de Antonieta le dexaban á veces casi cortado por el tono con que las decia; Madama Isabel, no ménos afable, pero mas tímida, procedia con mas reserva, y la jóven María Teresa contemplaba á Edwino con ademan de admiracion.

El Síndico se aprovechó de aquella distraccion para instar de nuevo á Luis XVI. á que aceptase el proyecto. Las cosas han venido á tal extremo, le dixo Manuel, que quizá este es el único medio de asegurar vuestra salvacion. Si la convencion

se junta, y los alborotadores predominan, ya no será la corona, sino vuestra libertad, y acaso vuestra vida la que dará que temer. No malgastéis en indecisiones un tiempo tan precioso; salvaos, y salvad al estado. Luis aseguró, que á la vuelta del enviado cerca del rey de Prusia, daría su respuesta definitiva.

Habia yo tenido la prevencion de extender brevemente la relacion de mis conferencias con Toulan, y miéntras Manuel las habia con el rey, conseguí poner mi billete en manos de Antonieta. Me dió las gracias á media voz; pero con una expresion de complacencia, qual nunca se la habia visto, y en medio de todo tenia los ojos clavados en mi alumno, quien por su parte los fixaba en la princesa: lo qual no dexó de causarme alguna zozobra.

Esta fué en aumento, quando avisado por Manuel de que nuestra vi-

sita se iba alargando, tuve que pedir una conferencia particular con Madama Isabel. Retirámonos al hueco de una ventana, desde donde pude ver al rey, engolfado con Manuel en una conversacion muy seria, y por otra parte á la reyna hablando al oido con el lord, que siempre distraido, se sonreia sin escuchar y no tenia ojos sino para María Teresa. Repito, que me puse cuidadoso.

Di cuenta en compendio á la hermana del rey de las conferencias que habia tenido con la junta de la calle del Arbol seco y con Toulan. Le presenté las pretensiones de aquellas y de este baxo su verdadero aspecto, y no me fué muy árduo el manifestarle, que se oponian, ó por mejor decir, que estaban encontradas en todo. Pero al descubrirle el mal, no me fué difícil dar con el remedio. Está, le dixé, en el corazon y en la mano de la reyna; y si el honor de su esposo, el interes

de su hijo y su propia gloria la mueven, no titubeará en emplearlo. Los franceses sabrán agradecer este acto heroico y desinteresado: hace tiempo, no hay que disimularlo, que no aman ni aprecian á la reyna, á quien atribuyen todas sus calamidades: que adopte el partido propuesto, y se ganará todos los corazones. La autoridad real no será menos sólida por quedar limitada; el pueblo, á quien una libertad honesta agrada y conviene mas que las convulsiones del desenfreno, el pueblo será el primero en acabar con los tiranos que lo adulan, lo descaminan y lo sacrifican. — Isabel gustó al parecer de mis principios y de mis raciocinios, pues me respondió: sino se necesitase mas que mi beneplácito, desde este punto nada quedaria que desear; y aun si no se pidiese sino el del rey, ningun obstáculo habria para alcanzarlo. Jamas se ha pagado mi hermano de la brillantez

del trono y nunca ha medido el decoro de su potestad por su extension; varias veces ha repetido, que los reyes no pueden reynar bien, ni lo deben, sino por la voluntad pública, que se halla expresada en las leyes. Nunca pedirá, lo sé positivamente, una autoridad sin límites, sino para hacer bien, y ninguna para hacer mal. Siempre lo he acompañado en estos dictámenes, que ahora se nos han arraigado mas con las desgracias. Pero ¿cómo hemos de persuadir á la reyna, que el sacrificio de su autoridad, de su grandeza, y sobre todo de su influxo es necesario? ¿No conoceis la altanería de esa casa de Lorena, que ha dado potentados á tantos tronos, y que domina hoy en el imperio? Será muy árduo el conaturalizar á una princesa de Austria con la sencillez de la vida privada, y todavía se ha de hacer mas trabajoso el deshabituarla de sus ocupaciones políticas. Mi hermana

lleva en el rostro y en el alma la magestad de un carácter elevado ; pero al manifestar su espíritu sale tambien á luz su engrimiento. Con todo su embeleso natural , prefiere la gloria de estar mandando á la dicha de agradar. Suele olvidar que es muger , pero siempre tiene muy presente que es reyna ; si tal vez tiene á bien renunciar á su aparato ostentoso , es solo quando su corazon está muy conmovido. Estais pensando sin duda , M. de Fermont , que zahiero demasiado á mi hermana , favoreciéndola tan poco en su retrato. Delante de qualquiera otro y en circunstancias diferentes , tendria que suavizar , y suavizaría en efecto, los rasgos de estas verdades chocantes ; pero quando del resultado del gran negocio que traeis entre manos depende la pérdida ó la salvacion del estado , de un trono y de una familia , seria culpable si encubriese la verdad. Fuera de esto , el orgullo , que

la reyna ha sacado de la casa de los Césares , no la hace insensible á los vínculos de la sangre , al atractivo de la simpatía y á la correspondencia en la amistad. El rey le debe un cariño entrañable , y sus hijos mucho mas; idolatra con especialidad al Carlitos, en quien reverencia el noble retoño de dos casas soberanas , y tambien creo que soy partícipe de su afecto. Principalmente desde que la suerte con sus reveses nos ha reunido , me ha dado muestras muy patentes de su aprecio. En fin , si hay alguno que pueda exponerle vuestra proposicion , y quizas tener la esperanza de hacérsela aprobar , soy yo sin duda. Os prometo mis zelosos desvelos : se trata de la salvacion de la Francia , del honor de mi hermano y de la dicha de sus hijos , ¿qué no haré yo por conseguirlo? — Me separé de la virtuosa Isabel , penetrado de respeto y de admiracion. Nos reunimos: la conversa-

cion fué general por un momento , y luego , habiéndonos hecho Manuel una seña , ofrecimos de nuevo nuestras atenciones á los presos , y nos despedimos.

Antes de separarnos , el Síndico me previno , que el dia siguiente se debia celebrar junta , para acordar los medios mas poderosos y capaces de reducir á Luis XVI. Aunque tenia cita con Toulan , como era á hora diferente , prometí el acudir á la calle del Arbol seco.

Al llegar á casa nos encontramos con varias cartas. Habia una de Irlanda , firmada por lord Fitz-Asland , padre de mi alumno. Edwino la abrió arrebatadamente ; pero apenas leyó los primeros renglones , lo vi pálido , y que para no caer desmayado , se sentó en un taburete. Luego se puso en extremo encendido , y vertió muchas lágrimas , que queria encubrir tapándose la cara con las manos. Sobresaltado con aquella novedad y temero-

so de saber su causa , no acertaba á darle ningun auxilio ni consuelo oportuno. No me atrevia á recoger la carta fatal , que estaba abierta á mis pies; pero tomándola luego él mismo con viveza , y dándomela á leer : ved, dixo , quan desgraciado soy. Sin soltarle la mano recorrí la carta que decia:

Lord Fitz-Asland á su hijo , Paris.

Dublin , 27 de agosto de 1792.

„Paris no es ya una morada habitable para vuestro digno ayo , ni para vos , amado Edwino. La turbulencia reyna , y quizá la mortandad ; yo no vivo desde los crueles pliegos del 10. Si me amais , partid al recibo de esta , dejad el teatro de la desolacion , y venid al regazo de vuestra familia , á esperar que la bonanza:::”

¿Como? me dixo mi alumno levantándose , ¿y leéis todo eso tan friamente? — Pero , querido , hasta ahora

no he visto motivo para acalorarse.—
¿No lo veis? ¿pues no veis que mi
padre me llama?—¿Y que hay con
eso?—¿Que hay? que esa orden es mi
sentencia de muerte—Edwino, expli-
caos.—¡Ay Dios! ¿no me habeis en-
tendido?—No por cierto: ¿que hay
pues?—Lo que hay es, que vuestro
alumno está perdido si sale de Paris.—
Repito que no os entiendo. Fitz Asland
cogiéndome entónces las manos, es-
trechándolas, y mirándome con ojos
llorosos: Ah, mi amado ayo, me
dixo sollozando, ¿porque me habeis
llevado al Temple, Edwino, ¿qué es
lo que estais diciendo?—Que quisiera
no haber estado jamas, ó, añadió
con la expresion mas tierna, permane-
cer allí toda la vida. ¡Cielos! ¡que
es lo que oigo!

Entónces me tocaba el papel del
desconsolado. Estuve algunos minutos
inmovil, cabizbaxo, mirando sin ver,
y sin hacer alto en mi alumno, que se

paseaba aceleradamente, ó se paraba para pedirme mil perdones; en fin embargado en un laberinto de ideas lóbregas y contradictorias.

Pasado el primer momento, empecé á volver en mí con la reflexi6n de que una sola vista no habria podido causar un estrago irreparable; que era verosímil que Edwino equivocase con los impulsos del corazon la comocion de sus sentidos, la qual era mas fuerte por ser la primera; y que suponiendo que un afecto tan profundo como tierno hubiese nacido en su alma, se debia presumir que no era correspondido, y que por consiguiente se apagaria por faltarle el pábulo del mutuo cari6o.

Pero ¿qual de las tres princesas se lo habia infundido? Por mis sospechas debia ser Antonieta, cuyo embeleso, acostumbrado hacia tiempo á los triunfos, encontraba, segun decian, un id6latra en cada hombre, y habia ad-

vertido, como he manifestado, que su atractivo mas y mas engreido con la misma opresion, se habia humanado con Edwino. Sin embargo el decoro magestuoso de Isabel habia podido interesarle, ó en fin podia tambien haberle cautivado el recato virginal de Maria Teresa. Ansiaba desengañarme, á fin de motivar fundadamente los consejos, que requería nuestra intimidad. Su respuesta se vino á reducir á lo siguiente.

Quiero, amado ayo, corresponder á vuestra condescendencia con mi franqueza. Las primeras chispas de mi amor no son de hoy; pero hoy es quando mas inflaman mi corazon, que por una parte se enardece con los estorbos, y por otra se alimenta con la esperanza.

¿Os acordais del dia en que lord Sutherland, mi primo, fué presentado á la corte como embaxador británico? yo di la mano á su esposa,

cuya amabilidad desmereció para mí muchos quilates desde aquel punto.

En medio del boato que cercaba al monarca, y entre las beldades tituladas que rodeaban á la reyna, mis ojos se desalaban en busca de esta muger, que tanto encarecia la fama. Un susurro lisongero, seguido de un silencio respetuoso, anunció su venida, y entretanto los latidos de mi corazón aumentaban mi desasosiego y mis anhelos. Se presenta: una diadema de preciosa pedrería centelleaba en sus sienes; los diamantes engarzados se cruzaban formando ondas sobre su seno, y la magestad real se ostentaba en los pliegues tendidos de su magnífica vestidura. Deslumbróme esta brillantez, mas no me comovió; y quando levanté los ojos y vi el orgullo sentado sobre su frente altanera, la gradué de reyna hasta en su sonrisa de protección.

Seguiala á poca distancia una jó-

ven, que al parecer estaba allí para formar una contraposicion perfecta. Una guirnalda ligera ceñia su dorada y suelta cabellera; hermosa sin que lo supiera, prendaba sin pretenderlo. He visto que todos fixaban sus ojos en esta persona; que, como lo habréis entendido, era María Teresa.

Con su presencia el espectáculo brillante que tenia á la vista quedó eclipsado. Entre tantas mugeres vistosas por juventud, opulencia y hermosura, no vi mas que á una niña sencilla é inocente, que apenas se atrevia á levantar sus tiernos párpados, y cuya frente vergonzosa se sonrojaba de continuo.

Este quadro de la inocencia y del embeleso me interesaba en extremo, y me causaba mil distracciones, de que lady Sutherland tenia que sacarme á cada paso.

Dexé la corte llevando impresa la imágen de María Teresa. Mi corazon

la conservó por espacio de algunos meses; el tiempo, la ausencia y vuestra disposicion invariable de no presentarme al rey sino con orden de mi padre, no la borraron, pero la disminuyéron algun tanto. Ya me creí libre de esta dolencia, porque solo habia experimentado los primeros ataques.

Aun suspiraba yo por esta dulce pena, quando por la casualidad de vuestras entrevistas con Luis XVI. se inflamó de nuevo mi corazon. Interrumpisteis vuestras visitas á las Tullerías y falleció mi esperanza; pero se reanimó con la catástrofe del 10 de agosto, y formé el proyecto de libertar de sus satélites la familia aprisionada, pues un incidente que ignorais podia favorecer su execucion.

Hacia algunos dias que pasando al anochecer por el arco de la calle de Santo Tomas, se me habia llegado una muger ordinaria, entrada en

edad y no mal vestida, la qual despues de hacerme una reverencia y sin hablarme, me habia entregado una carta. En vano quise saber de quien era, pues me respondió, que leyéndola lo veria, y se despidió de mí.

Estaban encendiendo los faroles, y yo impaciente por saber el contenido me acerqué al mas inmediato, y leí estas palabras solas: *Madama de Roziers, calle del Sena, número 7. barrio del jardin del Rey; y de otra letra: se la puede ver desde las diez de la mañana hasta las quatro de la tarde.*

Yo estaba confuso y decia: ¿á que vendrá este sobreescrito? ¿que tendré yo que ver con esta madama? Habia oido hablar de chascos originados de tales antecedentes, y juzgando que podria ser uno de los muchos, me metí el papel arrollado en la faltriquera, sin hacer caso de semejante aviso.

El día siguiente mi criado Tom dió con él al vestirme, y como le conté mi aventura y mis rezelos, se chancó y me dixo, que el tal billete iba mas bien asestado contra el corazón que contra el bolsillo, pues sería de alguna buena moza que deseaba tratar con un señorito amable como yo. Confieso que en esto cometí dos yerros á un tiempo, el primero en hacer caso de Tom, y el segundo en no pedirlo, amado ayo, vuestro dictámen. Como quiera, además del pensamiento que me ofrecia la dicha de corresponderme con una hermosura, mi vanidad se engreyó considerándome el héroe de una trama, y quise ver su desenlace.

Siempre me habeis dado bastante ensanche para explayarme ciertos ratos, y así hice una salida pretextando un paseo por el jardín del rey, y Tom conduciendo con mas velocidad que nunca el coche, me puso en bre-

ve en la calle del Sena , frente al número 7. Creo que será excusado decir , que hubo aquel dia algun esmero en el vestido.

Al apearme mi corazon palpitaba qual nunca , y ya estaba en el segundo piso quando aun no me habia serenado.

Leo en un rótulo : *Madama de Roziers*. Tom llama á la campanilla y quiero detenerle , pero el eco que ha resonado en mi interior , avisándome que voy á entrar , aumenta mi temblor y mi turbacion.

Una muger , que me pareció la mensagera del arco de Santo Tomas , abre la puerta y me pregunta , ¿ á quién busco ? Pronuncio á media voz el nombre de *Madama de Roziers*, que no oye la criada , y me lo hace repetir. Tom , que se incómoda de mi torpeza , articula bien alto : *mi lord Fitz-Asland quiere hacer presente su atencion á madama de Re-*

ziers. La criada hace una cortesía, se marcha, vuelve y me conduce muy expresiva á la puerta de un quarto, en que me hace entrar, y Tom se queda en la antesala.

El agasajo de la criada, el aseo del quarto y mucho mas el ratito de soledad que logro, alejan mi zozobra y alientan mi timidez. Un espejo que me muestra mi imágen acaba de animarme, y espero con denuedo el éxito de una aventura, mas bien amorosa que expuesta.

Salió una señora, que por sus facciones agradables, aunque desmejoradas, juzgué seria de unos quarenta años, así como por su ayre noble formé buen concepto de su nacimiento y de su educacion. Nos saludamos muda y reciprocamente; se sienta con señorío, me hace seña de que tome asiento, y me habla en estos términos:

El modo con que habeis sido intro-

ducido en mi casa os habrá causado extrañeza, y esta se aumentará en sabiendo los motivos. Sin duda habréis presumido que esta era una cita amorosa, y el medio de que me he valido es muy propio para dar margen á semejante conjetura; pero presto quedaréis desengañado y os enteraréis de lo serio é importante del asunto.

Allá en vuestra casa y durante la niñez, ¿no oísteis mencionar alguna vez el nombre de Clary Melwood? — Lord Fitz Asland lo ha repetido no una vez sola en mi presencia, acompañándolo siempre con suspiros, y aun con lágrimas. — ¡Con lágrimas! :: ¿tendría pesar ó remordimiento? :: no, en el asesino de su amante y de su consorte no caben. — Señora, exclamé poniéndome en pié, que estais hablando de mi padre: ¿me habeis llamado para oír como lo injuriais? — No, mi lord, sino para ayudaros á desagraviar sus ofensas. Sentaos y oídme con sosiego.

La miré con respeto y obedecí. Sí, insistió, espero de vuestra generosidad el término de mis males, y el principio de la felicidad de una persona, que os será luego tan apreciable, como á mí misma. Uno y otro están en manos de un padre, de quien disponeis á vuestro albedrío.

Me llamo Clary Melvood, y aunque mi nacimiento no es de la primera gerarquía, es de la que honra á los plebeyos y suele emparentarse con los grandes. Con una fina educación, ciertos adornos adquiridos y algun mérito personal me habia granjeado los obsequios de algunos pares de Irlanda. Muchos solicitaron mi mano, mas solo uno alcanzó mi corazón. ¡Quanto me amaba Fitz-Asland al parecer, mejor diré en la realidad! pues no es dable aparentar tan bien un afecto; y ¡con que tierna correspondencia pagué su cariño! ¿Quien duda nunca de la sinceridad de un

amante? Entregueme á vuestro padre sin reserva, y sin exígir compromettimientos que el amor ni siquiera tuvo presentes.

Entretanto la guerra que se iba encendiendo en las colonias inglesas obligó á marchar á vuestro padre, quando llevaba ya en mi seno la prenda de nuestra union, y ni aun entónces le requerí con obligaciones legales, suponiéndole atado voluntariamente con la mas sagrada. Mi amante partió dejándome la esperanza de verle y abrazarle presto como esposo.

Pero despues de correspondernos tierna y constantemente por seis meses, supe que el atractivo ó el artificio de una competidora me habia robado el corazon de Fitz-Asland. Sino hubiese sido madre, hubiera tenido á mengüa el quejarme; pero el ingrato al dejar de ser mi amante habia tambien olvidado que era padre, y fué en vano el hacerselo pre-

sente. Ajustada la paz y reconocida la independencia de las colonias, se desposó con su amiga, que vino al parecer á Dublin para insultarme en mi desconsuelo.

Supe sin embargo encubrirlo, pues mi carácter, hasta entónces flexible y tierno, se engrió y endureció contra la adversidad. Habia muerto mi padre, era su única heredera, y poniendo el mar de por medio, llegué á Francia con mi niña, á la qual en virtud de los principios que me ha sugerido la alevosía de su padre, he dado el trage y la educacion de vuestro sexô.

Viviera ya sosegada, sino feliz, sin las muchas calamidades que está padeciendo hace quatro años este pais; pero los restos de mi fortuna, que habia colocado en los fondos públicos, han desaparecido, y la miseria agravando mis desdichas me precisa á quejarme.

No lo hubiera hecho por mí, pero el interes de mi hija hace enmudecer mi altanería, y por ella, milord, por vuestra hermana imploro hoy vuestra asistencia.

Recorred estas cartas y leed las pruebas repetidas de quanto digo; ¡ así pudiera, al mostraros la letra de vuestro padre, ocultaros su traicion! — Las tomé lloroso y fuí viendo en cada expresion de ternura la prueba de su perfidia; ya lo condenaba sin respeto y me condolia de su víctima, quando asoma un jóven que parecia un Adonis. Ven, hija mia, le dixo Clary Melwood, á merecer de lord Fitz — Asland la dicha de abrazar á un hermano, y, añadió apocando la voz, á pedirle su proteccion.

Estreché con ternura y bañé con mis lágrimas aquel hermano tan amable, ó mas bien, aquella hermana encantadora, que reunia el señorio de las facciones de su madre con

la suavidad de las de su padre. Desde aquella primera vista se entabló la mayor intimidad; les prometí y juré, que no solo señalaría mi padre un situado decente á Fanny, (este es el nombre de mi hermana) sino que mediaría yo con el mayor ahinco para ajustar entre su madre y lord Fitz — Asland una reconciliacion completa. Con esto nos separamos, mutuamente enternecidos y satisfechos.

Desde entónces hasta el 11 de agosto en que volvimos á Paris, no las he visto sino una vez. Mi ánimo era llevaros á su casa; pero los acontecimientos lo han estorbado. Sin embargo, mi amado ayo, os vais á quedar atónito, quando os diga que conoceis á Fanny.

No habréis olvidado aquel jóven interesante del 11 de agosto, que con pretexto de daros á conocer los nuevos acuerdos de la casa de ayuntamiento, os puso en las manos dos pa-

pasaportes , uno para vos y otro para mí. Pues aquel era Fanny. Al irnos al campo se lo habia yo avisado por un billete , y naturalmente sobresaltada por la suerte de un hermano , y por la vuestra , en la qual se interesa sobre manera , y por medio de las conexiones que se ha ido agenciando en la guardia nacional , habia solicitado y conseguido sin dificultad los pasaportes para entrambos. Nos estaba acechando quando la encontramos , y nos favoreció la casualidad con el tropiezo de los carruages y el soldado de nuestra escolta que conocia ; y ya sabeis las resultas.

Pues ahora vamos á mis designios sobre los ilustres presos del 10 de agosto. Quando supe que los habian depositado en los Feuillans con el resguardo de una corta guardia , juzgué que no seria imposible el arrebatarlos. Para esto no habia mas que formar la guardia de hombres á mi

devocion , ó atacarla y arrollarla , si se componia de enemigos. Para lo primero , Fanny , que tiene graduacion entre los soldados ciudadanos , se manejaría de modo que reclutase veinte y cinco ó treinta realistas ó constitucionales , decididos á intentar el golpe. Para lo segundo , los mismos hombres con todo el recato posible sitiarian la prision , y sin derramar sangre , sino lo exígia la necesidad absoluta , arrebatarían la familia. Ambos planes estaban organizados , y no nos quedaba mas , que elegir el mas practicable , quando la traslacion al Temple los desbarató igualmente. Vuestro largo arresto y los asesinatos de setiembre acabáron de desesperanzarme , con lo qual me llené de un desconsuelo tan amargo , que nada alcanzaba á mitigarlo.

Pero el cielo quiso prometerme al fin la bonanza , ofreciéndome la proporcion de ver nuevamente á mi prin-

esa, y serle de algun provecho. Con esto quedais enterado del motivo de mi afan por ir al Temple, del de mi gozo quando me disteis la seguridad de introducirme, y en fin de la complacencia por la felicidad que acabo de lograr.

He visto otra vez á la reyna, cuya altanería me ha parecido que estaba muy abatida; pero he visto tambien á su hija, cuyo candor y hermosura han ido, sino me engaño, en aumento. ¡Ah mi amado ayo, si yo me atreviese á expresar los impulsos que siento por ella! Mis ojos solos han hablado, y, no sé si me equivoco, pero me parece que los suyos me han correspondido. ¡Que dicha la mia, si me amase! Y mi padre me manda que la dexé; ¿no es mandarme que dexé la vida?.. — Por el acaloramiento que veia en los ademanes y expresiones de Edwino, continuó M. de Fermont, me

hice cargo de que mis consejos le serian inútiles en aquel momento. El hervor de la pasion habia llenado su cabeza de vapores y anublado su entendimiento, y para que se enterase de la razon era preciso esperar que se despejara. Abracé pues á mi alumno, le consolé acerca de la carta de su padre, del qual me encargué alcanzarle alguna demora, y volví á mi quarto para cavilar sobre los medios de romper por obstáculos tan complicados.

Miré primero al rededor de mí, y luego vuelto á registrar mi interior, me sobrecogí al encontrarme depositario y casi en el centro de tres tramas á un mismo tiempo. Ademas de que este papel quadraba mal con los principios y carácter que profeso, ¿habia si no certeza, á lo ménos probabilidad, de que lo desempeñase á satisfaccion de la justicia y de los que me empleaban? ¿Co-

mo habia de ser fácil á un hombre desconocido , sin influxo y sin conexiones , conciliar intereses tan encontrados y pretensiones tan opuestas? Sino me engañaba acerca del carácter y opiniones de la reyna , jamas condescenderia con lo que le pedian; y ya que así sucediese , ¿que iba á ser del rey? ¿que suerte cabria á sus hijos? Por otra parte , ¿como persuadir á unos hombres , quales eran los de la calle del Arbol seco, que devolviesen á Luis su poder, subsistiendo su debilidad y su irresolucion? ¿Que valla no habrian de oponer á semejante proyecto las luces del siglo y los progresos de la opinion? ¿Era dable apagar las unas y hacer retroceder la otra á los tiempos de Richelieu? ¿Como se habia de avasallar , ni aun reducir á los límites del orden , á todo un pueblo desenfrenado , quando cada uno por haber destronado al rey , se consideraba

como sucesor suyo en el trono? Ese era, dirán, el proyecto de Toulan: sí, esta era sin duda la ilusión de su corazón, mas no la combinación de su entendimiento. Toulan que no veía sino con la venda del amor, obraba á ciegas, discurría al ayre, graduaba sus deseos de posibilidades, se portaba en fin mas bien como amante que se acalora, que como frances que se compromete. Por otra parte aquel choque de conspiraciones y de desig-nios me parecia mas perjudicial que provechoso á la causa que abrazaban. Era de temer que léjos de hermanarse los partidos, no tratasen sino de destruirse mutuamente, y no lo era ménos, que la familia real cogida en medio viniese á estrellarse con ellos. Veía estos inconvenientes, y me desconsolaba, pues aunque concebía algun medio para allanarlos, mi ánimo no igualaba á mis deseos. Otros en mi lugar, léjos de confundirse,

transformarian, como hace la verdadera destreza, los obstáculos en medios, hollarían los estorbos, y aun los procurarían para complacerse en superarlos. En fin yo titubeaba en medio de las dificultades, temiendo empezar y ansiando el acabar, excitado por mi adhesión al rey, contenido por los escrúpulos, y agitado entre la esperanza del éxito y el temor del malogro.

Sin embargo habiéndome hecho cargo de todo, resolví entregarme á la marea de los acontecimientos, puesto que hasta entónces me habia llevado de todos modos. Huir quando va á darse la batalla es cobardía y aun traición; pero como no hay mérito, y sí mucha imprudencia, en hacerse gefe el que solo tiene talentos para desempeñar el cargo de subalterno, me puse en manos de la providencia, para que me dirigiese en aquel trance importante.

Fuí con esta intencion prudente á la calle del Arbol seco ; pero encontré los ánimos muy inquietos y agitados. De allí á pocos dias se abria la convencion , y los agüeros de su establecimiento no parecian favorables. ¿ Qual era en efecto el estado de las cosas ? Los legisladores , atemorizados con los cañonazos del 10 de agosto , no habian recobrado sus facultades para romper los cuchillos de setiembre , y con sus manos desfallecidas ya no podian manejar las riendas del estado. Un tribunal usurpador , teñido de sangre , denegrido con los delitos del robo y del homicidio , salido en fin del infierno , hollaba la cerviz del pueblo , á quien hablaba al mismo tiempo de libertad. El consejo ejecutivo , dividido entre el delito y la flaqueza , ó hacia el mal , ó no podia estorbarlo y mucho ménos castigarlo. Una gavilla de extrangeros en trage de foragidos , hablando el language de

las zahurdas, hacian el papel de tribunos, para precipitar al pueblo ciego en la miseria y la anarquía. Es verdad que el nombre y el concepto de algunos hombres de bien descollaban entre tantas calamidades, como la estatua de un héroe entre las ruinas; pero ¿la tiranía popular respetaría tan débiles vallas, siendo así que se jactaba de anegar la virtud en la sangre de sus apasionados?

Sobre este bosquejo fixaba la elocuencia de Vergniaud nuestras miradas y nuestra atencion. Entónces sí que conocí claramente lo mucho que hubiera aprovechado á Luis XVI. un carácter brioso, así para prevenir como para reparar tan lastimosos desastres. ¿Con esta irrupcion de la anarquía que hubiera hecho Federico? oponer su brazo, y el torrente hubiera retrocedido. ¡Cotejo doloroso! Luis estaba en el Temple, y las olas del torrente que asaltaban su morada

amagaban su naufragio.

Creímos divisar algún medio de atajar sus estragos con el regreso del enviado cerca del rey de Prusia. Si, como no lo dudábamos, el Duque de Brunswick evacuaba el territorio francés, se le quitaba con esto al partido popular el motivo de una insurrección perpetua, el pretexto de las confiscaciones, de los arrestos y de los asesinatos. Baxo los auspicios tutelares de una sólida libertad los verdaderos republicanos querían constituir un gobierno mixto, por el qual habían venido á resolver el problema de los derechos del hombre y del poder de los gobiernos.

Esta perspectiva, en que estábamos viendo la independenciamos de nuestro país, la tranquilidad de la Europa y la dicha de todos, se ofrecía muy halagüeña á nuestros espíritus embelesados: tal es el prestigio del don milagroso de la eloquencia. Estábamos

deliberando á la boca de un volcan, y Vegniaud desterraba nuestras fundadas zozobras enramando el suelo con flores.

Oímos de repente un estruendo tumultuoso en la galería inmediata á nuestra sala. El fiel sordo-mudo entra, y con una seña pronta y expresiva nos da á entender que vienen hombres armados, los cuales le seguian en efecto. Doce soldados con su oficial entran y cercan la mesa que nos servia de escritorio. Nos levantamos, y M. de Malesherbes, á quien los años no habian amortiguado la fogosidad, pregunta con ardor: ¿con que derecho y por que autoridad se atreven á violar el asilo de un ciudadano pacífico? — Por el derecho que tiene la mano de una policia desvelada y por la autoridad sagrada de la ley, nos responden — Al oir este nombre respetable nos quitamos el sombrero guardando un silencio respetuoso. — Señor

res, continúa el comandante, estoy encargado de arrestar y conducir á la Abadía á los que no tengan algun carácter público : servíos irmelos nombrando.

Me presento al instante, y MM. de Malesherbes, de Chamilly y Clery hacen otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quieren en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influxo. Uno y otro quedan desconocidos y menospreciados, y con esto nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juran hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nos conducen en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me veo encerrado en una lóbrega prision.

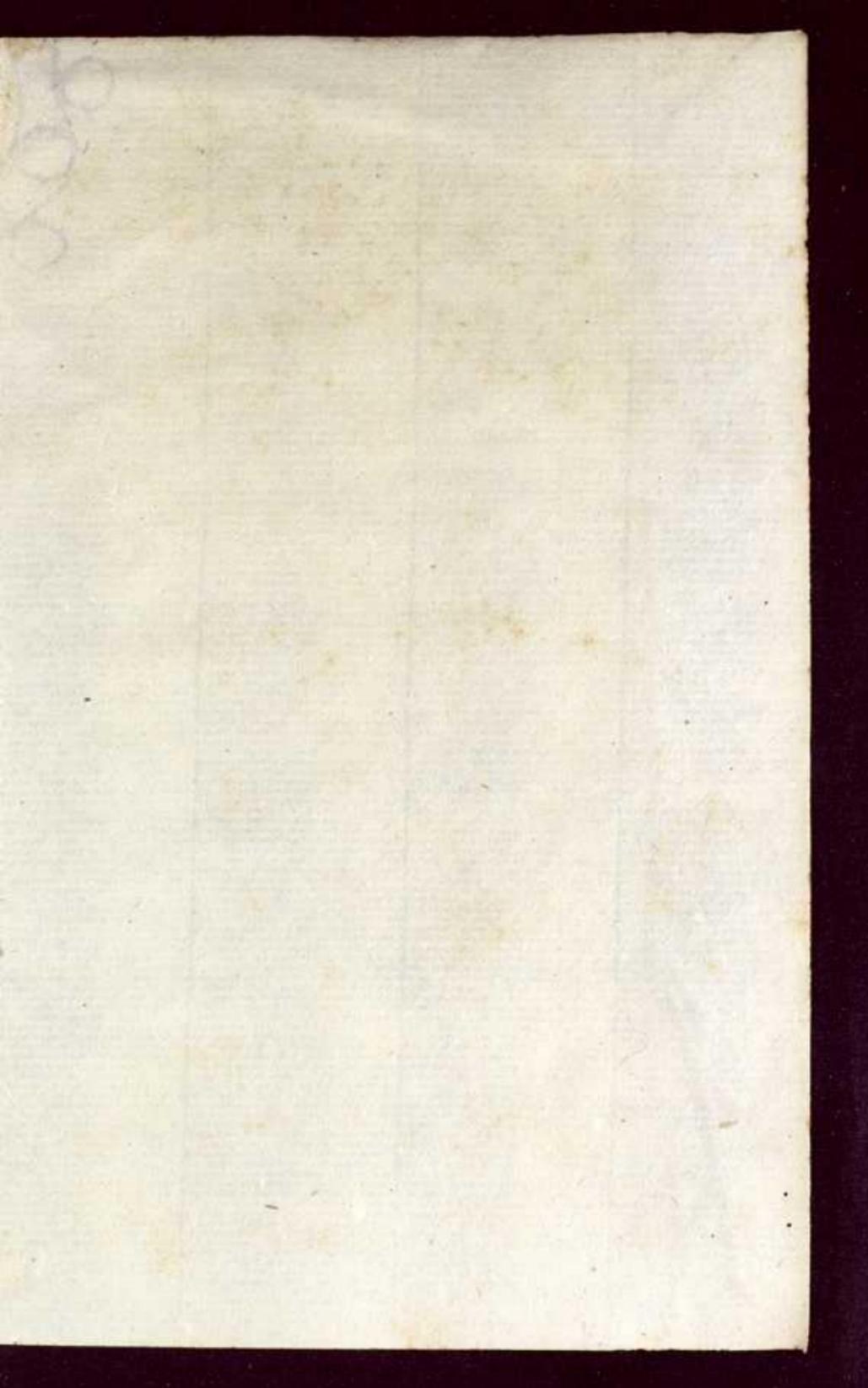
FIN DEL TOMO I.

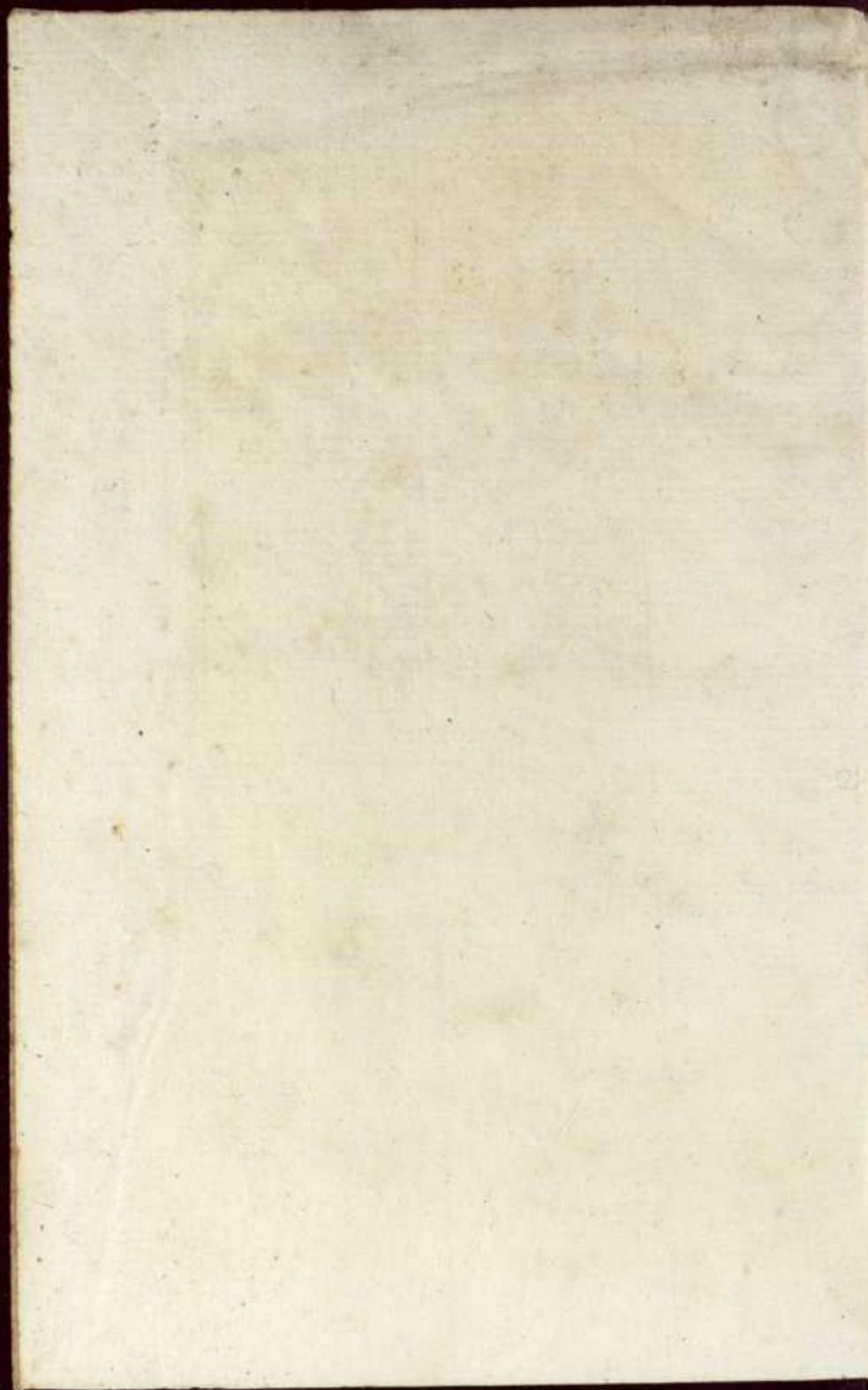
ERRATAS
DEL TOMO I.

<i>Pag.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Léase.</i>
6	3 bañaba	alumbraba
8	23 aun	á un
11	20 volveré á incurrir, }	incurriré,
16	20 Si -	si
17	7 hiciéron	hiciéron
71	23 abierta	abiertas
74	21 delito.	delito,
97	19 e	el
114 y otras	7 Males- cherbes, }	Malesherbes,
Id.	9 &	&c.
120	17 confor- maba }	conformaban
157	16 mirarme,	mirarme,
166	13 gefe	gefes
Id.	22 entres	entre
210	17 jo.	io.

INDEX
PART I

Introduction	1
Chapter I	1
Chapter II	1
Chapter III	1
Chapter IV	1
Chapter V	1
Chapter VI	1
Chapter VII	1
Chapter VIII	1
Chapter IX	1
Chapter X	1
Chapter XI	1
Chapter XII	1
Chapter XIII	1
Chapter XIV	1
Chapter XV	1
Chapter XVI	1
Chapter XVII	1
Chapter XVIII	1
Chapter XIX	1
Chapter XX	1
Chapter XXI	1
Chapter XXII	1
Chapter XXIII	1
Chapter XXIV	1
Chapter XXV	1
Chapter XXVI	1
Chapter XXVII	1
Chapter XXVIII	1
Chapter XXIX	1
Chapter XXX	1







CE
A
M

Univers
Bibli

3

EL
ELEMENT
DE LA
Magdal
1593. I.

Universitat de València
Biblioteca Històrica

4

3011